

A golden crown with a red velvet cushion and a red ribbon.

YO ERA EL PRECIO QUE PAGÓ MI PADRE.

SEÑOR DE ERROR

IMPERIO DE LOS SEÑORES - LIBRO 1

MIA REIGN

SEÑOR DE ERROR

Un multimillonario independiente de la oscura mafia con un matrimonio
concertado

(Imperio de los Señores - LIBRO 1)

YO ERA EL PRECIO QUE PAGÓ MI PADRE.

SEÑOR DE ERROR

MIA REIGN

Derechos de autor © 2024 por Mia Reign

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del autor, excepto en forma de citas cortas contenidas en reseñas críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor. Para solicitudes de aprobación, póngase en contacto con el autor.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y acontecimientos son o bien obra de la imaginación del autor o bien se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Diseño de portada de Nicolette R. Grey

Editado en español por Lucian. A Moreau

Publicado por Crest House Publishing

Impreso en los Estados Unidos de América

ADVERTENCIA: Este libro contiene temas para adultos, como violencia, lenguaje fuerte y contenido sexual. Está destinado solo para lectores adultos.

CONTENIDO

[BLURB](#)

[ADVERTENCIA DE ACTIVACIÓN](#)

[PLAYLIST](#)

[Nota del autor](#)

[PRÓLOGO](#)

[*CAPÍTULO 1*](#)

[Isabella](#)

[*CAPÍTULO 2*](#)

[Rafael](#)

[*CAPÍTULO 3*](#)

[Isabella](#)

[*CAPÍTULO 4*](#)

[Rafael](#)

[*CAPÍTULO 5*](#)

[Isabella](#)

[*CAPÍTULO 6*](#)

[Rafael](#)

[*CAPÍTULO 7*](#)

[Isabella](#)

[*CAPÍTULO 8*](#)

[Isabella](#)

[*CAPÍTULO 9*](#)

[Rafael](#)

[*CAPÍTULO 10*](#)

[Isabella](#)

[*CAPÍTULO 11*](#)

[Rafael](#)

[*CAPÍTULO 12*](#)

[Isabella](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[Isabella](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[Isabella](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[Isabella](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[Rafael](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[Isabella](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[Rafael](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[Isabella](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[Rafael](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[Isabella](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[Rafael](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[Isabella](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[Rafael](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[Isabella](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[Rafael](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[Isabella](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[Rafael](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[Isabella](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[Rafael](#)

[EPÍLOGO](#)

[ACERCA DE MIA REIGN](#)

[ACERCA DE R.J KASEY](#)

[VALIDACIONES](#)

[PRÓXIMAMENTE DE MIA REIGN](#)

[SUSCRÍBETE AL BOLETÍN DE MIA REIGNS](#)

BLURB

****Un romance multimillonario de la mafia oscura caliente y temerosa****

Ella es su última tentación... y su amenaza más mortífera.

Era el rey despiadado que quería vengarse de un pasado destrozado.

Isabella Profaci creía conocer el juego.

Hasta que Rafael Delgado cambió todas las reglas.

Isabella es tratada como un peón por su padre y se encuentra en el escondite del rey de la mafia más inescrupuloso. Rafael Delgado es un hombre con deseos salvajes y secretos aún más oscuros.

Para él, es una garantía. Un medio para un fin.

Para ellos, es un monstruo con una corona de espinas.

Pero en este mundo de sombras y pecado, nada es lo que parece.

Rafael necesita una esposa para asegurar su reino.

Isabella tiene que sobrevivir en un mundo donde el amor es una sentencia de muerte.

Su matrimonio de conveniencia es todo lo contrario.

Cada toque es eléctrico. Cada beso es una guerra.

Cuando el pasado embrujado de Rafael resurge y los enemigos se acercan por todos lados,

Isabella debe tomar una decisión imposible:

Sométete al diablo que ella conoce...

O desatar al ángel escondido en la bestia.

En esta danza mortal de seducción y venganza, no hay ganadores, solo supervivientes.

¿Podrá Isabella domar el infierno que ruge en el alma de Rafael?

¿O su sed de venganza los incendiará a ambos?

Piérdete en el emocionante mundo del Imperio de los Señores, donde el deseo es el arma más mortífera de todas.

Nota del autor: "Lord of Flaw" es un romance oscuro de la mafia lleno de suspenso abrasador, suspenso desgarrador y pasión candente. Un romance multimillonario oscuro independiente en la serie Empire of Lords. Contiene contenido explícito y blasfemias. Recomendado solo para lectores experimentados.

ADVERTENCIA DE ACTIVACIÓN

Estimado lector,

Este libro contiene temas y escenas que pueden ser perturbadores o desencadenantes para algunas personas. Tenga en cuenta los siguientes contenidos:

- Manipulación emocional y psicológica
- Insultos y amenazas
- Intimidación física
- Representaciones de relaciones de control
- Traición y conflictos en la familia
- Indicios de actividades ilegales
- Angustia emocional intensa
- Temas: Desequilibrio de poder y coerción
- Violencia leve y amenazas de violencia
- Tensión sexual y encuentros apasionados (no explícitos)
- Consumo de alcohol

Aunque se han hecho esfuerzos para tratar estos temas con sensibilidad, algunas escenas pueden ser intensas o emocionalmente desafiantes. Si el contenido te resulta perturbador, prioriza tu salud mental y tu bienestar.



PLAYLIST

Holjon — Bon Iver
Los Siete Diablos — Florencia + La Máquina
Ofelia — Las Lumineers
El científico — Coldplay
Costillas — Lorde
Videospiele — Lana Del Rey
Pequeñas conversaciones: de monstruos y humanos
Dean Liebe como Bon Iver.
All Too Well (versión de 10 minutos) - Taylor Swift
La noche en que nos conocimos — Lord Huron
Jugend — Tochter
El secreto del amor — Sufjan Stevens:
Responsabilidad — Lorde
Saturno — Finalmente Duerme
Atlas: Tacto — Por fin duerme
Circulación sanguínea — Ed Sheeran
Spielhalle — Duncan Laurence
Signos de los tiempos — Harry Styles

"Porque al final, son nuestras imperfecciones las que nos hacen completos. Y en las profundidades de nuestra oscuridad descubrimos nuestro verdadero yo".

Nota del autor

Estimados lectores,

¿Alguna vez has tenido un sueño que era tan vívido y agotador que se sentía como una parte tangible de tu alma? ¿Un sueño que te susurraba en las horas tranquilas y te instaba a darle vida? Así es como nació la serie *Empire of Lords*: de una pasión compartida por la narración de historias, el amor por el romance oscuro y el deseo de crear un mundo donde la pasión y el poder choquen.

R.J. Kasey y yo nos conocimos en uno de los lugares más inesperados: un taller de escritura en el corazón de la ciudad de Nueva York. Ambos nos sentimos atraídos por el lado más oscuro del romance, por los deseos prohibidos y las emociones crudas que hierven a fuego lento bajo la superficie. Nuestra conexión fue inmediata, una chispa de creatividad que despertó una amistad y una visión compartida.

Pasamos incontables horas haciendo una lluvia de ideas, tejiendo nuestras experiencias y perspectivas individuales para crear un mundo que fuera a la vez familiar y fantástico. El amor de R.J. por el hampa y mi fascinación por los matrimonios concertados se fusionaron a la perfección y dieron origen al Imperio de los Señores.

Esta serie es un trabajo de amor, un testimonio de nuestra pasión compartida por la narración de historias y nuestra creencia inquebrantable en el poder de los sueños. Hemos puesto nuestro corazón y alma en estas páginas, creando personajes que recordarás mucho después de pasar la última página.

Lord of Flaw es solo el comienzo de nuestro viaje juntos. Tenemos muchas más historias que contar, muchos más secretos que revelar. Esperamos que te unas a nosotros en esta aventura mientras exploramos las profundidades del deseo, la complejidad del amor y el encanto embriagador del poder.

Con amor y un toque de oscuridad,

Mia Reign.



PRÓLOGO

El candelabro de cristal se rompió y pedazos de vidrio llovieron por el suelo del salón de baile. Los gritos estallaron mientras los invitados se dirigían a un lugar seguro, sus elegantes ropas ahora manchadas con champán derramado y sangre.

En el centro del caos estaba Isabella Profaci, su vestido carmesí contrastaba fuertemente con los rostros pálidos que la rodeaban. Sus ojos, salvajes con una mezcla de miedo y alegría, estaban fijos en la figura del otro lado de la habitación.

Rafael Delgado.

Se quedó inmóvil, con una pequeña sonrisa en las comisuras de su boca mientras observaba cómo se desarrollaba el caos. Cuando su mirada se encontró con Isabella, una sacudida eléctrica atravesó su cuerpo.

—¡Isabel! La voz de su padre cortó el ruido. —¿Qué hiciste?

Ella se volvió hacia él y levantó la barbilla desafiante. —Lo que debería haber hecho hace mucho tiempo, papá.

El rostro del señor Profaci se contorsionó de rabia. "¡Niña ingrata! ¿Tienes idea de lo que nos acabas de costar?

—¿Nos costó? Isabella rió amargamente. "¿Y lo que me cuestan tus ofertas? Mi libertad, mi futuro...

—¡Basta! —rugió el señor Profaci y agarró bruscamente el brazo de Isabella—. —Te disculparás con nuestros invitados, y luego...

—No hará nada de eso.

La voz de Rafael, suave como la seda pero enmarcada por el acero, silenció la habitación. Se movió entre la multitud con gracia depredadora y se paró al lado de Isabella.

—Señor Delgado —dijo Profaci con voz tensa y con ira apenas reprimida—. "Es un asunto de familia. Te propongo que...

—En el momento en que intentaste utilizar mis compañías navieras para tus actividades ilegales, se convirtió en asunto mío —interrumpió Rafael con frialdad—. —¿De verdad pensabas que no me iba a enterar?

El rostro del señor Profaci se puso pálido. "No sé de qué estás hablando".

—Oh, creo que sí —respondió Rafael, con los ojos brillando peligrosamente—. "Y ahora, gracias a tu hija, tengo todas las pruebas que necesito".

El corazón de Isabella se aceleró al sentir que todas las miradas se volvían hacia ella. Levantó la

barbilla y se enfrentó a las miradas acusadoras con férrea determinación.

—¿Es cierto, Isabella? La voz de su hermana Catalina temblaba de incredulidad. —¿Has traicionado a nuestra familia?

Isabella se volvió hacia su hermana y sus ojos se suavizaron. —Gato, yo...

—Hizo lo que tenía que hacer —intervino Rafael con dulzura—. "Para salvarse a sí mismas y a sus hermanas de una vida de servidumbre a los hombres que solo te ven como peones en sus juegos".

Alejandro Castillo, que había estado observando la escena con creciente preocupación, finalmente encontró su voz. "Isabella, mi amor, ¿seguro que no crees en las mentiras que te dice este hombre?"

Los ojos de Isabella brillaron mientras se volvía alrededor de su prometido. "¿Mentiras? La única mentira aquí es la farsa de nuestro compromiso, Alejandro. ¿De verdad pensabas que no me enteraría de tus otras esposas? ¿Tus negocios de trastienda?"

El rostro de Alejandro se enrojeció de ira. "¿Te atreves a acusarme? ¿Después de lo que has hecho?"

"Lo que he hecho es tomar el control de mi propia vida", respondió Isabella. "Algo que tú y papá nunca quisieron que tuviera".

El caos volvió a estallar en la sala, las acusaciones y los desmentidos volaron desde todas las direcciones. Isabella sintió que la empujaban en todas direcciones, la ira y la traición de su familia luchaban con su propia determinación de liberarse.

De repente, sonó un disparo que volvió a silenciar a la multitud. Todas las miradas estaban puestas en Rafael, que estaba de pie con una pistola humeante sobre la cabeza.

—Con eso es suficiente —dijo con calma, bajando el arma—. —Bien, señor Profaci, tenemos algo que discutir. En privado".

El rostro del señor Profaci se puso pálido mientras asentía y seguía a Rafael fuera del salón de baile. Al pasar junto a Isabella, la mano de Rafael rozó la suya, con una promesa silenciosa en su tacto.

Isabella se quedó sola con las consecuencias de sus actos y se encontró rodeada de un mar de rostros acusatorios. Sus hermanas Catalina y Valentina se acercaron vacilantes.

—Bella —susurró Valentina, con los ojos muy abiertos por el miedo—. —¿Qué pasará ahora? El corazón de Isabella se encogió al ver el miedo en la voz de su hermana menor. —No lo sé, Val. Pero te prometo que los protegeré a los dos. Pase lo que pase".

Los ojos de Catalina se entrecerraron. "¿Protegernos? ¿Destruyendo todo lo que nuestra familia ha construido?"

"Gato, no entiendes..."

—¿Qué es lo que no entiendo? Catalina la interrumpió en voz alta. —¿Que te escabulliste con

Rafael Delgado? Que nos traicionaste a todos... ¿Qué? ¿Alguna idea equivocada de la libertad? Isabella hizo una mueca al oír las palabras de su hermana. —No es así, Gato. Rafael... Me ofreció una salida. Para todos nosotros".

—¿Una salida? Catalina se burló. —¿Y le creíste? Bella, hombres como Rafael Delgado no ayudan a la gente por la bondad de sus corazones. ¿Qué le prometiste a cambio?

Isabella vaciló, el peso de sus decisiones le pesaba. "Yo... Accedí a ayudarlo a tomar el control del negocio de papá".

Valentina jadeó y se llevó la mano a la boca. Los ojos de Catalina se abrieron con incredulidad.

—¿Qué? —siseó Catalina—. "Bella, ¿tienes alguna idea de lo que hiciste?"

"¡Hice lo que tenía que hacer!" —exclamó Isabella y su paciencia llegó a su fin. "Para salvarnos de ser vendidos como ganado al mejor postor. Para darnos una oportunidad de verdadera libertad".

—¿Libertad? La voz de Alejandro interrumpió la conversación. Se acercó un poco más, con los ojos ardiendo de rabia. —¿Es así como llamas a esta traición, mi amor?

Isabella enderezó la espalda y lo miró desafiante. "No me llames así. Nunca fui tuyo, Alejandro. Y nunca lo seré".

La mano de Alejandro salió disparada y agarró dolorosamente el brazo de Isabella. —Parece que has olvidado tu lugar, Isabella. Tal vez deba recordarle...

"Quita tus manos de ella".

La voz de Rafael, fría e imperiosa, volvió a silenciar la habitación. Se quedó en la puerta, con los ojos fijos en Alejandro con una intensidad mortal.

Alejandro soltó el brazo de Isabella y se volvió desdeñosamente hacia Rafael. —Eso no es asunto tuyo, Delgado. Es entre mi prometida y yo".

—Ex prometida —corrigió Isabella, frotándose el brazo donde los dedos de Alejandro habían dejado marcas—. "Y Rafael está muy preocupado. Él es el que me mostró cómo es una verdadera asociación".

El rostro de Alejandro se contorsionó de ira. "Tú, pequeña..."

Antes de que pudiera terminar su frase, Rafael estaba entre ellos, con la mano en la garganta de Alejandro. "Escoge tus próximas palabras con mucho cuidado, Castillo. Podrían ser las últimas. La tensión en la sala era palpable mientras todos contenían la respiración y esperaban a ver qué sucedía a continuación. Finalmente, Alejandro dio un paso atrás sin quitar los ojos de la cara de Rafael.

"Todavía no ha terminado", escupió antes de girar sobre sus talones y salir furioso del salón de baile.

Cuando la puerta se cerró de golpe detrás de él, Isabella sintió que la adrenalina que había estado corriendo por sus venas disminuía gradualmente. Se tambaleó sobre sus pies, súbitamente

abrumada por la magnitud de lo que acababa de suceder.

Rafael estuvo a su lado en un abrir y cerrar de ojos, rodeándole la cintura con el brazo para estabilizarla. —¿Estás bien, mi amor?

Isabella asintió y se apoyó en su fuerza. "Estoy bien. Recto... De repente, todo es muy real".

Los ojos de Rafael se suavizaron al mirarla. "Lo sé. Pero lo hiciste, Isabella. Has dado el primer paso hacia tu libertad".

—Nuestra libertad —corrigió, mirando a sus hermanas—. —¿Y ellos, Rafael? ¿Qué les pasa a Cat y Val ahora?

Rafael siguió su mirada con una expresión pensativa en su rostro. "Eso depende de ellos. Y en ti".

Isabella se volvió hacia sus hermanas, con el corazón apesadumbrado por el peso de sus decisiones. "Gato, Val... Sé que no entiendes todo lo que pasó esta noche. Pero necesito que confíes en mí. Por favor".

Valentina dio un paso adelante y sus ojos brillaron con lágrimas no derramadas. "Confío en ti, Bella. Siempre".

Catalina vaciló y su mirada vagó de un lado a otro entre Isabella y Rafael. —No sé si podré hacer eso, Bella. No después de eso".

Isabella sintió que se le rompía el corazón al oír las palabras de su hermana. "Gato, por favor..." —No —interrumpió Catalina, levantando una mano—. — Necesito tiempo, Bella. Para procesar todo esto. Para saber cuál es mi posición".

Rafael asintió con cara seria. "Por supuesto. Tómame todo el tiempo que necesites, Catalina. Pero ten la seguridad de que tú y Valentina estáis ahora bajo mi protección. No te va a pasar nada, te doy mi palabra".

Los ojos de Catalina se entrecerraron. —¿Y por qué hemos de confiar en su palabra, señor Delgado?

—Porque quiero a tu hermana —respondió simplemente Rafael—. "Y sé lo mucho que ustedes dos significan para ella".

Un pesado silencio se apoderó de la habitación mientras el peso de las palabras de Rafael penetraba en él. Isabella sintió que su corazón se hinchaba con una mezcla de amor e inquietud. Por supuesto, ella sabía que Rafael la estaba cuidando. Pero escucharlo explicarlo tan abiertamente frente a su familia...

—¿Amor? La voz de Catalina era poco más que un susurro. "Bella, ¿es eso cierto?"

Isabella miró fijamente a su hermana. —Sí, gato. Amo a Rafael. Y él me ama. Por eso accedí a ayudarlo. No solo por mi propia libertad, sino para tener la oportunidad de ser verdaderamente feliz".

Los ojos de Valentina se abrieron de par en par. —¿Pero qué hay de papá? ¿Y mamá? ¿Qué va a

pasar con ellos?

La expresión de Rafael se endureció. "Tu padre tendrá que asumir las consecuencias de sus actos. Y en cuanto a tu madre... Eso dependerá de ella. Si decide estar al lado de tu padre, compartirá su destino. Si no..."

—Si no, se ocuparán de ellos —finalizó Isabella—. —Te lo prometo, Val. No voy a dejar que le pase nada a mamá".

Catalina negó con la cabeza y sus ojos se llenaron de una mezcla de incredulidad y resignación. "Esto es una locura, Bella. Lo tiras todo a la basura, porque... ¿Para qué? ¿Un hombre al que apenas conoces?

—Lo conozco mejor de lo que crees, Gato —respondió Isabella en voz baja—. "Y no tiro nada. Exijo que me devuelvan mi vida. Mi futuro".

Antes de que Catalina pudiera responder, las puertas del salón de baile se abrieron de nuevo. El señor Profaci entró a trompicones, con el rostro pálido y la ropa despeinada.

-¡Papá! -exclamó Valentina, corriendo a su lado-. "¿Estás bien?"

El señor Profaci hizo un gesto con la mano y sus ojos se fijaron en Isabella con una mezcla de ira y desesperación. —Tú —escupió—. "Lo arruinaste todo".

Isabella sintió que Rafael se tensaba a su lado, pero dio un paso adelante y miró a su padre. Arruinaron todo cuando decidieron usar a sus propias hijas como moneda de cambio en sus negocios".

El rostro del señor Profaci se contorsionó de rabia. "¡Cómo te atreves! Después de todo lo que he hecho por ti...

—¿Hecho para mí? Isabella la interrumpió en voz alta. —¿Te refieres a venderme a Alejandro? ¿Obligar a Cat a un matrimonio arreglado? ¿Piensas hacer lo mismo con Val? ¿Es eso lo que llamas hacer cosas por nosotros?

"¡He asegurado tu futuro!", rugió el señor Profaci. "Asegúrate de que te cuiden..."

"¡No tienes que preocuparte por nosotros!" Isabella contraatacó. "¡Debemos tener la oportunidad de vivir nuestras propias vidas, de tomar nuestras propias decisiones!"

El señor Profaci se echó hacia delante, con la mano levantada como si quisiera golpear a Isabella. Pero antes de que pudiera hacer contacto, Rafael estaba allí y le sujetó la muñeca con un agarre de hierro.

—Ya es suficiente —dijo Rafael en voz baja y peligrosa—. —Perdiste, Profaci. Se acabó". Los ojos del señor Profaci se movieron de un lado a otro entre Rafael e Isabella, y la comprensión se reflejó en su rostro. —Tú —susurró—. "Has puesto a mi propia hija en mi contra".

Rafael negó con la cabeza. "No. Lo hiciste todo tú solo. Simplemente le mostré que hay otro camino".

"Un camino que sin duda te beneficiará", se burló el Sr. Profaci. —¿Qué le prometiste, Delgado? ¿Dinero? ¿Poder? ¿O simplemente la ilusión de la libertad?

—Me prometió unas elecciones —dijo Isabella en voz baja—. "Algo que nunca me diste".

El rostro del señor Profaci se torció y la lucha pareció salir de él. "Isabella, hija... No hagas eso. Por favor. Piensa en tu familia".

Isabella sintió que las lágrimas brotaban de sus ojos. "Estoy pensando en mi familia, papá. De la familia que quiero tener algún día. Niños a los que puedo criar para que sean niños fuertes e independientes. Que tomen sus propias decisiones".

—¿Con él? —escupió el señor Profaci y miró fijamente a Rafael. La forma en que te usa ahora". El brazo de Rafael rodeó la cintura de Isabella. —Te equivocas, Profaci. Amo a tu hija. Y voy a pasar el resto de mi vida tratando de demostrárselo".

Un profundo silencio se apoderó de la sala mientras todos absorbían las palabras de Rafael.

Isabella sintió que su corazón se aceleraba, una mezcla de miedo y alegría corría por sus venas. Finalmente, Catalina rompió el silencio. —¿Y ahora qué pasa? —preguntó con una voz que era poco más que un susurro.

Rafael se volvió hacia ella con cara seria. "Ahora todos ustedes tienen que tomar una decisión. Puedes venir con nosotros y comenzar una nueva vida, libre de la influencia de tu padre. O te quedas aquí, atado a las viejas costumbres.

Valentina dio un paso adelante, sus ojos brillaban con determinación. — Quiero ir contigo y con Bella.

Catalina vaciló y su mirada vagó de un lado a otro entre sus hermanas y su padre. "Yo... Necesito tiempo para pensar".

Rafael asintió. "Por supuesto. Tómame todo el tiempo que necesites. Pero ten en cuenta que, decidas lo que decidas, siempre tendrás un lugar con nosotros".

El señor Profaci se desplomó en el suelo, la derrota estaba escrita en su rostro. "Mi imperio... mi gente... todo se ha ido".

Isabella se arrodilló junto a su padre, su corazón estaba apesadumbrado. "No tiene por qué ser así, papá. Todavía puedes elegir cambiar, mejorar".

El señor Profaci la miró y sus ojos se llenaron de una mezcla de ira y tristeza. —¿Y si no lo hago?

—Entonces es un adiós —dijo Isabella en voz baja y se levantó—.

Se volvió hacia Rafael, que le tendió la mano. Cuando lo tomó, sintió que el peso de su decisión pesaba sobre ella. Ahora ya no había vuelta atrás.

"¿Estás listo?" —preguntó Rafael, escudriñando sus ojos en los de ella.

Isabella respiró hondo y se encogió de hombros. "Sí. Vamos".

Al salir del salón de baile, Isabella no pudo evitar mirar hacia atrás por última vez. Su padre,

destrozado y derrotado en el suelo. Catalina, dividida entre la lealtad y la promesa de libertad. Valentina, cuyos ojos se iluminan de esperanza y miedo a partes iguales.

Ese fue el premio de su elección. El precio de su libertad.

Pero cuando sintió la mano de Rafael en la suya, firme y fuerte, Isabella supo que había tomado la decisión correcta. Cualesquiera que fueran los desafíos que les esperaban, cualquier oscuridad que pudieran encontrar, lo enfrentarían juntos.

El aire fresco de la noche le golpeó la cara cuando salieron, e Isabella respiró hondo y sintió que realmente estaba respirando por primera vez en años.

—¿Y ahora qué? —preguntó, volviéndose hacia Rafael.

Sonrió, con un brillo de emoción en sus ojos. "Ahora, mi amor, estamos construyendo nuestro imperio. Juntos".

Al dejar atrás la única vida que había conocido, Isabella sintió una sensación de inquietud y júbilo al mismo tiempo. El futuro era incierto y estaba lleno de peligros y desafíos potenciales. Pero era de ella. Su elección. Tu camino.

Y por primera vez en su vida, Isabella Profaci fue verdaderamente libre.

CAPÍTULO 1

Isabella



La flauta de cristal se rompió en el suelo de mármol y su contenido salpicó como una pintura macabra sobre el vestido carmesí de Isabella Profaci. El salón de baile dorado se quedó en silencio, cien pares de ojos se fijaron en su figura temblorosa. En ese momento de tiempo congelado, Isabella vio su futuro ante ella: una prisión dorada donde su espíritu se marchitaría y moriría.

—Niña torpe —siseó Alejandro Castillo, hundiendo los dedos en su brazo—. "Me estás avergonzando".

Isabella lo miró a los ojos y una chispa de desafío se encendió en su pecho. "Si no hubieras insistido en volver a llenar mi vaso por quinta vez, esto podría no haber sucedido".

Los ojos de Alejandro se entrecerraron peligrosamente. "Cuida tu lengua, mi amor. Te olvidas de tu lugar".

—¿Cómo iba a olvidarlo? —susurró Isabella con voz venenosa. "Nunca me dejaste".

Antes de que Alejandro pudiera responder, el padre de Isabella se materializó a su lado, su rostro era una máscara de forzada hilaridad. "¿Está todo bien aquí?"

—Por supuesto, señor Profaci —respondió Alejandro en voz baja, aflojando el brazo de Isabella—. "Solo un pequeño accidente. No hay nada de qué preocuparse".

Isabella observó cómo los ojos de su padre iban y venían entre ellos, una pizca de duda revoloteaba por sus facciones antes de que él asintiera y se diera la vuelta. Sintió que una ola familiar de decepción la inundaba. Incluso ahora que las pruebas de la crueldad de Alejandro estaban a la vista, su padre decidió mirar para otro lado.

-¡Padre! -exclamó Isabel, y su voz temblaba con una rabia apenas contenida-. —¿No tienes nada que decir?

El señor Profaci se volvió y su expresión se endureció. "Isabella, este no es el momento ni el lugar para una escena".

—¿Una escena? Isabella rió amargamente. —¿Es así como se llama cuando su hija es maltratada en público?

Alejandro la agarró del brazo con fuerza. "Mi amor, estás haciendo el ridículo. Salgamos a tomar un poco de aire".

—No voy a ir a ninguna parte contigo —escupió Isabella y le soltó el brazo—.

El rostro de su padre se enrojeció de ira. "Isabella, eso es suficiente. Le demostrarás a Alejandro el respeto que se merece como tu prometido".

—¿Respeto? La voz de Isabella se elevó y atrajo la atención de la multitud. —¿Y el respeto que merezco como tu hija?

El señor Profaci agarró a Isabella del brazo y la atrajo hacia él. "Estás avergonzando a nuestra familia", siseó. "¿Es eso lo que quieres? ¿Para arruinar todo por lo que hemos trabajado?

Isabella sintió que las lágrimas brotaban de sus ojos. —¿Y qué hay de lo que quiero, papá? ¿Importa eso?

Por un momento, algo parecido al arrepentimiento cruzó por el rostro de su padre. Pero fue rápidamente reemplazado por una estricta determinación. —Sabes cuál es tu deber, Isabella. Ahora discúlpate con Alejandro y cálmate".

Isabella abrió la boca para seguir discutiendo, pero la fría determinación en los ojos de su padre se lo impidió. Se volvió hacia Alejandro y forzó las palabras a pasar por el nudo en su garganta. "Lamento mi comportamiento, Alejandro. Eso no volverá a suceder".

Alejandro sonrió con un brillo depredador en sus ojos. —Por supuesto que no, mi amor. Todo está perdonado". Mientras la fiesta continuaba a su alrededor, Isabella se excusó y se dirigió a una alcoba apartada. Presionó su frente contra el vidrio frío de la ventana, tratando de calmar su corazón acelerado.

—Estás jugando a un juego peligroso, Isabella.

Se dio la vuelta y encontró a su hermana Catalina observándola preocupada. —No sé a qué te refieres.

Catalina suspiró y se acercó. "Tu pequeña pantalla hace un momento. La forma en que miras a Alejandro. No escondes exactamente tu desprecio".

—¿Lo haré? Desafió Isabella. "¿Debería fingir que estoy encantada de casarme con un hombre que me trata como propiedad?"

"Sabes, no se trata de lo que queremos", respondió Catalina con voz resignada. "Es una cuestión de deber. Para asegurar el futuro de nuestra familia".

Isabella rió amargamente. "¿Nuestro futuro? Te refieres al futuro de papá. Sus preciosas alianzas y negocios".

—Baja la voz —siseó Catalina, mirando a su alrededor con nerviosismo—. "Alguien podría escucharte".

-Que oiga -respondió Isabel, aunque bajó la voz-. "Estoy cansado de fingir, gato. Estoy cansada de sonreír y asentir con la cabeza mientras mi vida está planeada para mí".

La expresión de Catalina se suavizó. — Sé que es difícil, Bella. Pero no tenemos otra opción. Este es el mundo en el que nacimos".

—Tal vez —murmuró Isabella, y su mirada volvió a la ventana—. "Pero eso no significa que tengamos que aceptarlo sin cuestionamientos".

Un cómodo silencio se apoderó de las hermanas, roto sólo por los sordos ruidos de la compañía que tenía detrás.

Al cabo de un momento, Catalina volvió a hablar, con voz vacilante.

"¿Has oído los rumores? ¿Sobre si papá me arregló un partido con Ethan Beaumont?"

La cabeza de Isabella se volvió hacia su hermana. "¿Ethan Beaumont? Como en: ¿El hermano de Damien Beaumont?"

Catalina asintió con el rostro pálido. —Exactamente lo mismo.

—Maldición —suspiró Isabella—. "Gato, no puedes..."

"¿Qué opción tengo?" Catalina la interrumpió, y sus ojos brillaron con lágrimas no derramadas. —Si papá decide que es lo mejor...

—No —dijo Isabella con firmeza, tomando las manos de su hermana—. "No dejaré que eso suceda. Te lo prometo, Cat. Encontraré la manera de protegerte. Ustedes dos —agregó, pensando en su hermana menor Valentina—.

Catalina sonrió levemente. "Siempre la hermana mayor protectora. Pero, ¿cómo puedes protegernos si ni siquiera puedes protegerte a ti mismo?"

Los ojos de Isabella brillaron con determinación. —Encontraré la manera, gato. Lo juro".

—¿Y cómo piensas hacerlo exactamente? —preguntó Catalina con voz escéptica.

Isabella abrió la boca para responder, pero antes de que pudiera responder, una conmoción cerca de la entrada llamó su atención. La multitud se separó, revelando a un hombre que Isabella solo había visto desde la distancia:

Rafael Delgado.

Se movía por la habitación con una gracia depredadora, sus ojos oscuros escudriñaban los rostros a su alrededor. Cuando su mirada se posó en Isabella, ella sintió una sacudida eléctrica recorrer su cuerpo. Había algo en sus ojos, una mezcla de curiosidad y hambre que la excitaba y asustaba a la vez.

—¿Quién es ese? —susurró Catalina y siguió la línea de visión de Isabella—.

—Rafael Delgado —respondió Isabella, incapaz de apartar la mirada—. "Es dueño de una gran compañía naviera. Papá a veces hace negocios con él.

—Es peligroso —advirtió Catalina—. "He oído historias sobre él. Dicen que él mismo puede controlar las mareas".

Isabella se burló. "No seas ridículo. Es solo un hombre".

Pero incluso mientras pronunciaba estas palabras, Isabella no podía quitarse de encima la sensación de que había algo más en Rafael Delgado. Algo oscuro y seductor que apelaba a la parte rebelde de su alma.

Su momento fue interrumpido por el regreso de Alejandro. Colocó una mano posesiva en la parte baja de la espalda de Isabella y sus dedos se extendieron por sus caderas, haciendo que sus ojos hormiguesaran.

—Ahí estás, mi amor —ronroneó él, y su aliento se calentó contra su oído—. "Pensé que ibas a huir".

Isabella se obligó a sonreír. —¿A dónde debo ir, Alejandro? Sabes que ahora te pertenezco".

Vio un destello de aprobación en sus ojos, que rápidamente fue seguido por sospecha. —Ciertamente. ¿Bailamos? No era una petición. Isabella se dejó llevar a la pista de baile y sintió los ojos de Rafael clavados en ella todo el tiempo. Cuando Alejandro la acercó y su mano agarró su cintura con demasiada fuerza, Isabella se preguntó cómo sería estar en los brazos de Rafael.

La idea la animaba y la asustaba al mismo tiempo.

Mientras avanzaban por el suelo, Alejandro se inclinó hacia delante y sus labios rozaron su oreja. "Te ves impresionante esta noche, mi amor. Aunque tengo que reconocer que te prefiero de azul. Se adapta a tu tez mejor que el... rojo provocador".

Isabella se puso tensa. "Lo siento si no te gusta mi elección de ropa".

Alejandro se apretó. "Ahora, ahora. No te enfurruñes. Solo quiero lo mejor para ti. Para nosotros. Lo entiendes, ¿verdad?

—Por supuesto —respondió Isabella con una voz que era poco más que un susurro—.

—Buena chica —murmuró Alejandro—. —Acuérdate, Isabella. Ahora eres mía. Todo lo que haces se refleja en mí. A nuestras familias. No quieres decepcionar a todo el mundo, ¿verdad?

Isabella tragó saliva y luchó contra las ganas de gritar. —No, Alejandro. No soñaría con eso".

Cuando terminó el baile, Isabella volvió a ver a Rafael. Él la observó atentamente, con una mirada cómplice en sus ojos. Era como si pudiera ver a través de su fachada cuidadosamente construida directamente la agitación que se desataba en su interior.

De repente, Rafael se acercó a ella, con sus ojos oscuros fijos en Isabella. Alejandro se tensó a su lado y su agarre de la cintura se apretó dolorosamente.

—Señor Castillo —saludó Rafael con voz sedosa—. "No creo que hayamos tenido el placer de ser presentados oficialmente. Rafael Delgado".

La sonrisa de Alejandro era firme mientras estrechaba la mano de Rafael. —Por supuesto, señor Delgado. Tu reputación te precede".

La mirada de Rafael se desvió hacia Isabella, y ella sintió que se le cortaba la respiración. "Y esta visión en rojo debe ser tu prometida. ¿Isabella Profaci, supongo?

Antes de que Alejandro pudiera responder, Isabella le tendió la mano. —Es un placer conocerle, señor Delgado.

Rafael le tomó la mano y se la llevó a los labios. El breve contacto hizo que un escalofrío recorriera la columna vertebral de Isabella. "El placer es todo mío, te lo aseguro".

Alejandro se aclaró la garganta, visiblemente incómodo por el intercambio. —Disculpe, señor Delgado. Isabella y yo estábamos al borde de ello...

—En realidad —le interrumpió Rafael con dulzura—, esperaba poder pedir prestada a tu encantadora prometida para bailar. Si no te importa, por supuesto.

Isabella sintió que Alejandro se ponía rígido a su lado. —No estoy seguro de si eso...

—Sería feliz —interrumpió Isabella y sonrió radiante a Rafael—. Se volvió hacia Alejandro, sus ojos lo miraban desafiantes. —¿No te importa, cariño?

Por un momento, Isabella pensó que Alejandro se negaría. Pero con tantos ojos, no tuvo más remedio que obedecer. —Por supuesto que no —dijo con los dientes apretados—. "Un baile".

Mientras Rafael la llevaba a la pista de baile, Isabella sintió un escalofrío de emoción correr por sus venas. La atrajo hacia él, con una mano apoyada en su espalda y la otra suavemente envuelta alrededor de la suya.

—Está usted jugando un juego peligroso, señorita Profaci —murmuró Rafael, acercando los labios a su oreja—. El corazón de Isabella se aceleró. —No sé a qué se refiere, señor Delgado.

Rafael soltó una risita, y el sonido le provocó un escalofrío. —Oh, creo que sí. Te vi mirándome antes. La forma en que me miras ahora".

Isabella sintió que sus mejillas se enrojecían. —Es usted muy presuntuoso, señor Delgado.

—¿Soy yo? El agarre de Rafael se tensó ligeramente, acercándola imposiblemente a él. —Dime, Isabella. ¿Estás contento con tu prometido?

La pregunta la tomó desprevenida. "Yo... No es asunto tuyo".

Los ojos de Rafael se clavaron en los suyos. "Tal vez no. Pero creo que ya sé la respuesta".

A Isabella se le cortó la respiración. "No sabes nada de mí".

—Sé que te estás asfixiando —dijo Rafael en voz baja—. "Puedo verlo en tus ojos. La forma en que te comportas. Eres un pájaro en una jaula, Isabella. Desesperado por desplegar tus alas y volar".

Las lágrimas acudieron a los ojos de Isabella. —Detente —susurró ella—. —No tienes derecho...

—Puedo ayudarte —le interrumpió Rafael en voz baja e insistente—. —Si me lo permites.

El corazón de Isabella latía con fuerza en su pecho. "¿Ayudarme? ¿Cómo?

Los ojos de Rafael brillaban de promesa. "Encuéntrame mañana por la noche. El viejo faro en los acantilados. Medianoche.

—No puedo —protestó Isabella débilmente—. —Alejandro...

—Nunca lo sabré —finalizó Rafael—. —A menos que quieras.

La música estaba llegando a su fin. Isabella sabía que solo tenía unos momentos para decidir. "¿Por qué?", preguntó, buscando respuestas en el rostro de Rafael. "¿Por qué me ayudarías?"

La sonrisa de Rafael era enigmática. "Digamos que tengo mis razones. La pregunta es, Isabella, ¿eres lo suficientemente valiente como para correr el riesgo?

Cuando las últimas notas de la canción se desvanecieron, Isabella tomó su decisión. —Mañana por la tarde —susurró—. — Medianoche.

Los ojos de Rafael brillaron de triunfo mientras los dejaba ir. —Hasta entonces, señorita Profaci.

Isabella regresó con Alejandro, con la mente tambaleándose por lo que acababa de suceder. A medida que se acercaba, pudo ver la ira apenas contenida en sus ojos.

—¿Qué quería? —preguntó Alejandro y la agarró bruscamente del brazo.

Isabella se estremeció al verlo agarrar. —Nada, Alejandro. Era solo un baile".

Los ojos de Alejandro se entrecerraron. —No me mientas, Isabella. Vi que lo mirabas.

—Estás haciendo el ridículo —le espetó Isabella y trató de apartarse—. "Déjame ir".

"¿Está todo bien aquí?"

Isabella se dio la vuelta y vio a su padre que venía hacia ella con una expresión sospechosa en su rostro. Alejandro le soltó inmediatamente el brazo y su rostro se convirtió en una agradable máscara.

—Por supuesto, señor Profaci —dijo Alejandro en voz baja—. "Isabella y yo estábamos hablando de la fiesta".

Isabella abrió la boca para protestar, pero una mirada de advertencia de su padre la hizo callar. —Entiendo —dijo el señor Profaci, y su tono dejó claro que no le creyó a Alejandro ni por un segundo—. "Isabella, ¿por qué no buscas a tus hermanas? Necesito hablar con Alejandro.

Agradecida por la huida, Isabella asintió y se alejó apresuradamente. Mientras se abría paso entre la multitud, no podía quitarse de encima la sensación de estar al borde de un abismo. Al día siguiente por la noche encontraría su libertad o sellaría su destino para siempre.

El resto de la noche pasó volando. Isabella siguió los movimientos, sonriendo y asintiendo en los momentos adecuados, pero su mente estaba en otra parte. Cuando la fiesta finalmente llegó a su fin y los invitados comenzaron a despedirse, fue acorralada nuevamente por Alejandro.

—Tenemos que hablar -gruñó él, y la llevó a un rincón apartado-.

Isabella se armó de valor. —¿De qué, Alejandro?

Sus ojos brillaron peligrosamente. —No te avergüences de mí, Isabella. Tu comportamiento esta noche fue inaceptable".

—¿Mi comportamiento? Isabella se burló. —¿Y el tuyo? Me golpearon delante de todo el mundo, me trataron como a una propiedad...

La mano de Alejandro salió disparada y le agarró la barbilla dolorosamente. "Eso es exactamente lo que eres, mi amor. Mis posesiones. Cuanto antes lo aceptes, más felices seremos los dos".

Isabella se apartó de él con los ojos llameantes. "Nunca seré feliz contigo, Alejandro. Nunca".

Por un momento, el dolor revoloteó por el rostro de Alejandro, que rápidamente fue reemplazado por una fría ira. "Aprenderás a ser Isabella. De una forma u otra".

Mientras se alejaba, Isabella sintió un escalofrío que le recorría la espalda. Sabía que se le acababa el tiempo. Mañana por la noche no podía llegar lo suficientemente pronto.

Más tarde, cuando Isabella estaba acostada en la cama y no podía dormir, escuchó un suave golpe en su puerta. —¡Entra! —gritó en voz baja—.

Catalina entró en la habitación, con el rostro marcado por la preocupación. "¿Bella? ¿Estás bien?"

Isabella se enderezó y golpeó la cama a su lado. —Estoy bien, Cat. Recto... Pensando".

Catalina se sentó junto a su hermana. —¿Sobre lo que le pasó a Alejandro?

—Entre otras cosas —admitió Isabella—.

Catalina vaciló antes de hablar. "Escuché a papá hablar con Alejandro después de que te fuiste. Ellos... Estás adelantando la fecha de la boda, Bella.

Isabella sintió que la sangre se le helaba en las venas. "¿Qué? ¿Cuándo?

—Dentro de dos semanas —susurró Catalina—. "Papá dice que es lo mejor... para asegurar la alianza lo más rápido posible".

Los pensamientos de Isabella se aceleraron. Quincena. Tenía dos semanas para encontrar una salida a esta pesadilla. —Gato —dijo insistentemente, tomando las manos de su hermana—. "Necesito que confíes en mí. ¿Puedes hacer eso?"

Catalina asintió, con los ojos muy abiertos. —Por supuesto, Bella. Siempre".

—Tengo un plan —dijo Isabella en poco más que un susurro—. "Pero necesito que me sustituyas mañana por la noche. ¿Puedes hacer eso?"

"Bella, ¿qué eres..."

—Por favor, Gato —interrumpió Isabella—. "No puedo explicar todo en este momento. Pero prometo que encontraré la manera de sacarnos a todos de esto. Tú, yo y Valentina. Ya no seremos peones en los juegos de papá".

Catalina buscó el rostro de su hermana, con el miedo y la esperanza luchando en sus ojos. Finalmente asintió. —Muy bien, Bella. Confío en ti. Pero por favor... Ten cuidado".

Isabella apretó agradecida las manos de su hermana. "Gracias, Gato. Te prometo que te lo explicaré todo pronto. Cuando Catalina salió de la habitación, Isabella se volvió hacia la ventana, con la mente llena de posibilidades. El faro. Medianoche. ¿Qué tramaba Rafael? Y lo que es más importante, ¿podía confiar en él?

El día siguiente transcurrió en una niebla de tensión y expectación. Isabella repasaba los movimientos de su rutina diaria mientras estaba muy atenta al tic-tac del reloj. Al caer la noche, se excusó, se quejó de dolor de cabeza y se retiró a su habitación.

Cuando estuvo segura de que la casa había sido acomodada, Isabella se puso ropa oscura y se deslizó por la ventana. El aire fresco de la noche le golpeaba la cara mientras se abría paso por los jardines, y su corazón latía con cada paso.

El faro se alzaba ante ella, un centinela solitario contra el cielo estrellado. Al acercarse, vio una figura que emergía de las sombras.

—No estaba seguro de si vendrías —dijo Rafael en voz baja y suave—.

Isabella alzó la barbilla desafiante. "Estoy aquí. Dime, ¿de qué se trata todo esto?"

Los ojos de Rafael brillaban a la luz de la luna. "Directo al grano. Eso es lo que me gusta de ti, Isabella. Señaló el faro. —¿Lo hacemos?"

En el interior, el aire estaba cargado de olor a sal y a edad. Rafael la condujo por la escalera de caracol, y el crujido de los pasos resonó en el silencio.

—Sé de las maquinaciones de tu padre —dijo Rafael mientras subían—. "Los aspectos no del todo legales de su negocio".

A Isabella se le cortó la respiración. —¿De qué estás hablando?

Llegaron a la cumbre y Rafael se volvió hacia ella. "Su padre, el respetable señor Profaci, contrabandeaba mercancías ilegales a través de mis compañías navieras. ¿Sabías que...?"

Isabella sacudió la cabeza con incredulidad. "No, yo... No tenía ni idea".

La sonrisa de Rafael era sombría. "Por supuesto que no. Era muy cuidadoso. Pero tengo pruebas, Isabella. Prueba que podría derribar el imperio de tu padre.

—¿Por qué me dices esto? —preguntó Isabella con la cabeza inclinada.

—Porque te ofrezco una opción —dijo Rafael, acercándose—. "Puedo usar esta información para destruir a tu padre. O bien..."

—¿O qué? —susurró Isabella con el corazón acelerado.

Los ojos de Rafael se cerraron con los de ella. "O puedes trabajar conmigo. Ayúdame a controlar los negocios de tu padre desde dentro. A cambio, cuido de tu libertad. Y la de tus hermanas.

Isabella giró la cabeza. —¿Quieres que traicione a mi propio padre?

"Quiero que te salves", respondió Rafael. "Y al hacer eso, estás salvando a tus hermanas del mismo destino que te espera a ti con Alejandro".

Isabella se alejó ambivalentemente. "¿Cómo sé que puedo confiar en ti?"

Sintió la presencia de Rafael detrás de ella, su cálido aliento en su cuello. "No lo haces. Pero pregúntate a ti misma, Isabella. ¿Qué otra opción tienes?"

El peso de sus palabras caía sobre ella como un sudario. Tenía razón. ¿Qué otra opción tenía?

—Si estoy de acuerdo —dijo Isabella lentamente—, ¿qué esperarías exactamente de mí?

La mano de Rafael se posó en su hombro y le provocó un escalofrío. "Nada cambia por el momento. Vas a casa, juegas a ser la hija obediente y la prometida. Pero vosotros seréis mis ojos y mis oídos. Reporta todo lo que veas y escuches. Y cuando sea el momento adecuado..."

"Cuando sea el momento adecuado, ¿no es así?" —insistió Isabella—.

Rafael la volvió hacia él, y sus ojos ardían de intensidad. "Cuando es el momento adecuado, atacamos. Tomamos todo lo que tu padre ha construido y lo usamos para asegurar nuestro propio futuro. Tu futuro, Isabella. Libre de las cadenas del deber y la expectativa".

La cabeza de Isabella se aceleró con las posibilidades. Libertad. No solo para ella, sino también para sus hermanas. Pero, ¿a qué precio?

—¿Y si me niego? —preguntó ella, con una voz que era poco más que un susurro.

La expresión de Rafael se endureció. "Luego uso la información que tengo. Tu padre va a la cárcel, tu apellido se arruina y sigues casada con Alejandro. Solo ahora serás desamparado y encarcelado".

Isabella cerró los ojos y sintió que el peso de su decisión pesaba sobre ella. Cuando lo volvió a abrir, había una nueva determinación en sus ojos.

—Está bien —dijo ella con voz tranquila, a pesar de la confusión de su corazón—. "Lo haré. Te ayudaré".

La sonrisa de Rafael era triunfal. —Sabía que eras especial, Isabella. Juntos, remodelaremos los cimientos de su mundo".

Mientras regresaban al faro, Rafael les explicó su plan. Isabella escuchaba atentamente, y su mente ya estaba trabajando para reunir la información que necesitaba sin despertar sospechas.

—Recuerda —dijo Rafael cuando llegaron al fondo—, no te fíes de nadie. Ni tu padre, ni Alejandro, ni siquiera tus hermanas. A partir de ahora, soy el único en el que puedes confiar".

Isabella asintió, y la pesadez de su decisión la cubrió como un pesado manto. —Ya veo.

Cuando se dio la vuelta para irse, Rafael la agarró del brazo. —Una cosa más, Isabella.

Antes de que ella pudiera reaccionar, él la acercó a él y sus labios se estrellaron contra los de ella en un beso brillante. Isabella jadeó, sorprendida por la intensidad de lo que estaba sucediendo. Por un momento, se olvidó de todo: de su familia, de su compromiso, del peligroso juego en el que acababa de meterse. Solo estaba Rafael, con sus brazos alrededor de ella, su sabor en sus labios.

Cuando finalmente se separaron, ambos respirando con dificultad, los ojos de Rafael estaban oscuros de deseo. —Algo con lo que recordarme —murmuró mientras su pulgar recorría su labio inferior—.

Isabella dio un paso atrás, sus mejillas enrojecidas. "Yo... Debería irme.

Rafael asintió, y una sonrisa cómplice se dibujó en las comisuras de su boca. —Hasta la próxima, Isabella.

Recuerda, nuestro futuro depende de ti ahora".

Mientras Isabella regresaba a la casa, su mente era un torbellino de sentimientos contradictorios. Emoción, miedo, culpa y algo más: un deseo ardiente que nunca antes había sentido. Se tocó los labios, que aún hormigueaban por el beso de Rafael, y supo que nada volvería a ser igual.

Cuando Isabella volvió a su habitación, Catalina la estaba esperando, con la preocupación escrita en su rostro.

"¡Bella! ¿Dónde has estado? Te he cubierto, pero...

Isabella la interrumpió con un abrazo. —Está bien, gato. Ahora todo va a estar bien".

Catalina retrocedió y buscó el rostro de su hermana. —¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué pasó?

Por un momento, Isabella sintió la tentación de contárselo todo. Pero la advertencia de Rafael resonó en su mente. No confíes en nadie. "No puedo explicarlo ahora", dijo en su lugar. "Pero prometo que las cosas cambiarán. Para todos nosotros".

Cuando Catalina, todavía confundida y preocupada, se fue, Isabella se hundió en su cama. El peso de su decisión pesaba sobre ella, junto con la euforia de las posibilidades. Ahora estaba jugando un juego peligroso y bailando en el filo de la navaja.

Pero cuando cerró los ojos, solo pudo ver la intensa mirada de Rafael, sentir el espíritu de sus labios sobre los suyos. Para bien o para mal, había elegido su camino. Ahora tendría que llevarlo hasta el final, cueste lo que cueste.

La mañana siguiente amaneció brillante y clara, en marcado contraste con la inquietud del corazón de Isabella. Mientras bajaba las escaleras para desayunar, se preparó para la actuación de su vida.

—Buenos días, papá —dijo, besando la mejilla de su padre al entrar en el comedor—.

El señor Profaci levantó la vista de su periódico, la sorpresa estaba escrita en su rostro. "Isabella. Estás de buen humor esta mañana.

Isabella sonrió, la imagen de la inocencia. "¿Por qué no debería ser yo? Es un día hermoso".

Al tomar asiento, vio que Catalina la observaba con una mezcla de curiosidad e inquietud. Isabella asintió tranquilizándola antes de volverse hacia su plato.

—He estado pensando —dijo casualmente, untando mermelada en su tostada—. "Tal vez yo era demasiado... se resiste a la idea de casarse con Alejandro".

Las cejas de su padre se alzaron. —¿Cómo?

Isabella asintió y se obligó a mirarlo a los ojos. "Ahora me doy cuenta de que solo quieres lo mejor para mí. Para nuestra familia. Estoy dispuesto a aceptar mi deber".

El rostro del señor Profaci se torció en una amplia sonrisa. —Isabella, querida, no tienes idea de lo feliz que me hace oírte decir eso. Empecé a preocuparme..."

—Lo sé, papá —dijo Isabella, extendiendo la mano para apretarlo—. "Y lamento haberte preocupado. A partir de ahora, prometo ser la hija que te mereces".

Cuando su padre habló emocionado sobre los preparativos de la boda, la mirada de Isabella Catalina se posó sobre la mesa. La expresión de su hermana era de sorpresa e incredulidad. Isabella le dedicó una pequeña sonrisa triste antes de volverse hacia su padre, asintiendo y asintiendo en todos los lugares correctos.

El resto del día transcurrió en un torbellino de actividad. La noticia del aparente cambio de opinión de Isabella se extendió rápidamente, y pronto la casa estaba llena de emoción. Alejandro llegó por la tarde, con el rostro enmascarado de satisfacción petulante mientras abrazaba a Isabella con un abrazo posesivo.

—Sabía que algún día volverías en ti, mi amor —le susurró al oído—.

Isabella se obligó a sonreír, aunque su piel se erizara al tocarlo. "Por supuesto, cariño. ¿Cómo podría resistirme a ti?"

Al caer la noche, Isabella se encontró sola en la biblioteca, aparentemente buscando un libro, pero en realidad buscando algunos documentos que pudieran ser útiles para Rafael. Acababa de abrir un cajón del escritorio de su padre cuando una voz la sobresaltó.

"¿Qué estás haciendo?"

Isabella se dio la vuelta y encontró a Valentina, su hermana menor, mirándola con los ojos muy abiertos.

—¡Val! —exclamó Isabella con el corazón acelerado—. "Yo estaba solo... Buscando algo de papelería. Escribir cartas de agradecimiento por los regalos de compromiso".

Los ojos de Valentina se entrecerraron con recelo. —¿En el escritorio de papá?

Isabella buscó una explicación, pero antes de que pudiera hablar, Valentina continuó.

"Te vi, ¿sabes? Ayer por la noche. Escápate a hurtadillas".

Isabella sintió que la sangre goteaba de su rostro. "Val, puedo explicártelo..."

—No hay necesidad de eso —interrumpió Valentina, con un brillo pícaro en los ojos—. "Me parece emocionante.

Mi hermana mayor, que tiene un Rafaelce secreto. ¿Es guapo? ¿Rico? ¿Ambos?

El alivio se apoderó de Isabella, seguido rápidamente por sentimientos de culpa. Odiaba mentirle a su hermana, pero sabía que no tenía otra opción. "Es... complicado, Val. No puedo decirte todo, pero necesito que confíes en mí. ¿Puedes hacer eso?"

Valentina asintió con entusiasmo. "¡Por supuesto! Tu secreto está a salvo conmigo, Bella. No se lo voy a decir a nadie".

Cuando Valentina salió de la habitación, Isabella se hundió en una silla, con la cabeza apoyada en las manos. La red de mentiras creció, enredó a su familia y amenazó con asfixiarla. Pero había llegado demasiado lejos como para dar marcha atrás.

Con renovada determinación, volvió a su búsqueda. Para cuando salió de la biblioteca, había guardado a buen recaudo un puñado de documentos, cada uno de los cuales era una clave potencial para descifrar los secretos de su padre y su propia libertad.

Esa noche, mientras yacía en la cama, la mente de Isabella se aceleró con los acontecimientos de los últimos dos días. Había puesto en marcha una cadena de acontecimientos que conducirían a su salvación o a su destrucción. No había camino intermedio, no había vuelta atrás.

Mientras se dormía, sus últimos pensamientos se centraron en Rafael: su intensa mirada, su beso embriagador y la peligrosa promesa de libertad que le dio. Fuera lo que fuera lo que viniera después, Isabella sabía una cosa con certeza: su vida nunca volvería a ser la misma.

CAPÍTULO 2

Rafael



Las cartas golpearon la mesa de caoba con un chasquido satisfactorio y resonaron en el opulento despacho de Theodore Profaci. Los labios de Rafael Delgado se torcieron en una sonrisa depredadora mientras revelaba su mano, un rubor real. La sala se quedó en silencio, la tensión era palpable mientras los otros jugadores se daban cuenta de su destino.

—Caballeros —ronroneó Rafael, con una voz que destilaba falsa lástima—, creo que ese es el final de nuestro juego.

El ojo izquierdo de Theodore Profaci se contrajo, un signo revelador de ira apenas reprimida. —Nos has desalojado, Delgado. Espero que estés satisfecho".

Rafael se reclinó en su silla de terciopelo y agitó el líquido ámbar en su vaso de whisky. —Oh, te aseguro, Theodore, que mi satisfacción está lejos de ser completa. Sus ojos oscuros estaban fijos en los ojos de Profaci, un brillo peligroso brillaba en sus profundidades. "Incluso diría que el verdadero juego apenas comienza".

La mano de Profaci desapareció debajo de su escritorio y la sonrisa de Rafael se ensanchó. —Vamos, Teodoro. No hay razón para semejante drama. Aquí todos somos amigos, ¿no?

—¿Amigos? Profaci escupió la palabra como si fuera veneno. —¿Vienes a mi casa, me desplumas a las cartas, y ahora tienes la osadía de llamarnos amigos?

Rafael tomó un sorbo lento de su whisky y disfrutó de la destilación. "Estoy realmente herido. Y creo que teníamos una relación muy especial aquí". Dejó el vaso en el suelo con deliberado cuidado. "Pero tal vez tengas razón. Los amigos no suelen pedir lo que estoy a punto de pedir".

Los ojos de Profaci se entrecerraron. —¿Y qué, por favor, puede ser eso?

—Tu hija —respondió Rafael con voz helada—. —Isabella.

El silencio que siguió fue ensordecedor. El rostro de Profaci perdió todo color, su mano agarró el borde de su escritorio con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos.

—Estás loco —susurró Profaci—. "Isabella está comprometida con Alejandro Castillo. La alianza con el cártel de Castillo es fundamental para la supervivencia de nuestra familia en Los Ángeles".

Rafael lo despidió con un gesto desdenoso. —Los convenios se pueden romper, Theodore. Y les aseguro que, si me niego, las consecuencias serán mucho peores que cualquier berrinche que pueda tener Castillo".

La compostura de Profaci se derrumbó, la ira se filtró por las grietas. "No te atreverías a tocar a mi hija. Voy a

matarte yo mismo antes de que lo permita.

—Oh, voy a hacer algo más que tocarla —gruñó Rafael y se inclinó hacia delante—. —Lo romperé, Theodore. Tomaré esta inocencia inmaculada que has cultivado con tanto cuidado y la aplastaré bajo mis talones. Cuando termine con ella, no será más que una muñeca rota, no apta para Castillo ni para nadie más".

La mano de Profaci salió de debajo del escritorio, un revólver reluciente apuntando directamente al pecho de Rafael. —Fuera —gruñó—. "Sal de mi casa antes de que te atraviese el corazón negro".

Rafael no se inmutó. En cambio, se rió, con un tono frío y alegre que hizo que un escalofrío recorriera la columna vertebral de Profaci. —Oh, Theodore. Pobre, tonto ilusorio. ¿De verdad crees que puedes amenazarme?

—Te apunté con una pistola al pecho —gruñó Profaci—. "Yo diría que es una amenaza bastante clara".

Los ojos de Rafael brillaban de diversión. "Y tengo una póliza de seguro con Damien Beaumont. Dime, Theodore, ¿qué crees que es más mortal, tu pequeño juguete o la ira del hombre que se llama el Príncipe Oscuro?

El efecto fue instantáneo. La mano de Profaci tembló, el arma se balanceó. —Estás fanfarroneando —susurró, pero la duda en su voz era evidente—.

—¿Soy yo? Rafael lo desafió. "¿Estás dispuesto a arriesgarlo todo -tu imperio, tu familia, tu vida- por esta suposición?"

Durante un largo momento, el único sonido en la habitación fue la respiración entrecortada de Profaci. Luego bajó lentamente su arma.

"¿Qué quieres?", preguntó, y la derrota quedó grabada a fuego en cada línea de su rostro.

La sonrisa de Rafael fue victoriosa. "Es muy sencillo. Le informaré a Isabella que su compromiso con Castillo ha sido roto. Ahora es mío".

Los ojos de Profaci se abrieron de par en par con horror. "No se puede hablar en serio. Las consecuencias de la ruptura del compromiso..."

—Nada comparado con lo que haré si te niegas —le interrumpió Rafael—. —No te preocupes, Theodore. Yo me encargaré de Castillo y su cártel. Lo único que te preocupa es cómo vas a conseguir que tu hija se sume al nuevo acuerdo".

—¿Y si se niega? —preguntó Profaci con una chispa de esperanza en sus ojos.

La mirada de Rafael se volvió helada. "Entonces los tomaré de todos modos. Y te prometo, Theodore, que no disfrutará tanto de la experiencia si pelea conmigo.

La amenaza flotaba en el aire, pesada y asfixiante. Profaci se desplomó derrotado en su silla. —¿Cuándo? —preguntó en poco más que un susurro.

—Esta noche —respondió Rafael, levantándose y ajustándose los gemelos—. "Quiero que esto se haga antes de que Castillo tenga la oportunidad de hundir sus garras aún más en lo que es mío".

Cuando Rafael se dio la vuelta para irse, la voz entrecortada de Profaci lo detuvo. "¿Por qué ella? ¿Por qué Isabella?

Rafael se detuvo en la puerta, con la mano en el pomo. Por un momento, la máscara se deslizó y reveló el dolor crudo que había debajo. —Porque, Theodore —dijo en voz baja—, a veces la única manera de curar una herida es hacer sangrar a otra persona.

Con esta críptica declaración, Rafael se deslizó fuera de la habitación, dejando a Profaci solo con su mundo roto.

Los sonidos de la fiesta resonaron en los pasillos mientras Rafael se abría paso por la mansión en busca de su botín. Su mente corría con posibilidades, cada una más deliciosa que la anterior. Isabella Profaci, la inocente oveja

a punto de ser devorada por el lobo. La idea lo llenó de un escalofrío de anticipación.

Al entrar en el gran salón de baile, sus ojos buscaron entre la multitud, en busca del revelador destello rojo. Cuando finalmente la vio, su respiración se atascó en su garganta. De cerca, se veía aún más hermosa, sus ojos oscuros se abrían de par en par por una mezcla de miedo y curiosidad mientras lo miraba desde el otro lado de la habitación.

Por un momento, solo un fugaz segundo, Rafael sintió el aguijón de algo de lo que podría haberse arrepentido. Pero rápidamente los aplastó y los enterró bajo el peso de su ira y dolor.

Estaba a punto de acercarse a ella cuando notó su postura tensa, cómo parecía alejarse del hombre que tenía a su lado. Alejandro Castillo. Los ojos de Rafael se entrecerraron mientras observaba el agarre posesivo del otro hombre en la cintura de Isabella, sus dedos clavados en su carne.

Sin pensarlo conscientemente, Rafael se acercó, atraído por una necesidad inexplicable de proteger lo que era suyo. Observó cómo Castillo alejaba a Isabella de la multitud y desaparecía en un pasillo oscuro.

Rafael lo siguió, sus pasos enmudeciendo sobre la alfombra de felpa. Al acercarse al final del pasillo, escuchó voces: el gruñido profundo y amenazante de Castillo y el gemido sobresaltado de Isabella.

—Estás borracho —la voz de Isabella entró por la puerta—. "¡Déjame ir!"

El sonido de la carne golpeando la carne resonó a través de la madera, seguido de un golpe sordo.

"Eso es lo que les pasa a las putas que visten de rojo", gruñó Castillo.

Algo en Rafael se asustó. Rompió la puerta y sus ojos se enrojecieron mientras contemplaba la escena que tenía ante sí. Isabella yacía desplomada en el suelo, con la mejilla empezando a hincharse. Castillo, que se destacaba por encima de ella con una expresión de rabia de borracho en su rostro.

Rafael no lo dudó. Saltó hacia Castillo y su puño tocó la mandíbula del otro hombre con un crujido repugnante. La sangre salpicó la camisa blanca de Rafael mientras continuaba su ataque, perdido en una niebla de rabia.

"¡Alto!" La voz de Isabella atravesó la niebla roja, su pequeña figura encajada entre los dos hombres. "¡Lo vas a matar!"

Rafael parpadeó, la realidad irrumpió de nuevo mientras miraba a los ojos asustados de Isabella. Dio un paso atrás, con el pecho agitado mientras intentaba recuperar el control.

—Gracias —susurró Isabella con voz temblorosa—. "Por detenerlo".

Rafael se enderezó y se ajustó la chaqueta mientras la miraba con frialdad. "No lo hice por ti".

Los ojos de Isabella se abrieron de par en par, la confusión y el dolor parpadearon en su rostro. "No lo entiendo. ¿Por qué...?"

—Porque tocó lo que es mío —gruñó Rafael, con la mirada encendida en la de ella—. "Y no comparto mis juguetes".

Isabella retrocedió como si le hubieran dado una bofetada en la cara. "¿Disculpa? No soy un juguete, y definitivamente no soy tuyo".

La risa de Rafael era cruel. "Oh, mi querida, no tienes idea de lo equivocada que estás. Tu padre ya ha aceptado nuestro nuevo arreglo. Ahora eres mía, en cuerpo y alma".

—Estás mintiendo —susurró Isabella, pero la duda en su voz era clara—.

Rafael se acercó y penetró en su espacio personal. "¿Soy yo? ¿Por qué no le preguntas tú mismo a tu querido papá? Estoy seguro de que se emocionará cuando te explique cómo te vendió al mejor postor.

El rostro de Isabella se puso pálido, sus piernas temblaban bajo ella. Por un momento, Rafael pensó que se iba a desmayar. Pero entonces algo brilló en sus ojos, un destello de desafío que lo emocionó y lo enfureció a la vez. —No iré contigo —dijo ella, levantando la barbilla—. "No me importa qué trato hiciste con mi padre. No soy una propiedad que se pueda comerciar".

La mano de Rafael salió disparada y le agarró la barbilla con fuerza. "Escucha con atención, niña. No tienes otra opción. Puedes venir voluntariamente, o puedo patearte y gritarte para que te vayas de aquí. De cualquier manera, vas a ir conmigo esta noche.

Los ojos de Isabella se llenaron de lágrimas, pero se negó a quitarse los ojos de encima. "¿Por qué estás haciendo esto? ¿Qué podrías querer de mí?

Por un momento, la máscara de Rafael se deslizó, revelando al hombre roto que había debajo. —Porque —susurró, con la voz ronca de dolor—, a veces la única manera de curarse es hacer sangrar a otra persona.

Antes de que Isabella pudiera responder, el sonido de pasos pesados resonó en el pasillo. Rafael maldijo en voz baja cuando se dio cuenta de que había olvidado al guardaespaldas de Castillo.

—Nos vamos —gruñó y agarró a Isabella del brazo—. —Ahora.

—¡No! —exclamó Isabella, luchando contra su agarre—. "¡No voy contigo!"

Los ojos de Rafael brillaron peligrosamente. —Hazlo a tu manera, Reginetta.

Con un movimiento fluido, lo recogió y se lo echó al hombro. Isabella golpeó sus puños contra su espalda y gritó pidiendo ayuda, pero sus gritos fueron ahogados por los sonidos de la fiesta.

Mientras Rafael la llevaba a través de las puertas dobles hacia el aire fresco de la noche, se permitió una pequeña sonrisa de triunfo. La primera pieza de su venganza fue en el acto. Pronto, muy pronto, Alejandro Castillo conocería el verdadero significado de la pérdida.

¿Y Isabella? Ella solo era un daño colateral en una guerra que había comenzado mucho antes de que ella naciera. Una guerra que los devoraría a todos antes de que terminara.

CAPÍTULO 3

Isabella



El corazón me latía a la garganta mientras tropezaba hacia atrás y casi pierdo el equilibrio en el suelo de mármol pulido. Los restos del precioso jarrón de cristal Waterford de mi padre yacían esparcidos a mis pies, víctimas de la ira de Rafael Delgado.

"¿Te atreves a enfrentarte a mí?" La voz de Rafael era baja, peligrosa, y sus ojos color avellana brillaban con una rabia apenas contenida.

Me encogí de hombros y me obligué a mirarlo a los ojos. —No quiero ser un peón en tu juego enfermizo, Delgado. No puedes simplemente ..."

Su mano salió disparada y agarró mi barbilla con una fuerza aplastante. —Oh, pero puedo, Isabella. Y lo haré".

La tensión en la habitación era palpable y crepitaba como la electricidad entre nosotros. Podía oler el whisky en su aliento, ver la violencia casi incontrolable en su mandíbula. Por un momento, pensé que realmente podría golpearme.

En cambio, me soltó con una risa sardónica. "Tienes fuego, te lo daré. Pero no te equivoques, pequeña paloma. Ahora eres mía.

—No pertenezco a nadie —escupí y me froté la barbilla donde sus dedos habían dejado sus marcas—.

Los labios de Rafael se curvaron en una sonrisa depredadora. —Ya veremos.

La puerta se abrió de golpe y mi padre, Theodor Profaci, entró corriendo, con el rostro ceniciento. —¿Qué demonios está pasando aquí?

—Estoy empezando a conocer a mi nueva prometida —dijo Rafael, sin quitarme los ojos de encima—.

Me volví hacia mi padre. "Papá, por favor. No puedes hacer eso. No puedes darme eso... ¡Este monstruo!"

La expresión de Theodor se endureció. —Basta, Isabella. Eso no está en discusión. El acuerdo

está alcanzado".

—¿Colusión? —resoné, y la incredulidad coloreó mi voz—. —¿Es eso lo que llamas la venta de tu hija al mejor postor?

—Cuida tu tono, señorita —advirtió Theodore—.

—intervino Rafael, con una voz engañosamente tranquila—. "Tal vez deberíamos darle a Isabella un momento para... Adáptate a las noticias".

—¿Adaptarse? Me reí amargamente. —¿Esperas que me acostumbre a que me traten como ganado?

—Isabella —empezó mi padre, pero Rafael levantó una mano—.

"No, no. Que diga lo que piensa. Es... refrescante".

Lo miré fijamente, con los puños apretados a los costados. "No quieres a una mujer. Quieres un trofeo, un medio de presión. Bueno, yo no voy a jugar ese papel".

Los ojos de Rafael brillaban peligrosamente. —Oh, pero lo harás. Porque si no lo haces..." Se quedó en silencio y dejó que la amenaza tácita flotara en el aire.

"¿Qué? ¿Qué vas a hacer? Lo desafié, incluso cuando el miedo se acurrucó en mi estómago.

Se acercó un poco más y su enorme cuerpo empequeñeció al mío. "Digamos que el futuro de tu familia depende de tu cooperación".

Sentí que la sangre goteaba de mi cara. —¿Nos estás chantajeando?

"Chantaje es una palabra muy fea", reflexionó Rafael. "Prefiero... acuerdo mutuamente beneficioso".

—No hay nada mutuo en eso —siseé—.

Theodor se aclaró la garganta. "Isabella, por favor. Trata de entender...

—¿Entiendes qué? Me di la vuelta. —¿Que estás dispuesto a sacrificar a tu propia hija?

—No es tan sencillo —protestó débilmente—.

La mano de Rafael se posó en mi hombro, su tacto era una caricia y una advertencia al mismo tiempo. —Tu padre tiene razón, Isabella. El mundo en el que vivimos... Es mucho más complejo de lo que crees".

Me encogí de hombros. "No me toques".

—Tendrás que acostumbrarte a mis tactos, paloma —murmuró, y su voz se convirtió en un ronco susurro—. "Se supone que nos vamos a casar".

La habitación parecía girar a mi alrededor. Eso no podía pasar. Hace unas horas estuve comprometida con Alejandro Castillo. Ahora me entregaron a Rafael Delgado como un premio a ganar.

—No lo haré —expliqué con voz temblorosa, aunque lo intenté—. —Me niego.

La expresión de Rafael se oscureció. "No tienes otra opción".

"Siempre hay una opción", respondí.

Se movió a la velocidad del rayo, su mano agarró mi muñeca. —Entonces elige sabiamente, Isabella. Porque tu decisión no solo te afecta a ti".

Traté de soltar mi brazo, pero su agarre era como de hierro. "¡Déjame ir!"

—Rafael —advirtió mi padre, pero el otro hombre no le prestó atención.

—Escucha bien, paloma —gruñó Rafael y me acarició la oreja con los labios—. "Te vas a casar conmigo. Interpretarás a la esposa obediente. Y si te pasas de la raya... Bueno, digamos que las consecuencias serán graves".

Al oír sus palabras, un escalofrío recorrió mi espina dorsal. Sabía sin lugar a dudas que hablaba en serio de cada sílaba.

—Eres un monstruo —susurré—.

Se echó a reír, y el sonido estaba desprovisto de verdadera alegría. —Oh, Isabella. No tienes ni idea.

Dicho esto, me soltó y caminó hacia la puerta. "Te daré una hora para empacar tus cosas.

Saldremos a medianoche.

"¿Qué? ¡No!" Protesté. —No puedes simplemente...

—Puedo y lo haré —interrumpió—. —Una hora, Isabella. No me obligues a buscarte.

Cuando la puerta se cerró tras él, me volví hacia mi padre, con lágrimas en los ojos. "Papá, por favor. No dejes que haga eso".

Los hombros de Theodore cayeron, la derrota estaba escrita en cada línea de su rostro. —Lo siento, Mija. Ese soy realmente yo. Pero esa es la única manera".

—¿El único camino para qué? —le pregunté.

Sacudió la cabeza. —No lo entenderías.

—¡Entonces que me lo aclares! —supliqué—.

Pero Theodor simplemente se dio la vuelta, incapaz de encontrarse con mi mirada. —Empaca tus cosas, Isabella. No molestes a Rafael. Él es... No se puede jugar con él".

Cuando mi padre salió de la habitación, me hundí de rodillas entre los vidrios rotos, sintiéndome tan roto como el cristal que me rodeaba. En una sola noche, todo mi mundo se había puesto patas arriba.

Estaba comprometida con un hombre que apenas conocía, un hombre que me asustaba hasta la médula. Y sin embargo... Había algo en Rafael Delgado que me repelía y fascinaba a la vez.

Mientras estaba sentado allí, rodeado por las ruinas de mi antigua vida, hice un voto silencioso.

Le seguiría el juego, por ahora. Pero Rafael Delgado pronto aprendería que yo no era un peón de nadie.

Que comience el juego.

CAPÍTULO 4

Rafael



La noche había dado un giro inesperado, y ahora me encontraba solo en mi estudio, pensando en los acontecimientos que habían tenido lugar. Me quedé mirando los restos de la copa de whisky, en la que el líquido ámbar se filtraba en la rica alfombra persa bajo mis pies. Me temblaba la mano, una rara demostración de debilidad que no podía permitirme.

El aroma de Isabella persistía en mi piel, un recordatorio inquietante de la inocencia perdida. Todavía podía sentir el calor de su carne bajo las yemas de mis dedos, cómo se había estremecido al tocarla. Despertó algo primordial en mí, un hambre que creía enterrada hacía mucho tiempo.

—Maldita sea —gruñí, acechando el imponente escritorio de caoba que dominaba mi estudio—. La habitación era un reflejo de mi alma: oscura, opresiva, llena de sombras y secretos. Los artefactos de los enemigos derrotados se alineaban en los estantes, cada uno de los cuales era un testimonio de mi crueldad. Pero cuando me hundí en la silla de terciopelo con respaldo alto, me sentí de todo menos victorioso.

Frente a mí estaba mi teléfono celular, una puerta de entrada a la destrucción. Con dedos temblorosos, marqué un número que sabía de memoria.

—Delgado —la voz de Beaumont crepitó por el altavoz, fría y calculadora como siempre—. "¿A quién le debo el placer en esta hora impía?"

Respiré hondo y me armé de valor. —Ya es hora, Beaumont. Necesito que pongas las cosas en movimiento".

Una suave risa resonó desde el otro extremo. "Ah, así que el gran Rafael Delgado finalmente está listo para desatar el infierno sobre Castillo. He estado esperando esta llamada".

"¿Puedes hacerlo?" —pregunté, y la impaciencia coloreó mi tono.

"¿Puedo hacer eso?" Beaumont se burló. "Mi querido muchacho, podría destruir a Castillo con un chasquido de dedos. La verdadera pregunta es... ¿Estás preparado para las consecuencias?"

Me incliné hacia adelante y mi voz se hundió en un susurro peligroso. —He esperado ocho años por este momento, Beaumont. Ocho años de planificación, planificación, espera. Me importan un bledo las consecuencias".

—Qué incendio —musitó Beaumont—. —Pero dime, Rafael... ¿Y la chica? Tú... Prometida, ¿no?"

Apreté el teléfono. —Isabella no es asunto tuyo.

—Oh, pero lo es —replicó Beaumont—. "Todo me preocupa cuando se trata de este pequeño juego nuestro. Has presentado un bromista, amigo mío. Uno que podría alterar el delicado equilibrio por el que hemos trabajado tan duro".

—Es solo una pieza de ajedrez —insistí, aunque se me retorció un poco el estómago al oír estas palabras—. "Un medio para un fin".

La risa de Beaumont me provocó un escalofrío. —Sigue repitiéndote eso, Rafael. Pero los dos sabemos la verdad. Juegas con fuego y tarde o temprano te quemarás".

Golpeé el escritorio con el puño. —Basta de juegos, Beaumont. ¿Lo harás o no?"

Un momento de silencio se extendió entre nosotros, cargado de amenazas tácitas.

—Muy bien —admitió finalmente Beaumont—. "Pondré las ruedas en movimiento. Pero recuerda, Rafael... Todo favor tiene su precio".

—Nómbrale —gruñí—.

—Todavía no —la voz de Beaumont goteó satisfacción—. Digamos que me debes el favor de llamarte en el momento que yo decida.

Cerré los ojos y sentí que la soga se apretaba alrededor de mi cuello. "Muy bien. Simplemente hazlo".

—Considéralo resuelto —ronroneó Beaumont—. —Ah, ¿y Rafael? Trate de mantener a su nueva mascota con una correa corta. No querríamos ninguno... accidentes desafortunados".

La línea colapsó, dejándome solo con el peso de mis decisiones.

Con manos temblorosas, abrí mi aplicación bancaria e inicié una transferencia a la cuenta de Burke. La confirmación digital apareció en la pantalla, como un punto de no retorno.

Como si me llamaran mis pensamientos, mi teléfono zumbó con un mensaje de Burke:

"Pago recibido. Paquete Intel en camino. Que tengas una buena cacería, Delgado.

Salí de la aplicación y tiré el teléfono a un lado. El silencio de la villa me rodeaba, un crudo recordatorio del aislamiento que había elegido. De la chica a la que había arrastrado a este retorcido juego.

Isabella.

Su desafío ardía en mi memoria, una llama vacilante contra la oscuridad de mi mundo. Por un momento, me permití imaginar una vida diferente. Uno sin venganza, sin el peso aplastante del pasado.

Pero tales pensamientos eran peligrosos. Debilidad que no me podía permitir.

Me levanté de la silla, me acerqué a la ventana y miré la ciudad que se extendía ante mí. Mi reino, edificado sobre la sangre y la traición. En pocos meses, el imperio de Castillo se desmoronaría y yo me vengaría.

Pero mientras permanecía allí, dueño de todo lo que observaba, me sentía más aprisionado que nunca.

Un suave golpe en la puerta me sacó de mi ensoñación.

—¡Entra! —exclamé, sin apartarme de la ventana—.

La puerta se abrió con un chirrido y alcancé a ver el reflejo de Isabella en el cristal. Vacilante, se paró en la puerta, una visión de belleza reacia.

—¿Qué quieres? —estallé, más fuerte de lo previsto—.

Isabella se estremeció, pero se mantuvo firme. "Yo... Quería saber qué estaba pasando ahora". Me volví hacia ella y bebí al verla. Vulnerable pero desafiante, una contradicción que me encendió la sangre.

—¿Y ahora? —repetí, y una sonrisa cruel curvó mis labios. "Bueno, querida, aprendes lo que significa ser un Delgado".

"Nunca seré una Delgado", espetó. "Puedes obligarme a casarme contigo, pero nunca me poseerás".

En un instante estaba de pie frente a ella, con la mano agarrando su barbilla. —Oh, pero lo haré, paloma. Lo que pasa es que todavía no lo sabes".

Sus ojos brillaban de ira y algo más... Algo que hizo que mi pulso latiera más rápido. —Eres un monstruo —susurró ella—.

—Sí —acepté, pasando el pulgar por su labio inferior—. "Ese soy yo. Y pronto tú también lo serás.

La solté bruscamente y me di la vuelta. —Vete a la cama, Isabella. Mañana comienza tu nueva vida".

Cuando la puerta se cerró detrás de ella, me permití un momento de debilidad. Apoyado en el frío cristal de la ventana, susurré una plegaria a un dios que había abandonado hacía mucho tiempo.

"Perdóname por lo que estoy a punto de hacer".

Pero en el silencio de la noche no hubo absolución. Solo el susurro resonante de mi propia condenación.

CAPÍTULO 5

Isabella



El crujido frío del hielo al romperse bajo mis pies resonó a través del aire frío de la noche, un preludio inquietante de mi salto a la oscuridad. En un instante, el mundo a mi alrededor se convirtió en una tumba acuosa, el peso de mi abrigo de piel me arrastró a las profundidades heladas.

El pánico se apoderó de mi pecho mientras me retorció salvajemente y mis pulmones ardían por aire. El agua turbia parecía cerrarse a mi alrededor, un velo líquido que amenazaba con convertirse en mi lugar de descanso final. En ese momento, me di cuenta de la cruel ironía de mi situación: huyendo de un monstruo, había caído en las garras de otro: la naturaleza misma.

A medida que me hundía más, los recuerdos pasaban ante mis ojos. La calidez de la sonrisa de Elena al recibirme en la villa. Las letras agitadas de Catalina, cada una de ellas un salvavidas en un mundo del que intenté escapar desesperadamente. Y los ojos de Rafael, que ardían con una intensidad que me asustaba y fascinaba a la vez.

Con una pizca de desesperación, me aferré al agua y luché contra la succión de mi abrigo empapado. Las yemas de mis dedos rompieron la superficie y agarraron los bordes dentados del hielo. El dolor me atravesó las manos mientras luchaba por encontrar un punto de apoyo, pero me negué a rendirme. No cuando estaba tan cerca de la libertad.

Justo cuando mis fuerzas comenzaban a disminuir, una mano fuerte agarró mi muñeca y me arrancó del abrazo helado del estanque. Me quedé sin aliento, mi cuerpo plagado de fuertes escalofríos mientras me arrastraban a tierra firme.

—¿Quieres matarte? La voz de Rafael cortó el viento aullante, una mezcla de ira y... ¿Era eso una preocupación?

Tosí y escupí agua helada. —Preferiría morir antes que ser tu prisionero —logré ahogarme—. Sus ojos se entrecerraron y brillaron peligrosamente a la luz de la luna. —¿Es así? Entonces podría haber dejado que te ahogaras.

—¿Por qué no lo hiciste? Desafié y luché para ponerme de pie a pesar de mi ropa empapada. La mano de Rafael salió disparada y me agarró el brazo. —Porque me perteneces, Isabella. Y no dejaré ir lo que es mío".

Me alejé de él y retrocedí a trompicones. "No te pertenezco. Nunca seré tuyo".

Una sonrisa cruel se dibujó en sus labios. "No tienes idea de lo que estás tratando, pequeña paloma. ¿De verdad crees que puedes escapar de mí?

"Seguiré intentándolo hasta que pueda hacerlo", escupí y mis dientes castañetearon de frío.

Rafael se acercó y su imponente figura oscureció la luz de la luna. —¿Y qué te hace creer que no te voy a cazar? ¿Que no voy a destrozar este mundo para encontrarte?

Un escalofrío que no tenía nada que ver con mi ropa mojada recorrió mi espina dorsal. "Estás loco".

—No, Isabella. Soy un hombre que sabe lo que quiere". Su voz bajó hasta convertirse en un susurro peligroso. "Y yo te quiero".

—¿Por qué? —pregunté, y mi frustración se desbordó. "¿Por qué a mí? ¡Ni siquiera me conoces!"

La risa de Rafael era áspera, sin humor. "Oh, pero lo hago. Lo sé todo de ti, Isabella Profaci. Tus esperanzas, tus miedos, tus deseos más profundos. Te conozco mejor de lo que tú te conoces a ti mismo".

Sus palabras me provocaron un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío. —Eso es imposible.

—¿Eso es todo? Extendió la mano y apartó un mechón de pelo mojado de mi cara. Me estremecí ante su toque, pero no me atreví a retroceder. —Te he estado observando durante mucho tiempo, Isabella. Estoy esperando el momento perfecto para hacerte mía".

—Estás mintiendo —susurré, pero las dudas me carcomían. ¿Cuánto tiempo había planeado esto?

Los ojos de Rafael brillaban con oscura diversión. "¿Soy yo? Dime, paloma, ¿de verdad pensaste que tu compromiso con Castillo fue una coincidencia?

Se me atascó el aliento en la garganta. —¿De qué estás hablando?

"Todo era parte del plan. Cada detalle, cada momento que conduce a esta velada. Yo orquesté todo".

Negué con la cabeza y me negué a creer sus palabras. "No. Eso no es posible".

—¿No es así? La voz de Rafael era suave, casi hipnótica. —Piénsalo, Isabella. Qué conveniente que tu padre de repente decidiera arreglar un matrimonio para ti. La rapidez con la que Castillo aceptó. Y con qué facilidad podía intervenir y ocupar su lugar".

Mi mente vacilaba y luchaba por procesar sus palabras. "Pero... ¿por qué? ¿Qué podrías ganar con todo esto?

Los ojos de Rafael se oscurecieron, una tormenta de emociones se arremolinó en sus profundidades. "Venganza, paloma. Dulce y deliciosa venganza".

—¿Contra quién? —susurré, temiendo la respuesta.

—Cualquiera que me haya hecho daño alguna vez —gruñó—. "Tu padre, Castillo, todo el hampa que pensó que me podían destruir. Pero sobre todo..." Hizo una pausa y su mirada se clavó en la mía. "Contra la mujer que me traicionó y me dejó muerto".

Amaneció la realización, fría y horrible. —Tu esposa —suspiré—. "El que se dice que lo mató". La risa de Rafael era amarga, impregnada de un dolor tan crudo que me dolía el corazón a pesar del miedo. "¿Es eso lo que están diciendo ahora? ¿Que yo la maté? ¡Qué maravillosamente irónico!".

—¿Qué pasó realmente? Me sorprendí a mí mismo preguntando, y la curiosidad mórbida prevaleció sobre mi buen juicio.

Su agarre de mi brazo se apretó, casi doloroso. "Ella trató de destruirme. Me traicionó a mis enemigos, me dejó pudrirme en un infierno, mientras ella se escapaba con mi fortuna. Pero ella me subestimó. Eso es lo que hicieron todos".

Tragué saliva y armé el terrible rompecabezas. "Y ahora me estás usando para vengarte de todos ellos".

—Chica inteligente —ronroneó Rafael y su mano libre se acercó para encerrar mi mejilla—. Me estremecí ante su toque, atrapado entre el disgusto y un estremecimiento inexplicable. "Eres la clave para derribarlos a todos. Y cuando se acabe, cuando todos estén destruidos..."

—Tú también me vas a matar —terminé con una voz que era poco más que un susurro—.

Para mi sorpresa, los ojos de Rafael se suavizaron solo por un momento. —No, Isabella. Cuando termine, te liberaré. Si eso es lo que todavía quieres".

Lo miré fijamente, confundida e incrédula luchando con la incredulidad. —¿Por qué harías eso?

—Porque tú no eres ella —dijo simplemente—. "Eres inocente de todo esto. Una pieza de ajedrez, sí, pero no dispuesta. Y soy muchas cosas, Isabella, pero no soy el monstruo que me pintan.

Quería creerle. Que Dios me ayude, una parte de mí lo hizo. Pero la parte racional de mi cerebro me gritaba que corriera, luchara, que hiciera cualquier otra cosa que no fuera estar aquí en los brazos de este hombre.

—No te creo —dije con una voz más fuerte de lo que sentía—. "Me estás manipulando, igual que has manipulado todo lo demás".

La sonrisa de Rafael era a la vez triste y depredadora. "Quizás. Pero dime, paloma, ¿realmente tienes otra opción?

Como para subrayar su punto, una ráfaga de viento nos atravesó, recordándome la peligrosa situación en la que nos encontrábamos. Estaba empapado hasta los huesos, a kilómetros de

distancia de cualquier lugar, sin esperanza de rescate.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté, odiando el temblor de mi voz.

El brazo de Rafael rodeó mi cintura y me atrajo hacia su pecho. El calor de su cuerpo contrastaba bruscamente con el viento helado, y me encontré instintivamente apoyado en él.

—Ahora —murmuró, con el aliento caliente en mi oído—, vámonos a casa. Y aprendes lo que realmente significa ser mío".

Mientras me conducía de vuelta a la silueta amenazadora de la mansión, no pude evitar la sensación de que iba a entrar voluntariamente en el foso de los leones. Pero con cada paso, los límites entre el secuestrador y el salvador, el monstruo y el humano se difuminaban un poco más. Y en lo más profundo de mi corazón, una voz reveladora me susurró que tal vez, solo tal vez, no era el peor destino ser Rafael Delgado.

CAPÍTULO 6

Rafael



¡Sabella! ¡Alto!" La voz de Rafael retumbó en la mansión mientras perseguía su forma que huía. La oscuridad de la noche parecía engullirla por completo, pero podía oír su respiración entrecortada y el frenético golpeteo de sus pies sobre el suelo helado.

—¡Maldita sea! —gruñó, sus ojos escudriñando el traicionero paisaje—. El denso bosque se alzaba ante ellos, con sus ramas desnudas extendidas como dedos nudosos. Un manto de nieve amortiguaba sus pesados pasos, pero no podía frenar su persecución.

De repente, un destello de luz llamó su atención. El intento desesperado de Isabella por iluminarse se convirtió en su faro que llevó a Rafael directamente a ella. El corazón le latía con fuerza en el pecho al darse cuenta de adónde se dirigía: al lago.

—¡Isabella! —volvió a gritar, con la voz llena de ira y miedo—. "¡Detén esta locura!"

Pero ella hizo caso omiso de su advertencia. Rafael observó con horror cómo la esbelta figura de Isabella se deslizaba por el hielo, lágrimas de telaraña se extendían bajo sus pies con cada paso.

—Muchacha tonta —murmuró, y su aliento llegó en pantalones ásperos mientras se acercaba a la orilla—. "Nos vas a matar a los dos".

El sonido lo golpeó como un golpe físico, un estruendo ensordecedor que pareció dividir el aire a su alrededor. En un instante, Isabella desapareció, tragada por las heladas profundidades del lago.

El mundo de Rafael se redujo a un solo foco. Sin dudarlo, se arrojó al agua fría. El frío sacudió su organismo y amenazó con paralizarlo, pero luchó con cada fibra de su ser.

—¡Isabella! —gritó bajo el agua con voz apagada y distorsionada—. Sus pulmones ardían y pedían aire a gritos, pero se negaba a aparecer sin ellos.

Finalmente, sus dedos rozaron algo suave: el pelaje de su abrigo. Rafael la agarró del brazo y acercó su cuerpo inerte a su pecho. Con renovada determinación, despegó del fondo del lago y condujo a ambos a la superficie.

Cuando rompieron la barrera helada, Isabella tosió y tartamudeó, jadeando por aire. Rafael la

arrastró hasta la orilla, su propio cuerpo temblando incontrolablemente por el frío.

— ¿En qué estabas pensando? —gruñó y le arrancó el abrigo de piel empapado de los hombros. — ¿Tienes un deseo de muerte?

Los dientes de Isabella castañeteaban demasiado fuerte para que ella pudiera responder. Su piel había adquirido un tono preocupante y sus labios estaban casi blancos.

Rafael la tomó en sus brazos y la apretó contra su pecho. "Debería hacer que te congeles por este truco", gruñó, pero sus acciones traicionaron sus palabras y rápidamente las llevó de regreso a la mansión.

En el interior, cerró la puerta del dormitorio de una patada y puso a Isabella en pie. Se balanceaba peligrosamente y apenas podía mantenerse en pie.

—No te muevas —ordenó Rafael, y su tono no dejaba lugar a contradicción—. Le quitó la ropa mojada con movimientos eficientes, ignorando sus débiles intentos de apartarlo.

—Parada —tartamudeó Isabella, con los ojos muy abiertos por el miedo y la confusión—.

La mirada de Rafael se endureció. "¿Preferirías morir de hipotermia? Porque eso es lo que va a pasar si no te quitas esta ropa".

Cuando estuvo desnuda, Rafael la subió a la cama y la metió debajo de la gruesa manta.

Rápidamente se deshizo de su ropa empapada, se deslizó junto a ella y atrajo su temblorosa figura hacia su cuerpo.

"¿Qué estás haciendo?" —alcanzó a preguntar Isabella con los dientes castañeteando.

—Te salvé la vida —respondió Rafael secamente—. —Otra vez.

A medida que el calor se filtraba lentamente en sus cuerpos, los temblores de Isabella disminuyeron. Rafael sintió la tensión en sus músculos, la forma en que se presionaba rígidamente contra él.

—Relájate —murmuró él, con el aliento revoloteando por su oído—. "Si quisiera lastimarte, no habría saltado a un lago congelado para salvarte".

Isabella soltó una risa amarga. "No, solo quieres mantenerme vivo por tus retorcidos planes".

Los brazos de Rafael se cerraron alrededor de ella. "¿Es eso lo que estás pensando? ¿Que soy una especie de monstruo?

—¿No eres tú? Desafió a Isabella y se giró en sus brazos para mirarlo. Incluso en la penumbra, podía ver el fuego en sus ojos. — Has asesinado a tu mujer, ¿verdad?

La acusación golpeó a Rafael como un golpe físico. Se estremeció y soltó a Isabella como si su tacto lo quemara.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó en voz baja y peligrosa.

La barbilla de Isabella se alzó desafiante. "No importa. ¿Es verdad?

Rafael apretó la mandíbula y un músculo le hizo cosquillas en la mejilla. —No tienes ni idea de lo que estás hablando —gruñó—.

—Entonces explícame —insistió Isabella, se incorporó y apretó el edredón contra su pecho—. "Hazme entender por qué no debería tenerte miedo".

Rafael permaneció en silencio durante un largo momento, sus ojos oscuros eran ilegibles mientras se clavaban en los ojos de Isabella. Cuando finalmente habló, su voz era poco más que un susurro.

"Yo no la maté", dijo. "Pero podría haberlo hecho igual de bien".

Isabella frunció el ceño. —¿Qué significa eso?

Rafael se pasó la mano por el pelo húmedo, la frustración en cada línea de su cuerpo. "Significa que la verdad es mucho más complicada que los chismes que has escuchado".

—Entonces dime la verdad —insistió Isabella—. "Merezco saber con qué clase de hombre tengo que casarme".

Una risita sin sentido del humor escapó de los labios de Rafael. —¿Quieres saber la verdad, Reginetta? La verdad es que soy un hombre atormentado por su pasado, impulsado por la venganza y maldito a vivir con el conocimiento de que no protegí a la mujer que amaba".

Los ojos de Isabella se abrieron de par en par ante el dolor crudo en su voz. —¿Qué le pasó?

La mirada de Rafael se volvió más lejana, perdida en los recuerdos. —La han asesinado —dijo en voz baja—. "De las mismas personas en las que pensé que podía confiar. Y yo no estaba allí para salvarla".

Un pesado silencio se apoderó de ellos, roto solo por el sonido de su respiración. Vacilante, Isabella extendió la mano y rozó el brazo de Rafael con los dedos.

—Lo siento —susurró ella—. "No debería haberte acusado sin conocer toda la historia".

Los ojos de Rafael volvieron a los suyos, una tormenta de emociones se arremolinó en sus profundidades. —No lo hagas —dijo bruscamente—. "No sientas lástima por mí. No me lo merezco".

—No es lástima —argumentó Isabella—. "Es empatía. Puede que no esté de acuerdo con tus métodos, pero puedo entender por qué eres tan... dañados".

La risa de Rafael era dura y amarga. "¿Dañado? Eso es decirlo suavemente, Reginetta. Ya no puedo ser reparado".

La mano de Isabella se movió para rodear su mejilla, su tacto era suave pero insistente. "Nadie es irreparable, Rafael. Ni siquiera tú.

Por un momento, Rafael se inclinó hacia su tacto y cerró los ojos como si estuviera disfrutando del contacto. Luego, como si se recordara a sí mismo, se retiró bruscamente.

—Deberías estar dormido —dijo bruscamente, y se preparó para levantarse de la cama—.

"Necesitas descansar después de lo que pasó esta noche".

Isabella lo agarró de la muñeca y lo detuvo. —Quédate —dijo ella en voz baja—. "Por favor. Yo... No quiero estar sola".

Rafael vaciló, dividido entre su deseo de mantener la distancia y la innegable atracción que sentía por ella. Finalmente, con un suspiro de resignación, se dejó caer de nuevo en la cama. "Solo por esta noche", advirtió. "No te acostumbres".

Mientras yacían en la oscuridad, sus cuerpos no se tocaban del todo, pero lo suficientemente cerca como para sentir el calor del otro, la voz de Isabella flotó a través del silencio.

—Gracias —murmuró ella—. "Por salvarme la vida".

Rafael no respondió, pero su brazo rodeó su cintura y la acercó más a él.

CAPÍTULO 7

Isabella



En el momento en que Rafael se va, me envuelvo en una manta y corro por el pasillo hacia mi habitación. El pestillo gira con un clic satisfactorio y dejo escapar un suspiro tembloroso. Mi cuerpo todavía está temblando por las aguas heladas del lago, y anhelo el calor de una ducha para lavar los restos de mi experiencia cercana a la muerte.

Al entrar al baño, el vapor me envuelve como un abrazo relajante. Dejo que el agua caliente fluya sobre mi cuerpo, calmando mis músculos doloridos y ofreciéndome una fugaz sensación de comodidad. El frío del lago todavía está en mis huesos, recordándome lo cerca que había estado de mi fin.

A pesar de mis esfuerzos por concentrarme únicamente en el calor de la ducha, mi mente me delata. No puedo quitarme de la cabeza el recuerdo de la caricia de Rafael, la sensación de sus fuertes brazos sacándome del lago, el tacto de mis dedos. Me da un escalofrío, no del todo desagradable. Estoy dividida, atrapada entre mi miedo a él y la innegable conciencia de que su tacto se enciende en mí.

Cierro los ojos y quiero desterrar de mi cabeza la imagen de su intensa mirada. Pero no sirve de nada. Lo veo, con los ojos oscuros y tormentosos, el rostro como una máscara de rabia controlada. Y entonces, sin que nadie lo pidiera, mis pensamientos vagan por su cuerpo, por las duras superficies de su pecho, los muslos fuertes y la evidencia palpitante de su excitación. Mis mejillas brillan de vergüenza al recordar la excitación no deseada que le había causado.

—Concéntrate, Isabella —me susurro a mí mismo—. "Él es tu secuestrador, no tu salvador".

Pero incluso si me culpo a mí mismo, sé que no es tan simple. Rafael Delgado es un hombre de sombras y secretos, un hombre capaz tanto de crueldad como de ternura inesperada.

Cuando salgo de la ducha, me encuentro con Elena esperándome, con un montón de toallas limpias en los brazos. Sus ojos se encuentran con los míos y siento un entendimiento tácito. Ella sabe por lo que he pasado y me ofrece apoyo con calma.

—Le he preparado una muda de ropa, señorita Isabella —dice en voz baja—. —Monsieur Delgado ha creído que usted apreciaría algo más cómodo.

Asiento con la cabeza, agradecida por su ayuda, pero también curiosa por sus motivos. Elena es un rompecabezas, su lealtad parece estar dividida entre su empleador y mi familia. Siento que hay más en ella de lo que parece, una fuerza oculta debajo de su comportamiento moderado.

Con jeans suaves y un suéter de cachemira, me aventuro de nuevo al pasillo. El sonido de las voces levantadas capta mi atención y reconozco las apasionadas súplicas de Catalina. La presencia de mi hermana aquí es un descarado desprecio por las reglas de Rafael, y temo por su seguridad.

Al acercarme, veo a Catalina y Seraphina frente a Rafael, con los ojos brillando con determinación. Seraphina, siempre intrépida, se mantiene firme y no se deja intimidar por la imponente presencia de Rafael.

—Dame a mi hermana y te dejaremos en paz —exige Seraphina con voz firme, a pesar del peligro que se respira—.

La respuesta de Rafael es una risita silenciosa y amenazante. —Me temo que eso es imposible, señorita Profaci. Isabella ha llegado para quedarse".

—¿No puedes o no quieres? Seraphina desafía e inclina la barbilla desafiante hacia arriba. "Díganos su precio. Pagaré todo lo que sea necesario para traer a Isabella a casa".

La mirada de Rafael se oscurece, y por un momento temo que pueda golpearla. Pero en lugar de eso, se inclina hacia adelante, su voz es un ronroneo peligroso. —El dinero no significa nada para mí, señorita Profaci. No quiero tu fortuna ni las conexiones de tu familia. Isabella es mía, y ese es un acuerdo que no se puede cambiar".

Doy un paso adelante y me paro entre ellos. —Por favor, déjala ir, Rafael. No quieren hacer ningún daño".

Sus ojos parpadean hacia mí, y por un momento fugaz descubro una pizca de sorpresa en sus profundidades. —Muy bien, Isabella. Pero recuerden mi advertencia. Cualquier nueva injerencia será castigada con graves consecuencias".

Cuando Catalina y Seraphina se van a regañadientes, siento una ola de gratitud por su valentía. Lo arriesgaron todo para mantenerme a salvo, y su lealtad nos une en este mundo traicionero.

De vuelta en mi habitación, me encuentro a solas con Catalina y Seraphina. Su preocupación es palpable, y sé que arriesgaron mucho para verme.

Los ojos de Catalina buscan los míos. —¿Estás bien, Isabella? No te hizo daño, ¿verdad?

Niego con la cabeza, mi voz está llena de emoción. "Estoy bien, pero..."

Seraphina me interrumpe, entrecerrando los ojos. "¿Pero qué? Cuéntanos todo, Isabella. Tenemos que entender el peligro en el que te encuentras".

Respiro con calma, porque sé que merecen la verdad. "Rafael me salvó la vida. Dos veces. Una vez del lago y otra de Alejandroolas".

Los ojos de Catalina se abren de par en par. "¿Alejandroolas? ¿Qué hizo este monstruo?

Bajo la mirada, el recuerdo de la traición de Alejandro aún está fresco. "Me golpeó en nuestra fiesta de compromiso. Rafael intervino y golpeó a Alejandro casi hasta la pulpa".

La mandíbula de Seraphina se aprieta, su ira es palpable. "Ese bastardo. Deberíamos haberlo sacado cuando tuvimos la oportunidad".

La mano de Catalina encuentra la mía, su tacto es suave. —Encontraremos la manera de protegerte, Isabella. No permitiremos que eso vuelva a suceder".

La mirada de Seraphina se endurece cuando se vuelve hacia mí. —Tienes que tener cuidado,

Isabella. Un hombre como Rafael Delgado puede ser tanto tu salvación como tu perdición. No se puede jugar con él".

Asiento con la cabeza y comprendo el peso de sus palabras. "Lo sé. Es peligroso, pero hay algo más debajo de la superficie. No puedo explicarlo del todo".

Los ojos de Seraphina se suavizan y toma mi mano entre las suyas. "Entonces te ayudaremos a encontrar tu camino a través de estas aguas traicioneras. Juntos somos más fuertes. Encontraremos la manera de protegerte y traerte a casa".

Catalina añade con voz decidida: "Somos una familia, Isabella. Nos mantenemos unidos, pase lo que pase".

Un golpe en la puerta interrumpe nuestro abrazo, y Elena entra con una bandeja con una taza de té humeante. Sus ojos se mueven de un lado a otro entre nosotros, y percibo su curiosidad.

—El señor Delgado le pide que esté en el estudio, señorita Isabella —dice ella, en un tono cuidadosamente neutro—. — Quiere hablar de los términos de tu estancia.

Asiento con la cabeza y me preparo para lo que me espera. —Allí estaré, Elena.

Cuando se va, me dirijo a mi hermana y a mi prima con el corazón apesadumbrado. "Ten cuidado. Ha dejado claras sus amenazas. No quiero que les pase nada a ustedes dos".

Catalina me abraza fuerte. —Estandremos bien, Isabella. Solo concéntrate en sobrevivir a esto. Encontraremos la manera de llevarte a casa.

Cuando entro en el estudio, me pesa el peso de la historia de la mansión. La habitación está llena de sombras y secretos, el aire está cargado con el aroma del cuero envejecido y la caoba. Es un lugar donde se hacen negocios y se deciden los destinos.

Rafael está sentado detrás de un escritorio extenso, con los ojos fijos en mí mientras me acerco. El fuego crepita en la chimenea cercana y proyecta sombras danzantes en las paredes, lo que aumenta el toque de fascinación.

—Isabella —dice con un profundo murmullo en su voz—. "Por favor, siéntese".

Me hundo en la silla frente a él, con el corazón latiendo en el pecho. Entre nosotros se extiende el silencio, cargado de palabras no pronunciadas.

"Tienes curiosidad por mi difunta esposa, ¿verdad?", me pregunta, sin quitarme los ojos de encima.

Trago saliva, sin saber qué responder. —Lamento tu pérdida, Rafael. Pero yo...

Me interrumpe con un gesto de su mano. "Quieres saber la verdad. Si yo jugué un papel en su caída".

Estoy en silencio, mi mirada está fija y no estoy dispuesto a negar mi curiosidad.

Se recuesta en su silla, su expresión facial es ilegible. "Es natural que te sorprendas. Después de todo, estás aquí por ella".

Rafael continúa, con voz baja e intensa. "Mi esposa Isabella lo era todo para mí. Su muerte me cambió, me endureció de maneras que nunca podría haber imaginado. Pero yo no la maté, Isabella. Nunca le haría daño ni un pelo de la cabeza".

Busco en sus ojos, buscando un toque de engaño. —¿Qué pasó entonces?

Respira hondo, sus ojos parpadean de dolor. "Me lo arrebataron fuerzas que estaban más allá de mi control. Es una herida que todavía sangra después de todos estos años".

Me encuentro inclinado hacia adelante, atraído por el misterio de su pasado. —¿Quién te lo quitó?

Los ojos de Rafael se oscurecen y, por un momento, temo que no responda. Pero luego habla, con la voz impregnada de amargura. "Enemigos. Rivales que intentaron destruirme. Sabían que Isabella era mi debilidad y la usaron para golpear mi corazón".

Me siento en silencio y absorbo sus palabras. Mi corazón está con él, a pesar de la oscuridad que lo rodea. Entiendo la pérdida, el enorme vacío que deja en tu alma. Pero hay algo más, algo que él no dice.

"¿Por qué a mí, Rafael?", le pregunto en voz baja. —¿Por qué me trajiste aquí?

Sus ojos se aferran a los míos y, por un momento fugaz, veo una vulnerabilidad que rápidamente oculta. "Estás aquí porque tienes una deuda que necesita ser pagada. Una deuda que tu padre me debe.

Frunzo el ceño, la confusión nubla mi mente. —¿Qué clase de deuda es esa?

Se inclina hacia adelante, sus ojos intensos. —Eso, Isabella, es entre tu padre y yo. Todo lo que necesitas saber es que estás aquí para quedarte y que tu seguridad es mi responsabilidad".

Asiento con la cabeza y comprendo el acuerdo tácito entre nosotros. Las maquinaciones de mi padre me han enredado en esta red, y no tengo más remedio que desempeñar mi papel.

—Haré lo que me pidas, Rafael —le digo con voz firme—. "Pero a cambio, pido tu protección. Mi familia debe ser protegida de cualquier daño".

Inclina la cabeza, una confirmación silenciosa de nuestro trato. —Tu familia permanecerá intacta, Isabella. Tienes mi palabra".

CAPÍTULO 8

Isabella



Al día siguiente de mi experiencia cercana a la muerte en el lago, me encontré a solas con mis pensamientos en los confines de mi habitación. El recuerdo del rescate de Rafael permaneció, y la calidez de su abrazo contrastaba fuertemente con el frío helado del agua. Era como si su tacto me hubiera marcado y dejado una marca indeleble en mi alma.

No podía quitarme de la cabeza la imagen de su intensa mirada, que me había mirado con una mezcla de rabia y preocupación. Era como si quisiera protegerme, pero estuviera luchando con sus propios demonios internos. Sabía que era un hombre de secretos, pero estaba decidido a resolver el misterio que era Rafael Delgado.

Caminé de un lado a otro de la habitación, con la mente llena de preguntas. ¿Por qué Rafael me eligió a mí? ¿Cuál era la verdadera naturaleza de la deuda que mi padre tenía con él? ¿Y cuál era la historia detrás de su difunta esposa, la mujer que aparentemente había lanzado un hechizo sobre él? Me sentí atraído por el misterio que lo rodeaba y estaba ansioso por descubrir las capas de su exterior protegido.

Me recordó el momento en que le pregunté por su esposa. La forma en que sus facciones se habían cerrado, la forma en que sus ojos se oscurecieron con el dolor que intentaba ocultar. Estaba claro que su pérdida todavía lo perseguía, y sentí que había más en la historia de lo que había revelado. Quería entender al hombre detrás de la máscara para ver si había un corazón escondido debajo de la dureza.

Durante la cena de esa noche, la presencia de Rafael se cernía como una nube de tormenta, lista para desatar su furia. Lo miré desde el otro lado de la mesa, su cabeza oscura inclinada sobre su teléfono, sus dedos moviéndose con ira mientras se desplazaba por las noticias. Sentí su inquietud, el peso de su responsabilidad que pesaba sobre él.

—Rafael —aventuré con voz suave pero firme—. "Háblame de tu trabajo. Usted dirige Delgado Global Enterprises, ¿no es así?

Levantó la cabeza, entrecerró los ojos, como si hubiera olvidado mi presencia. "Es una empresa

de importación y exportación con una larga historia en mi familia".

—¿Y tu trabajo tiene algo que ver con mi padre? —pregunté, tratando de entender la conexión entre ellos.

Se reclinó en su silla, su mirada era intensa. "Ayudo a importar mercancías y garantizo el paso sin problemas a través de las autoridades portuarias. Muchos confían en mis servicios, desde la mafia hasta varios cárteles. Soy indispensable para sus operaciones".

La arrogancia era palpable en sus palabras, y no pude evitar sonreír. —¿Entonces eres un contrabandista?

Una mirada de ceño fruncido revoloteó por sus facciones. —Se podría decir eso.

Su atención volvió a su teléfono, la conversación parecía haber terminado. Pero no estaba listo para dejarlo ir. Tenía que entender al hombre que tenía mi destino en sus manos.

—Parece que funcionan todo el tiempo —comenté, fijando mis ojos en sus dedos bailando por la pantalla—. "¿Hay algún momento en el que no te preocupes por tu imperio?"

Levantó la vista y su mirada se encontró con la mía. —Es una necesidad, Isabella. El mundo no deja de girar solo porque yo quiero".

Había una pizca de amargura en sus palabras, una mirada al peso que llevaba. Percibí una historia en ella, una que él guardaba cuidadosamente.

¿Héroe o villano?

En los momentos en que Rafael descuidaba su vigilancia, veía algo detrás del frío exterior. Recordé cómo había acariciado mis moretones, la ternura de sus ojos cuando me había dicho que nunca me haría daño. Y ahora el deseo crudo que se había encendido entre nosotros.

—Es usted un hombre complicado, Rafael Delgado —murmuré, y mis ojos no se apartaron de los suyos—. "Un héroe y un villano, todo en uno".

Su mirada se oscureció, y por un momento pensé que lo negaba. Pero entonces una sonrisa se dibujó en sus labios. —¿Quién te crees que soy, Isabella? ¿El héroe que te rescató del lago o el

villano que te tiene cautivo?

Me incliné hacia adelante, mi pulso se aceleró. "Planeo averiguarlo. Me fascinas, Rafael. Tus secretos, tu pasado, la oscuridad que te persigue. Quiero saberlo todo".

Sus ojos buscaron los míos, como si quisieran adivinar la verdad de mis palabras. "¿Y qué pasaría si te dijera que los héroes y los villanos son dos caras de la misma moneda? ¿Que la frontera entre ellos a veces se difumina más allá del reconocimiento?

Sostuve su mirada, mi corazón latía con fuerza en mi pecho. "Entonces yo diría que usted, Rafael Delgado, es un hombre de muchas capas. Y tengo la intención de descubrir todos y cada uno de ellos".

Como si sintiera la dirección de mis pensamientos, Rafael se levantó de su asiento y rodeó la mesa sin que sus ojos apartaran los míos. Sentí el peso de su mirada, el desafío tácito en su mirada.

Se detuvo junto a mi silla, su presencia se elevaba sobre mí. —Tienes curiosidad por mí, Isabella. Lo veo en tus ojos. Las preguntas que arden dentro de ti".

Mi corazón se aceleró cuando él tomó mi mano y sus dedos se envolvieron suavemente alrededor de la mía. "Pregúntame lo que quieras y te responderé. Pero ten cuidado, la verdad puede no ser lo que esperas".

Me quedé allí, con el cuerpo electrizado por la expectación. —¿Por qué me trajiste aquí, Rafael? ¿Por qué a mí, de todas las mujeres del mundo?

Me acercó más a él, sus ojos eran intensos. "Estás aquí porque tienes una deuda que necesita ser pagada. Una deuda que tu padre me debe. Pero hay más, Isabella. Mucho más".

Sus labios rozaron los míos, un toque susurrante que me provocó un escalofrío. "Me fascinas, me fascinas. Y sí, tal vez haya una parte de mí que quiera vengarse de tu padre para hacerle sentir una fracción del dolor que causó".

Me alejé un poco y mis ojos buscaron los suyos. —¿Y yo, Rafael? ¿Qué quiero decir para ti?

Su mirada se suavizó y, por un momento, vi una pizca de vulnerabilidad. —Eres un enigma, Isabella. Un hermoso misterio que tengo muchas ganas de desentrañar".

A medida que nuestros ojos se apretaban, sentí una oleada de deseo tan intensa que me dejó sin aliento. Pensé en la forma en que me había tocado, en la forma en que su cuerpo había reaccionado al mío. No podía negar la atracción que se cocinaba a fuego lento entre nosotros, una fuerza que desafiaba toda lógica y razón.

—Tienes pensamientos indecentes, Isabella —murmuró, y sus ojos se oscurecieron de deseo—. "Puedo verlo en tus ojos, sentirlo en la forma en que tu cuerpo reacciona a los míos".

Tragué saliva, mis mejillas enrojecidas por el calor. "¿Y si soy yo? ¿Y si no puedo dejar de pensar en tus caricias, en tus besos?"

Me acercó más a él, sus labios rozaron mi oreja. —Entonces déjame enseñártelo, Isabella. Déjame darte una muestra de lo que podríamos ser".

Me levantó en su regazo, mis piernas se sentaron en su cintura, nuestros cuerpos apretados. Sentí la dureza de su agitación contra lo más íntimo de mi ser, y una avalancha de deseo desenfrenado fluyó a través de mí.

Sus manos rozaron mi cuerpo y encendieron un fuego en mí. Sus labios tensaron los míos, su beso fue apasionado y exigente. Le respondí con el mismo fervor, mis manos enredadas en su cabello, mi cuerpo moviéndose contra el suyo.

Me susurró: "Dime lo que quieres, Isabella. Dime tus más profundos deseos".

Mi respiración llegó en jadeos desgarrados mientras su boca deslizaba besos por mi mandíbula y garganta. "Te quiero, Rafael. Todos ustedes. El héroe, el villano y todo lo demás".

Sus manos agarraron mis caderas, sus pulgares acariciaron la delicada piel de la parte interna de mis muslos. "¿Y qué pasaría si te dijera que los héroes y los villanos no son tan diferentes? ¿Que la frontera entre ellos a veces se difumina más allá del reconocimiento?"

Gemí mientras su toque enviaba chispas de placer a través de mí. "Entonces yo diría que usted, Rafael Delgado, es un hombre de muchas caras. Y tengo la intención de explorar cada uno de ellos".

El agarre de Rafael sobre mí se hizo más fuerte, sus besos se volvieron más exigentes, casi posesivos. Se retiró, sus ojos oscurecidos por una tormenta de emociones.

—Dime, Isabella —gruñó con voz ansiosa—. —¿Alguna vez Castillo te ha tocado así? ¿Te hizo sentir lo que yo te hago sentir ahora?

Fruncí el ceño, la confusión nubló mi mente. "No, nunca. Pero, ¿por qué es importante? Castillo es cosa del pasado".

Rafael me ayudó desde su regazo, sus ojos sosteniendo los míos. —Vete a tu habitación, Isabella. Cierra la puerta con llave y mantente a salvo".

Asentí con la cabeza, con el corazón cargado de una mezcla de sentimientos que no podía empezar a desentrañar. Quería quedarme, explorar las profundidades de su alma, pero algo en sus ojos me decía que era hora de separarme.

Cuando me di la vuelta para irme, llamaron a la puerta. Elena entró con una bandeja, con los ojos bajos. —El señor Delgado me ha pedido que le traiga la cena, señorita Isabella. Pensó que podrías tener hambre.

Le sonreí suavemente y le agradecí su amabilidad. "Gracias, Elena. Por favor, díglele que se lo agradezco".

Mientras llevaba la bandeja a mi habitación, el aroma de la comida caliente llenaba el aire. Sabía que el gesto de Rafael no se trataba solo de comida; Era un mensaje silencioso de protección, un recordatorio de que él cuidaría de mí.

CAPÍTULO 9

Rafael



Evitaría a la muchacha si pensara que sería de alguna utilidad. En los últimos días, se ha instalado en la casa como si fuera su hogar. Su voz y la de Elena flotan por el pasillo, y su risa resuena en el vasto vacío de la casa. Su aroma a miel perdura e irrita mis sentidos, un recordatorio constante de su presencia. La casa está más animada debido a su presencia y el personal parece sentirse más cómodo. Hago los viajes necesarios a la ciudad, pero por lo demás trabajo desde mi oficina en casa.

La obra tiene un significado ligeramente diferente al que tenía antes de su llegada. Sigo sorprendiéndome a mí mismo mirando al vacío, a través de las ventanas del piso al techo que dan al jardín, y el sonido de sus gemidos reproduciéndose en mi memoria. Y mi polla se pone dura varias veces al día. Es una distracción infernal.

Se supone que ella es mi pieza de ajedrez. No la mujer que pone mi mundo patas arriba por el simple hecho de existir en él.

Cuando no estoy fantaseando con que se desmorone en mis brazos, escucho el eco de sus palabras en mi mente.

Te sientes solo.

Solitario.

No he estado con una mujer en seis años, por supuesto que estoy jodidamente solo. Esto explica por qué mis pensamientos vuelven a la chica cada cinco minutos. Lo que realmente necesito hacer es sacarla de mi sistema. Una buena hora pasada con ella en mi cama seguramente será suficiente para satisfacer mis ansias por su dulce coño.

Entonces, ¿por qué me resisto a la idea? Cuando me metí en eso, tenía en mi cabeza usarla y arruinar su inocencia. Una vez que me he decidido por algo, tiendo a llevarlo a cabo. ¿Qué me

hace pensar ahora?

Solitario es algo más que cachondo.

Estoy cachondo como el infierno, pero es mi soledad la que quiere acercarla. Quiero tener su compañía, oír su voz resonar por los pasillos, verlos sonreír cuando nuestros caminos se cruzan.

¿Qué demonios es?

Si no tengo cuidado, esta chica se hundirá profundamente en mi carne, hasta mi corazón frío y muerto, tal vez para descubrir que todavía tiene pulso.

Ese es el pensamiento más ridículo que he tenido desde que pensé que estaba solo.

Estoy bien. Disfruto de mi vida aislada y sencilla. Eso no va a cambiar.

Saco el gráfico que he estado mirando durante los últimos quince minutos y trato de entender los números de nuevo. Tal vez debería ir a mi oficina en la ciudad. Tal vez pueda hacer más trabajo allí.

En su lugar, llamo a Ava, mi asistente, y le dejo hacer una reserva para esta noche. Saco a la chica. Probablemente sea una idea terrible, y estoy seguro de que eventualmente me arrepentiré. Pero es hora de que los muestre y los reclame públicamente. También tenemos asuntos de negocios que discutir.

Después de colgar, voy en busca de la chica. La encuentro con Mateo en la cocina. La escena frente a mí me hace detenerme bruscamente. Mi chef italiano tiene sus manos sobre las manos de Isabella mientras le muestra cómo amasar la masa. Ella sonríe mientras le habla cálidamente.

Mis dedos se cierran en puños.

Como una niebla de amenaza, entro en la cocina y desciende el silencio. Ambos miran hacia arriba y se congelan en el acto. La sonrisa desaparece de los labios de la chica. Mateo echa un vistazo largo a mi expresión, luego decide hacer lo inteligente al quitar rápidamente sus manos de las de ella y alejarse de la chica. Su rostro pierde su color.

—Signore, yo sólo...

"No me importan tus excusas", le espeto y escudriño a mi cocinero de arriba a abajo. Tiene cincuenta y tantos años, es calvo y lleva su peso alrededor de la cintura. ¿De verdad me preocupa que me robe a Isabella? Debo estar loco. Aunque han sucedido cosas más extrañas. Érase una vez, pasé por alto a otro hombre como una amenaza, y este error me costó más de lo que quiero admitir.

El temperamento de Mateo es mucho más sabroso que el mío. Aparte de su apariencia promedio, una mujer puede encontrarlo encantador, fácil de hablar, un cocinero brillante.

Mis ojos se entrecierran hacia él. Empieza a sudar en serio.

La chica entiende el contexto de nuestro incómodo intercambio y pone los ojos en blanco. Me pican las palmas de las manos con ganas de azotarla directamente.

"No puedes hablar en serio". Se vuelve hacia mi cocinera. "Lamento que tu jefe sea tan imbécil". Los ojos de Mateo se desorbitan, el pánico revolotea por sus facciones.

Isabella continúa: "Eres una excelente cocinera y todos, excepto él, estarían agradecidos de tenerte. Honestamente, me sorprende que no lo hayas envenenado hace mucho tiempo. Sé que lo habría hecho".

Oh, ¿lo haría? No sé por qué me parece divertida esta idea. No lo es.

—¡Nunca! El pánico de Mateo se convierte en miedo. —Nunca se me ocurriría hacer algo así, signore.

"Bueno, eres mejor persona que yo". Ella le da una palmada en el hombro y mi atención está en dónde lo toca. Luego me lanza una sonrisa melosa. La perra traviesa. "¿No ves que estás interrumpiendo? ¿Qué es lo que realmente quieres?"

No me importa azotarla, voy a joder la picardía de su cuerpo en su lugar. Si no puede pensar con claridad, entonces no podrá hacer comentarios sabios. O tal vez los silencie con mi polla en la boca. Ante este pensamiento, mi polla comienza a endurecerse. Maldito.

—¿Y bien? Se lleva las manos a las caderas y golpea un pie con impaciencia. A mí. Nunca dejé que semejante impertinencia quedara impune. Si lo hubiera hecho, mis rivales habrían prevalecido hace mucho tiempo.

Le echo un vistazo a Mateo. "¡Fuera!"

Ese es el único estímulo que necesita para salir corriendo de la habitación y dejarme a solas con esta criatura que no tiene idea de lo cerca que está de ser arrastrada sobre mi regazo y azotada.

"Eso fue grosero", comenta, sin tener idea del peligro en el que se encuentra.

Me acerco cada vez más, lentamente, hasta que la he encajado entre mi cuerpo y la enorme isla. Solo entonces se muestra la preocupación en sus grandes ojos marrones. Su aroma a miel sube a mi nariz mientras me inclino hacia adelante y murmuro: "Quiero decir algo muy claro, Riginetta, si alguna vez dejas que un hombre te toque así, lo mataré. Si alguna vez tocas a otro hombre, lo mataré. Si otro hombre te toca por cualquier motivo, lo mataré. ¿Lo entiendes?"

Se le entrecorta la respiración. —Sí.

"Tripa. a..«

Su teléfono celular suena con un mensaje de texto, un momento después dos más. Me inclino hacia atrás y la miro fijamente. Es jodidamente hermosa. "¿Quién está tan desesperado por comunicarse contigo?"

"Ummm." Saca el celular del bolsillo. Sus mejillas se enrojecen mientras lee el texto y se me revuelve el estómago. "Es Niall. Está enojado porque lo he dejado. Él también me advierte acerca de ti. Dice que eres una serpiente.

Isabella debe pensar que he perdido la cabeza cuando levanta la vista y me ve sonriendo. Alejandro cayó en mi trampa. Sabía que llamaría su atención quitarle su juguete. No puede soportar el hecho de que ahora tengo lo que una vez le perteneció.

"¿Estás bien?", pregunta con sincera preocupación.

"Nunca mejor dicho. No respondas a sus mensajes, no importa lo que digan. De hecho, deberías

bloquear su número".

"Pero..."

"Ya no le perteneces. Eres mía". ¿Por qué está discutiendo conmigo al respecto? No tiene absolutamente ninguna razón para querer seguir en contacto con este pedazo de mierda.

"Bloquea su número. Ahora".

Eso debería molestarlo aún más. ¿Vendrá a buscar a su querida ex prometida? Eso espero.

"No siempre puedes tener todo lo que quieres".

"Sí, puedo. No respondas a sus mensajes, no importa lo que digan. De hecho, deberías bloquear su número".

"Pero..."

"Ya no le perteneces. Eres mía". ¿Por qué está discutiendo conmigo al respecto? No tiene absolutamente ninguna razón para querer seguir en contacto con este pedazo de mierda.

"Bloquea su número. Ahora".

Eso debería molestarlo aún más. ¿Vendrá a buscar a su querida ex prometida? Eso espero.

"No siempre puedes tener todo lo que quieres".

"Sí, puedo". Los tomo de la manoEl capítulo rediseñado aún está en progreso. Aquí está la secuela:

La agarro por la cintura y la subo a la encimera para acercarla a la altura de los ojos. Mis palmas se posan en sus muslos. "Bloquea su número".

—No.

Mi mirada se entrecierra. "¿Estás discutiendo conmigo solo para ser difícil?"

—Quizás. Sus labios se curvan en una sonrisa.

—¿Por qué?

"Porque nadie en tu vida te pone límites. Estás mandando a todo el mundo, o peor aún, los estás amenazando sin razón, como hiciste con el pobre Mateo". Cruza los brazos en el pequeño espacio que queda entre nuestros cuerpos. "Toda mi vida me han dicho lo que tengo que hacer y lo he hecho sin cuestionarlo. Ya lo superé. No voy a hacer lo que sea que digas solo porque lo dijiste. Tú no eres mi dueño".

Mi agarre de sus muslos se aprieta y tiro de los suyos hasta el borde de la encimera y me coloco entre sus piernas. —Te equivocas, Reginetta. Te poseo. Os poseo a todos. Un día te darás cuenta de que me perteneces".

Traga saliva. "Y si eso sucede, ¿también seré dueño de todos ustedes?"

Su mirada penetrante penetra en la mía, mostrándome la honestidad detrás de sus palabras. En lugar de pensar en lo que podría querer decir, o en la extraña sensación en mi pecho que podría ser algo así como esperanza, acerco la distancia entre nosotros y reclamo sus labios con los míos. Su boca caliente se abre. Está ansiosa y dispuesta a ser reclamada sin importar lo que diga.

El hecho de que esté prisionera en mi casa apenas parece afectar su estado de ánimo. En todo caso, ella tomó mi casa, mi refugio, y la hizo suya. Es más la señora de la casa que mi prisionera. No estoy del todo seguro de cómo pudo cambiar su situación de manera tan rápida y eficiente.

Mis manos se deslizan por sus caderas, por su pecho, hasta sus pechos. Ella jadea en mi boca mientras acaricio sus pezones con mis pulgares. Su cuerpo es tan receptivo que puedo sentir el escalofrío de placer que fluye a través de ella a través de mi tacto.

Ella quiere eso. Ella me quiere. ¿Cómo es esto posible?

Darse cuenta de esto me vuelve loco. Empiezo a sospechar que esta chica no es solo mortal. Es una sirena, y yo estoy condenado.

Ya que estoy en el infierno, ¿qué diferencia hay si pereco en los brazos de esta zorra mientras me arrastra al inframundo? Tal vez incluso estoy disfrutando de mi caída.

No bastará con reclamar temporalmente a esta mujer. Quiero poseerla, ella enteramente de mí, hasta que me haya hartado de Isabella Profaci.

En ese momento, tomo la decisión de reclamarlo como mío. Realmente la mía. Toda la mía.

Los tomo para mí. Llevaré esta farsa hasta el final casándome con ella y atándola a mí lo más completamente posible ante los hombres y ante Dios. Todo el mundo sabrá a quién pertenece cuando termine.

Un gruñido posesivo y animal retumba en mi pecho.

Sería el máximo insulto para Castillo ver a su ex prometida como mi esposa.

Mordisqueo su labio inferior, dejo que mis brazos se hundan en mis costados y doy un paso atrás. "Vamos a salir a cenar esta noche. Encuéntrame puntualmente a las siete en punto en el vestíbulo. Mi mirada se fija en sus labios hinchados y sus respiraciones superficiales. Es jodidamente hermosa. "Todavía tengo trabajo por hacer".

Con eso, me doy la vuelta y resisto la tentación de mirar por encima del hombro mientras salgo de la cocina. Esta noche es importante. Tiene que ser perfecto. Voy a hacerle una oferta que no podrá rechazar.

Me dirijo a mi oficina y cierro la puerta detrás de mí. La habitación está a oscuras, la única luz proviene de la ciudad de abajo. Las sombras susurran en los rincones, burlándose de mí con el recuerdo de sus risas.

No recuerdo la última vez que alguien se rió en esta casa. La carga de la soledad pesa sobre mis hombros, y no puedo quitarme de encima la sensación de que ha estado allí durante años.

Me siento en mi escritorio y miro fijamente la mesa frente a mí. Los números se difuminan y no puedo concentrarme.

Necesito una distracción.

Levanto el teléfono y llamo a Ava. "Cancela la reserva para cenar. En vez de eso, vengo a la ciudad".

—Por supuesto, señor. Tomaré las precauciones".

—¿Y Ava?

—¿Sí, señor?

"Envíale a la niña unas flores. Algo para embellecer su habitación.

—Por supuesto, señor.

Colgué el teléfono y sentí una sensación de satisfacción. Es un pequeño gesto, pero es algo.

Me recuesto en mi silla y miro la mesa. Los números son cada vez más borrosos, pero por una vez no me importa.

Tengo una sirena que domesticar.

Y disfrutaré cada momento de ello.

CAPÍTULO 10

Isabella



El comedor estaba amueblado para dos personas, las velas parpadeaban en la penumbra. Era un juego de poder, un juego de estrategia. El ambiente elegante y el vestido rojo cuidadosamente elegido fueron un desafío silencioso a las expectativas y el control de Rafael.

Elena apareció, su apoyo silencioso era una presencia reconfortante. Colocó el collar sobre la mesa, en señal de que comprendía la situación y de que estaba dispuesta a apoyar el desafío de Isabella.

—Gracias, Elena —dijo Isabella con voz firme, a pesar de las mariposas en el estómago—.

—Por supuesto, señorita Isabella. Espero que tengas una buena noche", respondió Elena con un atisbo de sonrisa en sus labios.

Isabella respiró hondo y se preparó para la noche que se avecinaba. No pudo evitar preguntarse qué estaría pensando Rafael, qué estaba tramando. Su frialdad no era solo una fachada; Era una lucha contra sus propios deseos. Su lucha por reconciliar su atracción por ella con su necesidad de venganza creó un cautivador conflicto interno.

El paseo en limusina fue una olla a presión de emociones. El espacio confinado los obligó a acercarse, lo que aumentó la tensión sexual y las preguntas tácitas que se arremolinaban entre ellos.

"Estás inquieto. ¿Me dirás lo que piensas? —preguntó Rafael en voz baja e imperiosa.

"¿Es realmente importante para ti, o lo estás preguntando por cortesía? No importa, yo sé la respuesta a esta pregunta, ya que no haces absolutamente nada por cortesía —respondió Isabella, y sus ojos se encontraron con los de él en la penumbra—.

—Es usted muy atento —dijo, y se le escapó una rara risa—. "¿Por qué te importa lo que pienso?"

—¿A qué te refieres?

"Quiero decir, crecí esperando un matrimonio arreglado. Si no fuera así, ¿qué habrías hecho con tu vida? ¿Alguna vez has tenido sueños o deseos para un futuro diferente?" Su intensa mirada sostenía la de ella. "Si pudieras hacer algo, ¿qué sería?"

Isabella tragó saliva y giró la cabeza para mirar por la ventana. "Cuando tenía doce años, fuimos al Museo de Arte del Condado de Los Ángeles y me enamoré de inmediato. Quería hacer algo en el mundo del arte. O trabajo en un museo, me convierto en curador algún día o incluso abro mi propia galería de arte. Estuve un poco obsesionado por un tiempo".

—Me imagino que trabajas en esta área —dijo Rafael, acariciándole la muñeca con el pulgar—. —¿Puedes? —preguntó Isabella, sorprendida.

"Claro. Eres una persona sociable, tienes una personalidad fuerte y empiezo a sospechar que tienes una mente aguda", respondió con un pulgar tranquilo.

—¿Por qué odias el arte? —preguntó Isabella, y su curiosidad se apoderó de ella.

"Porque no me gusta mucho el arte. Es demasiado emotivo para mi gusto y una distracción", dijo Rafael con voz fría.

—Precisamente por eso me encanta —respondió Isabella, y sus ojos se encontraron con los de él en la penumbra—.

—Por eso lo odio —dijo él, apartándose de ella y poniendo fin a la conversación—.

La mansión era un lienzo para sus deseos no expresados. Las sombras bailaban con sus sentimientos ocultos, el silencio amplificaba sus palabras no pronunciadas y cada habitación se

convertía en el escenario potencial de sus luchas emocionales.

Las paredes desnudas de la mansión de Rafael reflejaban su aversión a la vulnerabilidad y su miedo a ser consumido por sus propios sentimientos. La ausencia de arte era un símbolo de su vacío emocional.

CAPÍTULO 11

Rafael



El candelabro de cristal se rompió y los fragmentos llovieron sobre el suelo del salón de baile. Los gritos impregnaban el aire mientras los invitados se dispersaban, sus zapatos de diseñador crujían sobre los vidrios rotos. En medio del caos, Isabella Profaci permanecía inmóvil, con los ojos fijos en la imponente figura que emergía de las sombras.

Rafael Delgado.

Su presencia era electrizante, cargada de una intensidad que ponía los pelos de punta a Isabella. A medida que se acercaba, la multitud se separó como el Mar Rojo, los susurros lo siguieron.

—¿De verdad es él?

"El Rey de los Mares..."

"El mismo Poseidón..."

El corazón de Isabella latía con fuerza en su pecho. Así no es como debería ser su fiesta de compromiso. Pero cuando la mirada de obsidiana de Rafael se encontró con la suya, sintió un escalofrío de... algo. ¿Emoción? ¿Miedo? ¿Ambos?

— Isabella. La voz de Alejandro interrumpió su trance. Su prometido la agarró por el codo y sus dedos se clavaron en su carne. "Deja de quedarte boquiabierto. Eso es indecoroso".

Ella se estremeció y se resistió. "No me quedé boquiabierto".

—¿No? El labio de Alejandro se curvó. "Entonces explica por qué estás mirando a este hombre como si estuviera en celo".

La bofetada resonó en la habitación repentinamente silenciosa. La palma de la mano de Isabella picó cuando la cabeza de Alejandro se inclinó hacia un lado y una huella de mano roja floreció en su mejilla.

—¿Cómo te atreves? —siseó ella—.

Los ojos de Alejandro brillaron peligrosamente. Él la agarró de la muñeca y se giró hasta que ella jadeó de dolor. "Te olvidas de tu lugar, mi amor. No toleraré tal falta de respeto por parte de mi futura esposa".

"Vámonos. Tú. Vete".

La voz de Rafael era baja y amenazante. Se elevaba sobre Alejandro y exudaba una intención mortal.

Alejandro soltó a Isabella y se volvió hacia la recién llegada. —Eso no es asunto tuyo, Delgado.

—Al contrario. La sonrisa de Rafael era nítida. "Me siento muy comprometido con el bienestar de la dama".

A Isabella se le cortó la respiración. ¿A qué partido jugó Rafael?

Alejandro sonrió. "Es mío. Nuestras familias tienen un acuerdo".

"Tal vez sea hora de renegociar". La mirada de Rafael se deslizó hacia Isabella. —¿Qué dices, Hermosa? ¿Hablamos de tu... ¿Opciones?"

Antes de que pudiera responder, Catalina apareció a su lado. "Izzy, ¿estás bien? Vi lo que pasó". Isabella asintió, agradecida por la interrupción. —Estoy bien, Cat. Solo una pequeña diferencia de opinión".

Los ojos de Catalina se movían de un lado a otro entre los tres. "Correcto. Bueno, papá quiere verte. Los dos —añadió, mirando a Alejandro con intención—.

Con una última mirada a Rafael, Alejandro tomó el brazo de Isabella. —Continuaremos esta discusión más tarde, Delgado.

Mientras se alejaban, Isabella miró hacia atrás. Rafael no se había movido, su intensa mirada la seguía a cada paso del camino. Un escalofrío le recorrió la espalda.

¿Qué acababa de poner en marcha?

La puerta del estudio se cerró tras ellos con un chasquido ominoso. El padre de Isabella, Matteo Profaci, estaba sentado detrás de un imponente escritorio de caoba, con una expresión ilegible. —Siéntate —ordenó—.

Isabella está sentada en el borde de una silla de cuero, con la espalda recta. Alejandro se inclinó a su lado y fingió indiferencia.

Los ojos de Matteo se entrecerraron. —¿Alguno de ustedes me explicará el espectáculo que acabo de presenciar?

El silencio se extendió entre ellos. Finalmente, Alejandro tomó la palabra. —Un simple malentendido, señor. No hay nada de qué preocuparse".

—¿Es así? La mirada de Matteo se desvió hacia Isabella. —¿Y tú, Mija? ¿Estás de acuerdo?

Isabella tragó saliva. "Yo... Fue mi culpa, papá. Me comporté de manera inapropiada".

Alejandro sonrió triunfalmente. La expresión de Matteo se endureció.

—Ya veo. Se echó hacia atrás y cruzó los dedos. —¿Y qué hay de la participación de Delgado?

El corazón de Isabella dio un vuelco. "El señor Delgado fue simplemente educado. Vio un... desacuerdos y trató de intervenir".

—¿Educado? Alejandro se burló. —Se le hacía la boca agua por encima de su hija, señor. Como un perro que mira un pedazo de carne".

Matteo apretó la mandíbula. "Cuida tu lengua, muchacho. El 'perro' del que hablas podría comprarnos y vendernos a todos diez veces.

Se produjo un silencio incómodo. Isabella jugueteaba en el dobladillo de su vestido con pensamientos acelerados. ¿En qué estaba pensando su padre? ¿Sabía él algo de Rafael que ella no sabía?

"La fiesta de compromiso continuará según lo planeado", explicó finalmente Matteo. "Los dos parecerán unidos. Ya no más... Incidentes. ¿Está claro?"

—Sí, señor —murmuraron al unísono—.

Cuando se levantaron para irse, Matteo gritó: "Isabella. Una palabra.

Se quedó paralizada, luego se dio la vuelta lentamente. —¿Sí, papá?

Matteo esperó a que Alejandro se marchara antes de hablar. —Ten cuidado, Mija. Con Rafael Delgado no se puede jugar".

Isabella frunció el ceño. "No lo entiendo. Lo acabas de defender frente a Alejandro".

—Política, querida. Matteo suspiró. "Delgado es un poderoso aliado... y un enemigo peligroso. No podemos permitirnos insultarlo. Pero tampoco podemos confiar en él".

—Entonces, ¿por qué lo invitan esta noche?

Una sombra revoloteó por el rostro de Matteo. "Algunos juegos están más allá de tu comprensión, Isabella. Solo piensa en tu deber para con esta familia".

Las manos de Isabella se apretaron a los costados. —¿Y qué hay de tu deber para conmigo, papá? ¿Para protegerme?

La expresión de Matteo se suavizó. "Todo lo que hago es para protegerte, Mija. Un día lo entenderás.

Cuando Isabella salió del estudio, sus pensamientos se arremolinaron. Deber. Familia. Peligro. Las palabras resonaron en su cabeza, un coro vertiginoso.

Y a pesar de todo, una imagen permaneció: la mirada oscura y penetrante de Rafael.

¿Qué quería de ella?

Y lo que es más importante... ¿Qué quería ella de él?

CAPÍTULO 12



Isabella

La esmeralda brillaba maliciosamente en la penumbra, una promesa venenosa alrededor del dedo de Isabella. Ella lo miró fijamente, fascinada por su fuego frío mientras las palabras de Rafael resonaban en su cabeza.

—Ahora eres mía, Querida. Cuerpo, mente y alma".

El restaurante estalló en aplausos, pero a Isabella le sonaron como gritos de demonios. Había hecho su elección, selló su destino con una sola palabra: "Sí".

Los labios de Rafael reclamaron los suyos y los marcaron como suyos. Al retirarse, sus ojos oscuros ardían con un hambre posesiva que los excitaba y aterrorizaba a la vez.

—Dime, Isabella —murmuró en voz baja y peligrosa—. "¿Qué se siente al vender tu alma al diablo?"

Tragó saliva, su garganta se secó de repente. "Yo... No sé a qué te refieres.

La risa de Rafael era fría y afilada como una espada. —Oh, ven ahora. Eres más inteligente que eso. Sabes exactamente lo que soy, de lo que soy capaz. Y, sin embargo, estás aquí y estás voluntariamente comprometido conmigo".

Isabella alzó la barbilla desafiante. "Tomé una decisión. Por primera vez en mi vida, elegí mi propio camino".

—¿Lo hiciste? Rafael alzó una ceja. —¿O simplemente te ofrecí la ilusión de elegir?

Antes de que ella pudiera responder, él se levantó y le ofreció su mano. privado".

Al salir del restaurante, los susurros y las miradas los seguían como una niebla venenosa.

Isabella captó fragmentos de la conversación:

"Pobre niña..."

"No tiene ni idea de en lo que se está metiendo..."

"La novia de Delgado..."

Rafael los condujo a un elegante auto de lujo negro que estaba parado al costado de la carretera. Mientras se deslizaban en el lujoso interior de cuero, Isabella sintió como si estuviera entrando en otro mundo, un mundo lleno de sombras y secretos.

—Parque Griffith —instruyó Rafael al conductor—.

Mientras se deslizaban por las calles iluminadas con luces de neón, Isabella se volvió hacia su nuevo prometido. —¿Por qué haces esto, Rafael? ¿Qué es lo que realmente quieres de mí?

Sus labios se curvaron en una sonrisa depredadora. "Todo, mi amor. Quiero todo lo que tienes para ofrecer, y más".

"¿Pero por qué a mí?", preguntó. "Podrías tener a la mujer que quieras".

La mano de Rafael serpenteó sobre el asiento, sus dedos envueltos alrededor de su cuello. — Porque no eres una mujer cualquiera, Isabella. Eres un diamante en bruto a la espera de ser pulido en algo... Extraordinario".

Su toque le provocó un escalofrío. —¿Y crees que eres tú quien pule el pulido?

"Sé que soy yo". Su agarre se tensó un poco. "Veo la oscuridad en ti, Isabella. Ambición. El hambre de algo más que la jaula dorada que tu familia construyó para ti. Puedo darte eso y mucho más".

El aliento de Isabella se atascó en su garganta. —¿A qué precio?

La risa de Rafael era tranquila y plena. "Ah, hay una mente aguda que admiro. El precio, querida mía, es tu lealtad absoluta. Tu inquebrantable devoción. A cambio, te daré el mundo".

El coche disminuyó la velocidad y se detuvo en el borde del parque Griffith. Rafael ayudó a Isabella y la condujo a un camino iluminado por la luna.

—Hábleme de la universidad —dijo de repente—. —¿Qué sueñas con estudiar?

Isabella parpadeó, sorprendida por el giro de la conversación. "Yo... La psicología siempre me ha fascinado. Para entender qué es lo que mueve a la gente, por qué hacen las cosas que hacen".

Rafael asintió con la cabeza. "Una excelente elección. Te servirá bien en nuestro mundo".

—¿Nuestro mundo? —repitió Isabella—.

Se volvió hacia ella, con una expresión intensa. —Sí, Querida. El mundo del poder, de la influencia, del caos cuidadosamente orquestado. Estarás a mi lado y aprenderás a manipular los hilos que controlan esta ciudad, y más allá.

El corazón de Isabella se aceleró ante las posibilidades que pintaba. —¿Y de verdad me dejas ir a la universidad?

—Mantengo mi palabra, Isabella. Su mano acarició su mejilla. "Pero no te equivoques: tu educación servirá a mis propósitos tanto como a los tuyos".

Ella se apoyó en su toque, su voz era apenas un susurro. —Ya veo.

Los ojos de Rafael se oscurecieron de deseo. "¿Haces eso? No creo que realmente comprendas la profundidad de lo que te has metido".

Antes de que pudiera responder, un crujido en los arbustos cercanos llamó su atención. En poco tiempo Rafael tenía a Isabella detrás de él, con un revólver materializado en su mano.

—Muéstrate —gruñó—.

Una figura salió a trompicones de las sombras y blandió una espada. "¡Dame tu billetera y joyas ahora!"

A Isabella se le cortó el aliento cuando reconoció al presunto asaltante. John O'Reilly, un hombre

desesperado de su antiguo vecindario que está pasando por momentos difíciles.

La risa de Rafael era fría y cruel. —Has cometido un grave error, amigo mío.

Los ojos de John se abrieron de par en par cuando reconoció a Rafael. "Mierda... Monsieur Delgado, yo no...

El disparo resonó en el parque e interrumpió las súplicas de John. Se hundió en el suelo, con un agujero entre los ojos.

Isabella miró el cadáver con una voz inquietantemente tranquila. — Lo mataste.

Rafael se volvió hacia ella, buscando signos de disgusto o miedo en su rostro. Cuando no encontró ninguno, sus labios se curvaron en una sonrisa de satisfacción.

"Sí, lo hice. ¿Te molesta eso, mi amor?

Ella lo miró fijamente. "No. Él tomó su decisión, igual que yo tomé la mía".

Los ojos de Rafael brillaban con aprobación y algo más oscuro: un hambre primitiva que excitaba el cuerpo de Isabella.

—No dejas de sorprenderme, Isabella Profaci. La acercó a él y sus labios rozaron su oreja. "Creo que este es el comienzo de una asociación maravillosa".

Cuando Rafael la llevó de vuelta al coche y dejó el cuerpo de John en el suelo, enfriándose, Isabella sintió un cambio en sí misma. Los últimos restos de la niña inocente que había sido se desvanecieron y fueron reemplazados por algo más duro, más frío e infinitamente más poderoso.

CAPÍTULO 13



Isabella

La toma aún resonaba en los oídos de Isabella mientras el auto clásico de Rafael se deslizaba por las calles iluminadas con neón de Los Ángeles. Podía sentir la tensión que emanaba de su cuerpo, una pluma enroscada de rabia apenas contenida.

"¿Estás bien?" La voz de Rafael era baja, peligrosa.

Isabella lo miró a los ojos, y sus ojos reflejaron una oscuridad recién descubierta. "Estoy bien. Obtuvo lo que se merecía".

Un destello de sorpresa revoloteó por el rostro de Rafael antes de que sus labios se curvaran en una sonrisa depredadora. "Nunca dejas de sorprenderme, mi amor. La mayoría de las mujeres se pondrían histéricas si presenciaran un asesinato".

"No soy la mayoría de las mujeres", respondió Isabella. "A estas alturas ya deberías saberlo".

La mano de Rafael se deslizó hasta su muslo, su agarre posesivo. "Oh, lo hago. Esa es exactamente la razón por la que me perteneces".

El coche se detuvo frente a la villa de Rafael. Al entrar, Isabella sintió un cambio en el aire, una tensión crepitante que le hizo hormiguear la piel.

—Vete a la cama, Isabella —ordenó Rafael con voz apagada—. "Fue una noche larga".

Ella vaciló porque intuía que él no decía nada más. —¿Y tú?

"Tengo trabajo que hacer". Se dio la vuelta y caminó hacia su estudio.

Isabella se retiró a su habitación, pero el sueño le falló. Las imágenes de los acontecimientos de la noche pasaron por su mente: la propuesta de matrimonio, el tiroteo, la mirada en los ojos de Rafael mientras apretaba el gatillo. Debería haberla asustado. En cambio, ella sintió... vivo.

Incapaz de resistirse, se deslizó de la cama y se dirigió al estudio de Rafael. La puerta estaba entreabierta, un rayo de luz cayó en el pasillo. Se detuvo cuando escuchó la voz de Rafael.

—¿Hay alguna noticia? Una pausa. —No soy un hombre paciente, Quinn. Han pasado los días".

A Isabella se le cortó la respiración. ¿Quinn? ¿Como en Beaumont, el famoso corredor de información? ¿Qué tramaba Rafael?

Se acercó más a ella, esforzándose por oír más, pero la voz de Rafael se había convertido en un murmullo. Luego, bruscamente, "Hola, madre".

Las cejas de Isabella se alzaron. Ese era un lado de Rafael que nunca había visto antes.

—No es lo que piensas —dijo, y la desesperación era evidente en su tono—. "Estoy

comprometido. Pero es un arreglo. No me caso por amor".

Las palabras dolieron más de lo que Isabella había esperado. Sabía que era un trato, pero cuando escuchó a Rafael confirmarlo tan rotundamente...

—Se llama Isabella Profaci —continuó Rafael—. "La conocerás muy pronto. La boda está prevista para principios de mayo. No, no está embarazada.

Los pensamientos de Isabella daban vueltas. ¿Mayo? Faltaban solo dos meses para eso. ¿Y conocer a su madre? Esto sucedió más rápido de lo que había esperado.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que casi se perdió las siguientes palabras de Rafael. "Allí estaremos".

La llamada terminó, e Isabella escuchó el tintineo de los vidrios: Rafael se sirvió una bebida. Se preguntaba si entrar o retirarse cuando un gemido ahogado la congeló en el acto.

Mientras miraba a través de la rendija de la puerta, sus ojos se abrieron de par en par. Rafael estaba sentado detrás de su enorme escritorio de caoba, con la cabeza echada hacia atrás y una mano agarrando su polla palpitante.

El aliento de Isabella se atascó en su garganta. Se suponía que debía irse, darle privacidad, pero no podía quitar los ojos de encima. El rostro de Rafael era una máscara de placer y dolor, sus golpes se volvían cada vez más irregulares.

Justo cuando se acercaba a su clímax, sus ojos se abrieron y se cerraron con los de ellos.

El tiempo se detuvo por un instante. Entonces las caderas de Rafael se contrajeron y chorros de semen brotaron de su polla y salpicaron toda su costosa camisa.

Isabella jadeó, y el sonido rompió el hechizo. Los ojos de Rafael brillaban con una mezcla de ira y emoción.

—Isabella —gruñó—. —¿Qué haces aquí?

Entró en el estudio, su camisón de satén se ceñía a sus curvas. "No podía dormir. Pensé que podíamos hablar".

La mirada de Rafael vagó por su cuerpo, moviendo la cola a pesar de su reciente liberación.

"¿Hablando? ¿Es esa realmente la razón por la que estás aquí usando esto?"

Isabella sintió una ola de audacia. "Tal vez quería hacer algo más que hablar".

Una suave risa escapó de los labios de Rafael. —Cuidado, Querida. Estás jugando con fuego".

"A lo mejor me quiero quemar". Isabella dio un paso más. —Has despertado algo en mí, Rafael. Algo oscuro y hambriento.

Los ojos de Rafael se oscurecieron. "No sabes lo que estás pidiendo".

—Entonces muéstrame —desafió Isabella—. "Sigues conteniéndote. ¿Por qué?

Rafael estaba allí, con su imponente figura elevándose por encima de ella. "Porque una vez que he dado rienda suelta a esa parte de mí, no hay vuelta atrás. Crees que quieres a la bestia, Isabella, pero no tienes ni idea de lo que eso significa realmente.

Isabella lo miró a los ojos sin miedo. "Pruébame".

En un abrir y cerrar de ojos, Rafael la había atado a la pared, su cuerpo apretado contra el de ella.

"Última oportunidad para retirarme, mi amor. Una vez que empiece, no podré parar".

El corazón de Isabella estaba acelerado, una mezcla de miedo y emoción corría por sus venas.

"No quiero que te detengas".

Una sonrisa salvaje se extendió por el rostro de Rafael. "Entonces que comiencen los juegos".

Su boca se estrelló contra la de ella, toda apariencia de dulzura desapareció. Era una necesidad cruda y primitiva. Las manos de Rafael rozaron su cuerpo, dejando rastros de fuego.

Isabella gimió en el beso y sus propias manos exploraron las duras capas del pecho de Rafael.

Podía sentir su excitación presionando contra su muslo, que ya estaba duro de nuevo.

Rafael rompió el beso, con la respiración entrecortada. —Dime lo que quieres, Isabella. Necesito oírte decirlo.

"Te quiero", jadeó. "Todos ustedes. La oscuridad, el peligro, todo".

Un suave gruñido retumbó en el pecho de Rafael. —Ten cuidado con lo que desees, Querida.

Una vez que has probado la oscuridad, no hay vuelta atrás a la luz".

Los ojos de Isabella brillaban con una mezcla de desafío y deseo. "¿Quién dice que quiero volver?"

La risa de Rafael era oscura y plena. —¡Oh, mi dulce Isabella! No tienes ni idea de en lo que te estás metiendo".

Cuando los labios de Rafael se hundieron de nuevo en los suyos, Isabella sintió que los últimos restos de su antiguo yo se le escapaban. Entró en un mundo de sombras y secretos, de poder y pasión.

CAPÍTULO 14



Isabella

El sol se había puesto, proyectando un tono sombrío sobre las opulentas habitaciones de la finca de los Delgado. Isabella Profaci estaba de pie frente al gran ventanal de su dormitorio, con la mirada fija en los jardines iluminados por la luna. Los suaves sonidos de la música clásica flotaban en el aire, en marcado contraste con la tormenta interior.

—Eso es lo que se le ha dicho, señorita Isabella.

Al oír la voz de Daniela, se dio la vuelta y vio a su criada entrar en la habitación, con una enorme caja en los brazos. La curiosidad de Isabella se despertó a medida que se acercaba, y su corazón palpitaba de anticipación.

"¿Otra sorpresa de Rafael?", preguntó, y sus ojos brillaron con picardía.

—Ciertamente, señorita, ¿le ayudo a abrirlo? —preguntó Daniela y puso la caja sobre la cama.

A Isabella le temblaban los dedos al desatar la delicada cinta que adornaba la caja. Con cuidadosa precisión, levantó la tapa y su respiración se atascó en su garganta. En el interior había una visión de seda escarlata y encaje, un vestido de noche hecho a medida que acentuaba sus curvas.

—Oh, es impresionante —susurró, pasando los dedos por la lujosa tela—.

"Hay más", dijo Daniela, resaltando el vestido para revelar un par de tacones de aguja a juego y un joyero de terciopelo.

Los ojos de Isabella se abrieron de par en par cuando abrió la caja, revelando una deslumbrante variedad de joyas escarlata: un collar, aretes y un brazalete que brillaba con la suave luz. Pero fue el último punto lo que realmente la dejó sin aliento. Un anillo de compromiso de diamantes brillaba con tal intensidad que parecía contener toda la promesa y el misterio de su arreglo poco

convencional.

"Definitivamente está haciendo todo lo posible", comentó Daniela con un dejo de diversión en su voz.

Isabella no pudo evitar sonreír. "Parece que nuestro oscuro multimillonario tiene un don para lo dramático".

Con cuidado, levantó el vestido de su lugar de reposo y sintió el peso de la tela en sus manos. Era una obra de arte que estaba destinada a mostrar su figura y dejar una impresión indeleble.

—Deberíamos acabar contigo —instó Daniela, con los ojos brillando de emoción—. "Estará aquí en cualquier momento".

Isabella asintió, su corazón se aceleró al imaginar a Rafael reaccionando a su apariencia cambiada. No tenía ninguna duda de que él lo aprobaría, porque su mirada posesiva la envolvía en una mezcla de deseo y dominio.

Cuando se puso el vestido, la seda susurró en su piel y acarició sus curvas. El corpiño ceñía su cintura y acentuaba su esbelta estatura, mientras que la falda caía en elegantes mechones de tela y se recogía a sus pies. Los tacones de aguja le daban un aire de encanto peligroso, estirando sus piernas y enfatizando su paso seguro.

Daniela puso los toques finales a Isabella, enfatizando sus pómulos altos y la sensual curva de sus labios. Su cabello, una cascada de rizos oscuros, caía en ondas sueltas sobre sus hombros y enmarcaba su rostro.

"Te ves absolutamente impresionante", explicó Daniela, dando un paso atrás para admirar su trabajo.

Isabella no pudo evitar estar de acuerdo. La transformación fue notable, y se sintió empoderada por su propio reflejo. Era una visión de elegancia y sensualidad, lista para enfrentar la noche que se avecinaba con Rafael a su lado.

Justo cuando estaba a punto de descender la gran escalera, llegó a sus oídos el sonido de un automóvil que giraba hacia el camino de entrada. Su pulso se aceleró cuando reconoció el

elegante vehículo negro que solo podía pertenecer a Rafael Delgado.

—Hora del espectáculo —susurró, alisando la falda de su vestido—.

Con pasos deliberados, se dirigió hacia el vestíbulo, con el corazón palpitando de expectación. En el momento en que vio a Rafael, se le atascó el aliento en la garganta. Estaba allí, una figura formidable con un esmoquin negro perfectamente cortado, sus anchos hombros y su impresionante altura llamaban la atención. Pero era la intensa mirada de sus ojos ámbar lo que la mantenía cautiva, ardiendo con una mezcla de deseo y posesión.

—Son exquisitos —murmuró, y su voz era un estruendo que le provocó un escalofrío—.

Isabella sintió una oleada de satisfacción ante la cruda apreciación de sus palabras. Sabía que había captado su atención, y ese conocimiento aumentó su confianza.

"Gracias. Tú mismo te limpias bastante bien —bromeó y sus ojos se deslizaron por su impecable apariencia—.

Una pizca de sonrisa se torció en las comisuras de su boca, y ella sintió el poder restrictivo dentro de él, como una serpiente enroscada lista para atacar. Era precisamente esta dualidad —el caballero culto y el ladrón despiadado— lo que más le fascinaba.

Le ofreció su brazo y la escoltó hasta el exterior, donde la esperaba una limusina con chófer. Al entrar, el lujoso interior los envolvió, creando un capullo íntimo.

—¿A dónde me lleva esta noche, señor Delgado? —preguntó Isabella con voz expectante.

Una pizca de misterio brilló en sus ojos cuando respondió: "A una gala filantrópica organizada por mi madre. Es una tradición familiar y se requiere su presencia a mi lado".

El corazón de Isabella latía más rápido cuando mencionaba a su madre. Sabía que Viviana Delgado era una fuerza a tener en cuenta, una mujer que gobernaba la sociedad con mano de hierro y cubierta con guantes de seda. Conocer a la matriarca de la familia Delgado fue emocionante y aterrador a la vez.

—Ya veo —dijo con voz firme, a pesar de las mariposas que revoloteaban en su estómago—.

"Me esfuero por causar una buena impresión".

La mirada de Rafael se suavizó y, por un instante fugaz, vislumbró una vulnerabilidad que él ocultó rápidamente. —Lanzarás un hechizo sobre ella, como haces con cualquiera que te vea, Isabella.

Sus palabras hicieron que sus mejillas se sonrojaran, y se acercó más a ella, respirando su inconfundible aroma, una mezcla de agua de colonia cara y el sutil almizcle de su piel.

La limusina se deslizó por las calles de la ciudad y los llevó hacia la finca de los Delgado, donde se celebró la gala. Isabella sintió una ola de emoción cuando se acercaron a la magnífica mansión, cuya arquitectura era un testimonio del dinero antiguo y la riqueza intergeneracional.

Cuando bajaron de la limusina, se hizo el silencio entre la multitud que se había reunido en el vestíbulo. Isabella sintió que todas las miradas estaban puestas en ella, pero fue Rafael quien realmente llamó su atención. Era una fuerza de la naturaleza y exudaba un aura de poder y misterio que parecía fascinar e intimidar a quienes lo rodeaban.

—¿Por qué lo miran? —susurró ella, sintiendo una ola de protección hacia él.

—No estás acostumbrado a verme con una mujer —respondió con un dejo de diversión en su voz—. "Y tú, querida mía, eres una visión que exige su atención".

Isabella sintió una oleada de satisfacción ante sus palabras, sabiendo que se había insertado con éxito en su mundo y había desafiado el statu quo.

Cogidos del brazo, se abrieron paso entre la multitud y presentaron a Isabella a los empleados y conocidos de Rafael. Reconoció a algunos de los nombres más influyentes de la ciudad, cuya reputación se susurraba en los círculos de la élite. Pero era la corriente subliminal de los negocios ilegales y las agendas ocultas lo que realmente la fascinaba.

"Rafael, cariño, me alegro mucho de que lo hayas logrado".

La atención de Isabella se posó en la mujer, que acababa de entrar corriendo y extendió los brazos como si estuviera a punto de abrazar a un pariente perdido hace mucho tiempo. Viviana Delgado fue una mujer despampanante cuya belleza desafió el paso del tiempo. Isabella no pudo evitar preguntarse si las mejoras cosméticas habían jugado un papel en su apariencia eterna.

"Madre, permíteme presentarte a mi prometida, Isabella Profaci". Había una pizca de orgullo en la voz de Rafael cuando se presentó.

Isabella sintió que la mirada evaluadora de Viviana se deslizaba sobre ella, captando cada detalle de su apariencia. Los ojos de la mujer mayor brillaron con curiosidad y un indicio de algo más: ¿estaba de acuerdo?

—Querida mía, eres una visión —exclamó Viviana, atrayendo a Isabella en un cálido abrazo—. "He oído hablar mucho de ti, pero conocerte en persona es aún más agradable".

Isabella sintió que se relajaba en el abrazo de la anciana y sentía una calidez genuina que desmentía su reputación de matriarca formidable.

"El placer es mío, señora Delgado", respondió ella, usando el discurso formal por respeto.

"Por favor, llámame Viviana. Después de todo, ahora somos una familia". La sonrisa de Viviana era contagiosa, e Isabella se encontró a sí misma devolviéndola, sintiendo un sentimiento de apego hacia esta mujer que pronto se convertiría en su suegra.

A medida que se mezclaban con los invitados, Isabella no pudo evitar notar la sutil dinámica que estaba en juego. Los Delgado eran una familia poderosa cuya influencia llegaba a todas partes. La gala no solo fue un evento benéfico, sino también una muestra de su riqueza y posición social. Cada detalle, desde la exquisita decoración hasta la lista de invitados cuidadosamente seleccionada, hablaba de su prominencia.

—¿Bailamos? La voz profunda de Rafael interrumpió sus pensamientos, su mano se extendió hacia ella.

Isabella puso su mano en la suya y sintió una chispa eléctrica al tocarse sus dedos. Cuando entraron a la pista de baile, la música se hinchó y llenó el aire con una melodía rafaélística. Los brazos de Rafael la rodearon, la atrajeron hacia él, y se movían en perfecta armonía, sus pasos gráciles y fluidos.

En ese momento, Isabella sintió como si fueran las únicas dos personas en la habitación. La intensidad de su mirada, la forma en que su cuerpo se movía en sincronía con el de ella, todo esto

hablaba de una conexión que iba más allá de la mera atracción física.

A medida que el baile continuaba, sus ojos se cerraron, e Isabella se encontró ahogándose en las profundidades de sus ojos ámbar. Era como si estuvieran teniendo una conversación silenciosa, compartiendo sus deseos y miedos sin decir una palabra.

—Estás bailando maravillosamente —susurró ella, con los labios a pocos centímetros de los suyos—.

Un atisbo de sonrisa se dibujó en las comisuras de su boca. —Tú también, querida. Es uno de los muchos talentos que estoy esperando".

El corazón de Isabella se aceleró ante su tono sugerente, sabiendo que su relación iba mucho más allá de los límites tradicionales del compromiso. Su acuerdo era complejo, impulsado por el beneficio mutuo y un hambre compartida de poder. Pero en ese momento, mientras sus cuerpos se movían al unísono, sintió algo más, una conexión que desafiaba toda explicación.

Cuando la música terminó, Rafael la sacó de la pista de baile, con su mano todavía posesivamente en su espalda. Pasearon por los ornamentados salones de la finca Delgado, deteniéndose para admirar la intrincada arquitectura y el opulento mobiliario.

—Dime, Isabella —comenzó Rafael con una pizca de curiosidad en su voz—. —¿Qué te parece la casa de mis padres?

La mirada de Isabella vagó por las intrincadas molduras de techo, los suelos de espiga y el mural pintado a mano en el techo. "Es un testimonio del legado de tu familia. El dinero viejo y la riqueza generacional están llegando a raudales de todos los rincones".

Él asintió, con una mirada distante en sus ojos, como si recordara su juventud. "Esta casa guarda muchos recuerdos, tanto agradables como dolorosos. Es un recordatorio de quién era y en quién me he convertido".

Isabella sintió el peso de sus palabras y comprendió que el hombre que tenía frente a ella estaba moldeado por las paredes que la rodeaban. "¿Lo echas de menos a veces? ¿La inocencia de tu juventud?

Una sombra revoloteó sobre sus facciones, y por un momento alcanzó a vislumbrar una vulnerabilidad que él ocultó rápidamente. "La inocencia es un lujo que no me puedo permitir. El

mundo en el que vivimos es despiadado y el sentimentalismo puede ser una debilidad".

Ella extendió la mano, sus dedos recorrieron los suyos, tratando de consolar heridas que solo podía imaginar. "Pero también puede ser una fuente de fortaleza. Nos recuerda quiénes somos debajo de las mascarillas que usamos".

La mirada de Rafael se intensificó, como si la viera por primera vez.—Tienes una forma de penetrar mis defensas, Isabella. Es fascinante y peligroso a la vez".

Ella le dedicó una sonrisa traviesa. "Entonces tal vez sea el momento de explorar las profundidades de estas peligrosas aguas".

Sus ojos se oscurecieron y ella sintió que el depredador se agitaba dentro de él. —Me estás tentando, querida mía. Pero hay que tener cuidado. Hay ojos y oídos en todas partes, y algunos secretos es mejor mantenerlos ocultos".

Isabella entendió las reglas tácitas de su mundo, un mundo donde las luchas de poder y las agendas ocultas acechaban bajo la superficie de cada interacción. Pero en ese momento, lo único que quería era quitar las capas de su fachada cuidadosamente construida y descubrir al hombre que había debajo.

Mientras continuaban su recorrido, Rafael los llevó a la habitación de su infancia, que ahora está cuidadosamente conservada por su madre. La curiosidad de Isabella se despertó cuando absorbió la decoración bellaística, el azul marino y el azul suave, que contrastaba fuertemente con la oscuridad que asociaba con ella.

Sus ojos se posaron en una colección de retratos familiares, y sus ojos se entrecerraron al contemplar el rostro juvenil de Rafael. Había una ligereza en sus ojos, una pizca de optimismo que parecía estar en desacuerdo con el hombre que ella conocía.

—Una vez fuiste feliz —comentó ella en voz baja de asombro—.

Un músculo le hizo tictac en la mandíbula y ella sintió la tensión que emanaba de él. "El pasado es un paisaje traicionero, lleno de fantasmas y recuerdos que es mejor dejar enterrados".

Se acercó y estiró los dedos para trazar el contorno de su rostro en uno de los retratos. "Pero también es la clave para entender quiénes somos. Dime, ¿qué le pasó al chico de esa foto?

A Rafael se le cortó la respiración y, por un momento, creyó que se retiraba. En lugar de eso, la agarró de la mano y sus dedos se enredaron en los de ella. "El chico que ves allí ha tomado una decisión, una elección que ha cambiado el curso de mi vida para siempre".

Isabella sintió un escalofrío que le recorrió la espalda al sentir el peso de sus palabras. —¿Y qué clase de elección fue esa?

—La decisión de abrazar la oscuridad —respondió con voz ronca de emoción—. "Convertirme en el hombre que necesitaba ser para sobrevivir".

Ella buscó en sus ojos y vio las sombras que acechaban dentro de él. —¿Y qué hay del hombre que querías ser?

Una expresión dolorosa revoloteó por sus facciones, y desvió la mirada como si no pudiera soportar el peso de su mirada. —A veces, Isabella, no podemos decidirnos. El destino tiene una forma de moldearnos, nos guste o no".

En ese momento, vio la profundidad de su dolor, la carga que llevaba y los muros que había construido para protegerse. Un impulso abrumador de consolarlo se apoderó de ella, y dio un paso adelante y apretó su cuerpo contra el suyo.

Se tensó al tocarla, su respiración se aceleró. —Isabella, no deberíamos...

Ella lo silenció llevándole un dedo a los labios y sus ojos suplicantes. —Déjame entrar, Rafael. Solo por este momento, baja la guardia".

CAPÍTULO 15



Isabella

El sol de la mañana se filtraba a través de las ventanas ornamentadas de la mansión Profaci, proyectando una luz suave sobre el lujoso mobiliario. Isabella estaba de pie junto a la ventana, con la mirada fija en los exuberantes jardines, pero sus pensamientos estaban en otra parte. El silencio de la casa, que solía ser un abrazo reconfortante, ahora se sentía sofocante. La ausencia de la presencia imperiosa de Rafael pesaba sobre ella, dejando un vacío doloroso.

—Señorita Isabella, el desayuno está servido —la suave voz de Elena interrumpió su ensoñación—.

Isabella se dio la vuelta y sus ojos se abrieron de par en par al ver el elegante vestido rojo que Elena le tendía. —¿Es esto... para mí?

Los labios de Elena se torcieron en una sonrisa cómplice. "Pensé que podría ser un buen cambio. Algo que levanta el ánimo".

Isabella pasó los dedos por la delicada tela, cuyo tono brillante contrastaba fuertemente con la paleta de colores apagados que solía preferir. "Es hermoso. Gracias, Elena.

Cuando se puso el vestido, la suave tela acarició su piel y le dio una sensación de fuerza. Era una sutil rebelión contra los límites de su matrimonio concertado, una rendición silenciosa a su deseo de forjar su propio camino.

El desayuno fue un asunto tenso, la mirada acerada de Antonio Profaci estaba fija en su hija. Isabella sintió que sus preguntas no expresadas flotaban en el aire, pero permaneció estoica, con sus facciones cuidadosamente entrenadas. Sabía que su padre estaba al tanto de las crecientes tensiones entre ella y Rafael, y se negó a darle municiones para usar contra su unión.

Cuando terminó de comer, Isabella empujó su silla hacia atrás y se levantó, sus movimientos eran elegantes a pesar de la agitación interior. —Creo que daré un paseo por los jardines, padre.

Tal vez el aire fresco me libere de nuevo".

Antonio levantó una ceja y sus ojos se entrecerraron ligeramente. —Como tú quieras, Isabella. Pero recuerda, las apariencias lo son todo. El nombre de Profaci debe ser defendido, especialmente ahora".

Isabella inclinó la cabeza cuando comprendió la advertencia tácita. —Por supuesto, padre. No haré nada que avergüence a nuestra familia".

Mientras paseaba por los cuidados jardines, los pensamientos de Isabella se dirigieron a Rafael. Su último encuentro, lleno de pasión y confusión, se desarrolló en sus cabezas. Anhelaba su caricia, su beso, pero aún más anhelaba comprender al hombre detrás de la fachada cuidadosamente construida.

Sus pasos se hicieron más lentos a medida que se acercaba a la fuente de mármol, cuyo suave murmullo era un bálsamo tranquilizador para su mente inquieta. Allí, en el corazón de los jardines, había confesado por primera vez su deseo de seguir su propio camino y desafiar las expectativas de su mundo.

— Isabella.

La voz profunda y familiar le provocó un escalofrío. Se dio la vuelta y vio a Rafael de pie a unos metros de distancia, con los ojos intensos mientras disfrutaban de verla.

—Rafael —suspiró, con el corazón latiendo con fuerza en el pecho—. – No sabía que estabas aquí.

Él se acercó un paso más y su mirada no se apartó de la de ella. "No podía mantenerme alejado. No cuando supe que estabas aquí, a mi alcance.

Isabella sintió una oleada de expectación, mezclada con inquietud. Su último encuentro había terminado en una tormenta de emociones que los dejó a ambos conmocionados.

—Estaba pensando en ti —prosiguió en voz baja y ronca—. "Sobre nosotros".

Tragó saliva, su garganta se secó de repente. "Igual que yo".

Dio un paso más y redujo la distancia entre ellos. "He traído algo para ti".

Con un columpio, sacó una caja de terciopelo de su bolsillo y se la tendió. A Isabella se le cortó el aliento al recibirlo, y sus dedos temblaron ligeramente.

—Ábrela —instó, y sus ojos brillaron de expectación—.

Lentamente levantó el párpado y sus ojos se abrieron de par en par al ver el exquisito collar que había dentro. Se trataba de una reliquia de Maçon cuya historia está entrelazada con la familia de Rafael. Los diamantes de color rojo sangre brillaban con una intensidad ardiente, en marcado contraste con la cadena de platino helada.

"Es... Impresionante —susurró mientras sus dedos trazaban el delicado patrón—.

—Quiero que lo consigas —dijo con voz emocionada—. "Como símbolo de nuestra unidad".

El corazón de Isabella latía con fuerza en su pecho mientras levantaba los ojos para encontrarse con los suyos. "¿Estás seguro? Esta es una preciosa reliquia familiar".

Un músculo le hizo tictac en la mandíbula y ella sintió el desorden en su interior. "Quiero que te lo pongas. Saber que me perteneces".

Sus palabras le provocaron un escalofrío y desencadenaron una mezcla de deseo y desafío. Comprendía el gesto posesivo, la marca del territorio, pero se negaba a ser un mero adorno, un trofeo del que ostentarse.

—Gracias, Rafael —dijo con voz firme—. "Lo llevaré con orgullo".

Mientras se ataba el collar alrededor del cuello, cuyo peso recordaba a su compleja disposición, Isabella sintió una ola de determinación. Ella no participaría pasivamente en este matrimonio. Su conexión también estaría en sus términos.

Por la tarde, Isabella se encontró en el corazón de la ciudad, recorriendo las galerías que bordeaban las calles empedradas. Sus pasos se ralentizaron a medida que se acercaba a una pequeña y anodina galería, cuyas ventanas estaban llenas de pinturas brillantes. Aquí, en esta

misma galería, había descubierto su amor por el arte.

Al entrar, respiró el aroma familiar de la pintura y el lienzo y sintió que una sensación de paz la inundaba. Su mirada vagó por la multitud de obras de arte, cada una de las cuales era una ventana al alma del artista.

—¿Puedo ayudarte?

Isabella se dio la vuelta y vio que se acercaba una joven de pelo rojo brillante. "No, gracias. Solo estoy navegando".

La mujer sonrió, sus ojos cálidos y acogedores. "Tómate tu tiempo. Si tienes alguna pregunta, no dudes en preguntar".

Isabella asintió y su mirada volvió a los cuadros. Su corazón latió más rápido cuando descubrió un estilo familiar, las pinceladas audaces y los colores vibrantes que eran distintivos. Era la obra de Rafael, oculta a los ojos de todos.

A medida que se acercaba, miró las pinturas y sus ojos se abrieron de par en par ante la emoción cruda que saltaba del lienzo. No eran los paisajes estériles y sin vida que le había mostrado en su galería privada. Eran apasionados, intensos, el reflejo de un alma en confusión.

"Tienes un ojo agudo".

Isabella se giró al oír la voz de Rafael y el corazón le latía con fuerza en el pecho. "Rafael. No sabía que estabas aquí.

Él se acercó y sus ojos no se apartaron de los de ella. "No podía mantenerme alejado. No cuando supe que estabas aquí y me adentré en mis secretos.

Tragó saliva, tenía la garganta seca. "¿Secretos? ¿A qué te refieres?

Señaló las pinturas. "Son de otra época de mi vida. Un tiempo que pensé que había enterrado".

La mirada de Isabella volvió a las obras de arte, con el corazón dolorido por el dolor crudo que emanaba de ellas. —¿Por qué dejaste de pintar así?

Una sombra revoloteó sobre sus facciones, y por un momento alcanzó a ver al niño herido debajo del hombre endurecido. "Porque dolía demasiado sentirlo".

Dio un paso adelante y redujo la distancia entre ellos. "Pero el sentimiento es lo que nos hace humanos, Rafael. Eso es lo que nos une".

Él le tomó la mano y sus ojos ardían con una intensidad que la dejó sin aliento. – Tienes una forma de ver a través de mi defensa, Isabella. Es emocionante y aterrador a la vez".

Sintió una oleada de deseo mezclada con algo más profundo, algo que desafiaba toda explicación. "Entonces exploremos juntos estos sentimientos. Averigüemos quiénes somos realmente debajo de las máscaras que usamos".

Su pulgar le acarició los nudillos y le provocó un escalofrío. —Me estás tentando, Isabella. Pero hay que tener cuidado. Hay ojos y oídos en todas partes, y algunos secretos son demasiado peligrosos para revelarlos".

Isabella comprendió la advertencia tácita, la amenaza siempre presente que se cernía sobre su mundo. Pero en ese momento, lo único que quería era derribar los muros que los separaban para explorar las profundidades de su alma.

A medida que el sol se ponía, paseaban por la ciudad, sus pasos sincronizados, sus cuerpos cercanos pero sin llegar a tocarse. El día los había acercado, pero todavía había un abismo entre ellos, un abismo de secretos y miedos no expresados.

—La cena está servida —anunció Elena al entrar en la villa—.

El corazón de Isabella latía más rápido mientras seguía a Rafael hasta el comedor, y sus ojos se abrieron de par en par ante la ingeniosa extensión que se extendía ante ellos. La mesa brillaba en cristal y plata, y la pieza central un exuberante arreglo de rosas rojas.

Rafael sacó la silla y no quitó los ojos de los suyos. —Espero que tengas hambre, Isabella.

Ella sonrió y su corazón latió más ligero al ver la comida decadente. "Morir de hambre".

Mientras disfrutaban de las delicias culinarias, sus conversaciones fluían sin esfuerzo, un respiro de la turbulencia que los había atormentado. Pero bajo la superficie la tensión burbujeaba, una corriente subterránea silenciosa que amenazaba con estallar en cualquier momento.

—Dime, Isabella —comenzó Rafael, con los ojos brillando con una mezcla de curiosidad y desafío—. —¿Qué es lo que deseas?

Hizo una pausa, con el tenedor medio en la boca, y sintió el peso de su pregunta. "¿Deseo? ¿En qué sentido?

Un atisbo de sonrisa se dibujó en las comisuras de su boca. "En todos los aspectos. ¿Qué te toca el corazón? ¿Qué anhelas cuando estás despierto por la noche?"

El pulso de Isabella se aceleró, sus ojos no se apartaron de los suyos. "Anhele la libertad. La libertad de seguir mi propio camino, de tomar mis propias decisiones. Ser algo más que un Profaci o un Delgado".

Se inclinó hacia delante, con los ojos intensos. —¿Y te sientes atrapado? ¿Atrapado en las expectativas de nuestro mundo?"

Respiró hondo, sabiendo que sus próximas palabras podrían sacudir la frágil tregua entre ellos. "A veces. Pero no es solo nuestro mundo lo que me constriñe. Son las expectativas que he interiorizado, las creencias que han estado profundamente arraigadas desde que nací".

Un músculo le hizo tictac en la mandíbula y sintió la tormenta que se avecinaba en su interior. "¿Y me culpas por estas expectativas? ¿Por los límites de la vida que llevamos?

Isabella negó con la cabeza y sus ojos le suplicaron que lo entendiera. —No, Rafael. No se trata de repartir culpas. Se trata de encontrar una manera de existir dentro de los confines de nuestro mundo mientras nos mantenemos fieles a nosotros mismos".

Se echó hacia atrás, con los ojos velados y las facciones ilegibles. —¿Y crees que eso es posible? ¿Tender un puente entre el deber y el deseo?

Miró su rostro y vio reflejado en sus ojos el peso de sus propias luchas internas. "Creo que vale la pena luchar por ello. Encontrar un equilibrio entre la vida que se espera de nosotros y la vida

que anhelamos".

Pasó un largo momento, el único sonido era el suave tintineo de los cubiertos contra la porcelana. Finalmente, Rafael habló con una mezcla de determinación y devoción. —Entonces luchemos por ello, Isabella. Juntos".

El corazón de Isabella se hinchó al oír estas palabras y sintió una oleada de esperanza en medio de la oscuridad que se cernía sobre ellos. Tal vez juntos podrían embarcarse en un nuevo camino, uno que esté a la altura de sus deberes y les permita explorar las profundidades de sus deseos.

CAPÍTULO 16



Rafael

El sonido de los vidrios rotos impregnaba el aire mientras Rafael lanzaba su teléfono celular al otro lado de la habitación. Explotó contra la pared, con esquirlas esparcidas por el suelo pulido de su oficina. Su pecho se agitaba, la ira fluía por sus venas como lava fundida.

—¡Tontos incompetentes! —gruñó, golpeando el escritorio con el puño—. El dolor apenas era registrado por su ira.

Un tímido golpe en la puerta. —¿El señor Delgado? La voz de su asistente vaciló.

"¿Qué?", ladró.

Daniela entró, con los ojos muy abiertos por la destrucción. "Señor, usted... Tu prometida está aquí.

Rafael se quedó helado y apretó la mandíbula. "Despídelos. No me siento como distracciones". Pero antes de que Daniela pudiera responder, la puerta se abrió de golpe. Isabella entró, sus ojos brillaban con determinación.

—No soy una distracción para ser despedida, Rafael —dijo ella, dejando caer una bolsa sobre su escritorio—. El aroma de las especias llenaba el aire.

Las fosas nasales de Rafael se ensancharon. "¿Te atreves a entrar aquí?"

Isabella lo miró a los ojos sin miedo. "No comiste nada. Son las tres de la tarde.

—¿Cómo lo sabes? —gruñó, volviéndose hacia Daniela—.

Su ayudante palideció. "Yo... I..."

—Déjanos —ordenó Rafael—. Daniela salió corriendo y cerró la puerta tras de sí.

Los ojos de Isabella se entrecerraron. "No te desquites con ella. Yo soy el que preguntó".

—Te vas a trasladar, Isabella —advirtió Rafael y se acercó a ella—. "Mi asunto no es asunto tuyo".

Ella se mantuvo firme. "Tu bienestar es mi preocupación, te guste o no".

—¿Es así? Su voz se hundió peligrosamente. —¿Y qué es lo que te da este derecho?

Isabella levantó la barbilla. "Por ejemplo, este anillo en mi dedo", respondió ella, mostrando el enorme diamante. —¿O se ha olvidado de nuestro acuerdo?

La mano de Rafael salió disparada y la agarró del cuello. No lo suficientemente fuerte como para herir, pero lo suficientemente firme como para afirmar el dominio. "Cuidado, mi reina. Estás jugando un juego peligroso".

Para su sorpresa, los labios de Isabella se torcieron en una sonrisa. —A lo mejor me gusta el peligro —ronroneó—.

El aire entre ellos crepitaba con tensión. El agarre de Rafael se tensó un poco. —¿Qué haces, Isabella?

Su lengua salió disparada y humedeció sus labios. "Te recuerdo que soy más que un trofeo bonito, Rafael. Soy tu igual".

Dejó escapar una carcajada. "¿Inmediatamente? No tienes ni idea de en qué mundo vivo, Reginetta.

"Entonces muéstrame", desafió. Sus dedos encontraron el lazo de su vestido cruzado y lo soltó. La tela destacaba y revelaba un conjunto de encaje rojo sangre que dejaba poco a la imaginación.

Rafael contuvo el aliento. "Isabella..."

"¿Qué te pasa, mi amor?", se burló. "¿Tienes miedo de no poder lidiar conmigo?"

Algo se rompió en él. Con un gruñido, la giró y la apretó contra su escritorio. "¿Quieres jugar? Mucha. Vamos a jugar".

Su mano se deslizó por su muslo, sus dedos se deslizaron sobre la punta. Isabella jadeó y se arqueó ante su toque.

—¿Es a eso a lo que has venido? Rafael le gruñó al oído. "¿Que te inclinen sobre mi escritorio y te follen como la chica traviesa que eres?"

A Isabella se le cortó la respiración. —Sí —admitió ella—. —Dios, sí.

Rafael soltó una risita sombría. "Ten cuidado con lo que deseas, mi reina. Tal vez te arruine por todos los demás".

Ella giró la cabeza y se encontró con su mirada con un desafío en sus ojos. —¿Lo prometo?

Le forzó la boca con un beso sangriento, rompiendo cualquier atisbo de control. Cuando se quitaron las ropas y se entrelazaron los cuerpos, Rafael supo que se estaba perdiendo en ella. Y por una vez, no le importó.

Mientras yacían enredados en el suelo de su oficina, Rafael miraba al techo. —Eres peligrosa, Isabella Profaci —murmuró—.

Se apoyó en un codo y lo miró a la cara. —Tú también, Rafael Delgado. Pero no tengo miedo".

Se encontró con su mirada y vio el fuego que correspondía al suyo. "Tal vez deberías ser tú".

La sonrisa de Isabella era nítida. —Nunca.

Cuando ella se inclinó para besarle de nuevo, Rafael se dio cuenta de que estaba cayendo en un abismo que él mismo había creado. E Isabella era la sirena que lo atraía más profundamente con cada toque, con cada palabra desafiante.

Estaba condenado. Y no se atrevía a hacerse cargo de ello

CAPÍTULO 17



Isabella

El pulgar de Rafael acaricia mi mejilla, su expresión es torturada. "Isabella, no querrás sentarte en un escritorio duro por primera vez".

—No asumas que sabes lo que quiero —le espeto en voz baja—. "Estoy tomando la pastilla. Eso es lo que quiero". Agarro un puñado de su camisa y tiro de ella. Se agacha y yo lo beso, volcando todo mi deseo en ello. Chupa, lame, muéstrale cuánto lo necesito. Justo aquí, ahora mismo.

Me froto contra él como un gato en celo y gimo en su boca.

Se asusta.

La boca de Rafael devora la mía, se alimenta de un hambre desesperada. Me levanta sin esfuerzo y envuelvo mis piernas alrededor de su cintura mientras me lleva por la habitación.

Con un movimiento de su brazo, la mitad del contenido de su escritorio se estrella contra el suelo. Me sienta en la superficie fría y dura. Los dos respiramos con dificultad, nuestras manos se tocan para desvestirnos, nuestro beso se vuelve descuidado. Saco al descubierto su magnífico pecho y le arranco los botones de la camisa. Están esparcidos por el suelo y se pierden para siempre. Me arranca el tanga del cuerpo, brutal e implacablemente.

"¿Es eso lo que quieres?", gruñe con voz ronca mientras desabrocha el broche delantero de mi sujetador.

—Sí. Me recuesto en el escritorio.

Dime, dime lo que quieres. Su tono es profundo y áspero. —Dilo.

"Te quiero dentro de mí. Quiero que me hagas venir".

—¿Estás diciendo que te estoy quitando la virginidad, Riginetta?

Asiento con la cabeza. "Sí. Llévame.

Sin decir una palabra más, Rafael suelta su polla. Es grueso y veteado, y rezuma de la punta mientras lo acaricia. Esta visión me hace la boca agua.

"Tienes que tomar una decisión. ¿Lo quieres centímetro a centímetro de una vez o todo a la vez?

Me quedo mirando su enorme longitud. Sé que va a doler, pero no me importa. Eso es lo que quiero. Después de la primera vez, debería sentirse bien. ¿Derecha? Quizás. Es enorme.

—Todo a la vez. Lo miro a los ojos. Prefiero terminar esta parte para que podamos pasar a cosas más agradables. Al parecer, Rafael es de la misma opinión, porque sin más preámbulos me agarra de las caderas y mete su polla hasta el fondo de mi coño empapado.

Respiro con dificultad ante la desagradable invasión. Un dolor sordo y una molestia siguen al dolor agudo inicial. Es tan grande que siento que mis entrañas podrían romperse.

—Relájate, Riginetta. Mírame y relaja tus músculos". Su pulgar me rodea, enviando un escalofrío de placer a través de mi cuerpo tenso. Poco a poco empiezo a aflojar mis músculos a su alrededor. Tan pronto como lo hago, ese pequeño placer se convierte en éxtasis y el dolor comienza a desvanecerse.

Su polla permanece completamente asentada dentro de mí mientras sus dedos rodean mi clítoris. Arqueo la espalda y él sisea y aprieta mis caderas con su mano libre. Me mantiene quieto mientras me agita. Sus ojos velados revelan poco, aunque puedo decir que tiene dificultades para mantener el control. Él quiere desahogarse, y yo también. ¿Por qué no lo suelta?

Rafael se agacha, chupa y hace rodar mis pezones entre sus dientes, mis dedos enredados en su cabello, añadiendo otra capa de estimulación a mis nervios ya abrumados. Intento mover las caderas, pero él me sujeta con fuerza. Su pulgar se mueve más rápido, pasando por encima de mí hasta que el calor líquido se acumula profundamente en mi estómago. La presión se acumula y se acumula.

Cuando tengo miedo de implosionar por toda la intensidad, mi orgasmo de repente se rompe sobre mí.

—¡Rafael! Grito. Ola tras ola de euforia cegadora y candente me inunda y se apodera de mi

cuerpo.

—Maldita sea.

De repente estoy vacío. Rafael se da el puñetazo y bombea espesos chorros de semen por todo mi estómago y tetas. La vista es erótica, pero una extraña decepción me golpea fuertemente en el pecho. ¿Por qué no me inyectó?

Tiene que ver la emoción en mi expresión facial. "No te preocupes. Un día voy a arruinar tu dulce coño, pero primero me vas a rogar que lo haga. Me dirás exactamente lo que quieres. Que quieres que te folle y me corra en tu dulce coño. Solo entonces te follaré hasta que olvides tu propio nombre y te llenes de tanto semen que sepas a quién perteneces".

Para demostrar su punto, garabatea su nombre con su dedo índice en el que cubre mi vientre.

Una sonrisa satisfecha y posesiva aparece en sus labios.

Me quedé mirándolo. Le dije que lo quería dentro de mí y que él me hizo venir. Eso es exactamente lo que había hecho. Solo eso. Nada menos y nada más, excepto para marcarme con su esperma.

Lo juro, el Rafael caliente y el Rafael frío se funden en un solo Rafael sucio. Que es caliente y frío al mismo tiempo. Dice las cosas más indecentes y solo me satisface hasta cierto punto que quiero más, con el frío cálculo de un depredador a la caza.

Como siempre, nunca le soy indiferente a Rafael. La irritación, casi la ira, palpita en mi torrente sanguíneo durante sus trucos. ¿Por qué tiene que ser tan difícil todo el tiempo? ¿Por qué me mantiene a distancia cuando ambos sabemos que queremos más el uno del otro?

Un día lo privaré de su control frío y calculador. Entonces veremos quién ruega y pide qué.

CAPÍTULO 18



Rafael

La villa se asoma a la luz de la luna, testigo silencioso de la tormenta que se avecina dentro de mí. Regresamos de la fiesta de compromiso, una fachada que se sentía demasiado real, demasiado íntima. Le hice promesas a su Madre Teresa por mi propia voluntad. No había ventaja estratégica, no había ganancia. Solo el deseo de la bendición de Isabella.

¿Por qué debería hacer tal cosa?

Cuanto más tiempo paso con Isabella, más pierdo el control. Apenas me reconozco. Estoy a punto de tomar dos decisiones. Primero, me rindo, me suelto y me ahogo en ella hasta que me libero de esta obsesión. Podría llevarme semanas o meses, pero recuperaría el control. Se había convertido en un deber, en un recipiente para mi heredero.

La opción dos es más segura. Mantengo mi distancia, evito que ella se enrede más en mi vida. Resiste el canto de su sirena.

Al pasar por la entrada principal, le echo un vistazo. Ella es la dulce diosa del pecado y la perdición, mi propia tentación única. Tengo miedo a la adicción, así que elijo la distancia.

—Buenas noches, Rafael —dice y sube las escaleras hasta su habitación—.

Me detengo en el vestíbulo. Eso era demasiado fácil. Algo anda mal. Parece distante, probablemente por lo que revelé antes. Su padre, Antonio, tenía una opción, y eligió el camino de menor resistencia al entregármela a mí. No debería haberle restregado eso en la cara. Eso fue cruel.

Tal vez eso sea una bendición. Si ella está enojada y mantiene su distancia, me ahorra la molestia. Todos mis problemas, resueltos.

—Buenas noches —la llamo, pero ya se ha perdido de vista.

En lugar de seguirla arriba, voy a mi oficina. No he tocado a Isabella desde que nos conocimos en mi escritorio en el cuartel general. Yo estaba ocupado y ella no volvió a intentar seducirme. ¿Se arrepiente? ¿Está esperando a que haga un movimiento?

No importa. Evitarlos es lo mejor. Ella tiene su vida, yo tengo la mía. Sencillo. Sencillo.

Me dejo caer en la silla y exhalo bruscamente. ¿Por qué las mujeres son tan complicadas? ¿Por qué me importa? No. Los guardo por razones egoístas y comerciales. Los sentimientos no juegan ningún papel en esto. Podría tenerlos sin sentir nada si quisiera.

La mentira arde como ácido en mi garganta.

En algún momento del camino, comencé a cuidarla. Primero su seguridad, ahora sus sentimientos, sus anhelos. La lastimé esta noche, y es importante para mí. La promesa que le hice a Teresa me persigue. ¿Qué me movió a hacer tal voto? ¿Realmente tengo la intención de darle a Isabella todo lo que quiere?

Temeroso de la respuesta, despierto mi computadora y abro mi correo electrónico. Hay un mensaje no leído que agudiza mi concentración.

Delgado, ¿has visto las noticias de ayer? Más buenas noticias hoy: En la calle se dice que su primo se está distanciando. Le siguen otros. La investigación de la CIA los destruirá. ~B.

Vi el artículo sobre la represión de la CIA contra el cartel de Castillo después de recibir una denuncia anónima. El cartel de Castillo pronto se dará cuenta de que la información filtrada se remonta a Alejandro Castillo. Si quieren bajar del barco que se hunde, será mejor que salten ahora.

El hecho de que su primo Javier Castillo ya entienda la situación es prometedor. Su tío dirige el cartel, Javier es el segundo y Alejandro el tercero. La tercera pata está a punto de ser arrancada de debajo de sus pies.

Elimino el correo electrónico y elimino todos los rastros. Cuando eso termine, no quiero tener más recuerdos de los Castillo.

Isabella permanece en su habitación durante setenta y dos horas. Trabajo hasta tarde en la ciudad

y no los veo por la mañana ni en la cena. La mesa del comedor, que alguna vez fue un lugar de soledad, ahora se siente inquietantemente solitaria. Otra señal de que se está infiltrando en mi psique.

En la tercera noche me tomo un descanso.

Por lo general, soy más fuerte. Puede que no sea paciente, pero puedo planificar meticulosamente y esperar a un rival. Pero con Isabella, todo se desmorona.

Después de otra cena solitaria, llevo un plato lleno y caliente a su habitación. Prohibir a Elena y a Mateo que repartan comidas debería obligarlos a unirse a mí. Pero nunca apareció. No dejaré que se mueran de hambre. En todo caso, la comida es una oferta de paz: palitos de pan de ajo adicionales incluidos.

Mis llamadas siguen sin respuesta. Cuando aprieto la oreja a la puerta, sólo oigo silencio, luego un aullido y un sollozo lejanos y sofocados. Lloro.

Un déja vu se estrella contra mi pecho y me hace tropezar. El miedo se me acurruca en el estómago y lucho por respirar. Los recuerdos de otra noche, de otra mujer inundan mi cabeza.

Antes de darme cuenta, abrí la puerta y entré. La habitación está vacía.

Dejo caer la placa en la siguiente superficie y busco desesperadamente. Un frío llama mi atención sobre el baño con poca luz.

La veo en el espejo con un puñado de pastillas en la mano. Se lo mete en la boca y traga agua.

Se me cae el estómago.

No.

Un sudor frío estalla cuando entro en el baño y la agarro de los brazos. Sus ojos están bordeados de rojo, su rostro pálido.

"¿Qué has hecho?", le pregunto.

Su ceño se frunce. —No sé...

"¿Qué pastillas tomaste? ¡Respóndeme!" Los dejé ir y busqué en el botiquín pastillas para dormir, analgésicos, cualquier cosa dañina. —¿Qué demonios te has llevado?

– Rafael.

Todo lo que encuentro son suplementos herbales y vitaminas. ¿Puede alguien morir por una sobredosis de vitamina C?

– Rafael. Se mete entre el armario y yo. "Mírame."

Miro hacia abajo e inspecciono sus facciones en busca de letargo.

Se acurruca contra mi mejilla. "Tomo suplementos todas las noches. Hierbas para el cabello, las uñas, la piel, el cerebro. Eso es todo".

Me congelo, sus palabras se hunden en mí. ¿Vitaminas? ¿Nocturno?

Miro las botellas. Nada dañino.

Ella no lo intentó...

El tornillo que rodea mis intestinos se afloja.

Me veo en el espejo. Unos ojos salvajes y muy abiertos le devuelven la mirada. Parezco mentalmente perturbado.

"Pensaste que iba a intentar suicidarme, ¿no? ¿Por qué? La voz de Isabella me tira hacia atrás y pongo mi frente en la suya. Nuestras respiraciones se mezclan, su aroma a miel calma mis nervios tensos. Normalmente, reprimiría estos sentimientos, descartaría la situación con un encogimiento de hombros.

Pero no ahora. A lo mejor no quiero eso.

Los brazos de Isabella se envuelven alrededor de mi cuello y me abrazan con fuerza. Abrazo su cintura y bebo el consuelo. Pasan segundos y los latidos de mi corazón se ralentizan.

Su tacto, su calidez, es un bálsamo para mi alma. Me doy este momento para dejarla entrar. Para

dejarme desmoronarme en sus brazos.

Ni lloro ni hago ruido. No sé si se da cuenta de lo vulnerable que soy antes de que me levante y me ponga la armadura.

Dejo caer los brazos y me enderezo. Ella me deja ir.

—Lo siento —murmuré—.

—¿Para qué?

Le acaricio la mejilla. "Por decirte a ti mismo que tu padre tenía otra opción y no votó por ti. Por herir tus sentimientos. ¿Es esa la razón por la que estás triste?"

Ella asiente con una expresión distante. —En parte.

Le coloco un mechón de pelo detrás de la oreja. "Un centavo por tus pensamientos, Bella. ¿Son los resultados del SAT?"

"No, eso no. Todavía no he recibido una respuesta. Lo que dijiste dolió, pero también era cierto". Sus ojos marrones se encuentran con los míos. "Me di cuenta de que tenía poca autoestima. Mi vida siempre ha girado en torno a lo que puedo dar a los demás. Sin eso, no soy nada". Sus ojos brillan con lágrimas no derramadas, y mi corazón helado se abre. Pero solo hay un vacío infinito en el interior.

Sostengo su cara entre mis manos. "Eso no es cierto. Vales mucho más".

—No, no lo estoy. Ella niega con la cabeza. "Me quieres porque necesitas una esposa. Pero podrías reemplazarme con cualquier mujer. No te importa".

La culpa y la ira chocan en mí. En teoría, tiene razón. Cualquiera que se comprometiera con Alejandro sería mía ahora, sin importar quién fuera. No me importaba. Quería robarle a su prometida.

Eso ya no es cierto.

Ahora me estoy encargando de ello.

Y no quiero una mujer. Te deseo. Admitirlo es peligroso.

—Eso no es cierto —digo con mayor convicción—. —Eres irremplazable, Isabella. Lamento haberte hecho sentir diferente". También estoy enojado con su familia por hacerla sentir inútil. "Harás grandes cosas de tu vida. Te encontrarás a ti mismo. La universidad es solo el comienzo".

Sus labios se contraen en una sonrisa triste. "¿No tienes miedo de que gaste tu dinero en la universidad y luego me vaya?"

—No. Aterrado. "Para Delgado, el divorcio no es una opción".

"Como Rafael. ¿Así que tienes la confianza suficiente para tener a una mujer que toma su vida en sus propias manos, que no está disponible para ti cuando voy a la universidad y hago grandes cosas?" Su mirada busca la mía.

"Ese soy yo. No quiero abrazarte, Bella. Quiero unirme a mí en todos los sentidos. Quiero poseerte, quiero poseerte. Quiero que cada uno de tus pensamientos esté conmigo. Pero no quiero detenerte". Mis labios tocan los suyos. "Nadie podría ocupar tu lugar".

"¿Es por eso que entraste en pánico cuando pensaste que estaba tratando de suicidarme?"

La suelto y doy un paso atrás. "No hablemos de eso".

No quiero volver a pensar en ello.

"¿Es esto lo que le pasó a tu difunta esposa?", susurra.

—Dije que no lo hicieras —gruño y me apoyo contra la pared—.

Se cruza de brazos. —Ya estoy harto de secretos y mentiras, Rafael. Si voy a pasar el resto de mi vida contigo, necesito la verdad".

Cierro los ojos y lucho por el control.

Imágenes de vidrios rotos, paredes manchadas de sangre y la forma sin vida de Lily inundan mi cabeza. No es suficiente. Nunca lo fue.

"Ella luchó contra la depresión posparto después del nacimiento de nuestro hijo. Hice todo lo que pude, pero nada ayudó. Una noche salí a tomar algo con unos amigos. Cuando regresé, ella estaba... se ha ido".

Su mano toca mi brazo y me pone en tierra.

"No fue tu culpa", susurra.

Pero eso fue todo. La defraudé. Se suponía que debía protegerla, y no lo hice. Mi corazón se endurece con determinación.

—Tienes razón —le digo y abro los ojos—. "No permitiré que algo así vuelva a suceder. Te protegeré, Isabella. Siempre".

Nuestros ojos se cierran y veo comprensión en sus ojos. Ella conoce la oscuridad que llevo dentro de mí y no tiene miedo. En cambio, se inclina más cerca de mí, sus labios tocan los míos.

—Confío en ti, Rafael —murmura—.

Algo en mí cambia, los fríos muros que rodean mi corazón se derrumban. Por primera vez, me dejé creer en la posibilidad de ser feliz con ella. De un futuro que no esté gobernado por el miedo y el control.

Tal vez, solo tal vez, pueda tenerlo todo.

CAPÍTULO 19



Isabella

Me reprocho a mí mismo por mi incapacidad para controlar mi lengua cuando estoy cerca de Rafael. ¿Por qué siempre soy tan contundente con él? Es como si mi filtro desapareciera tan pronto como está cerca. Nunca he sido tan despreocupada con mis palabras, pero su presencia saca a relucir un lado de mí que parece que no puedo controlar. Evoca emociones tan fuertes en mí: ira, confusión y un deseo desesperado de ayudarlo.

Estoy decidido a derribar los muros que ha construido a su alrededor, pero la perspectiva también me llena de inquietud. ¿Y si sufre aún más daño bajo este exterior estoico de lo que imagino? Sus emociones son como una herida supurante, y si no encuentra la redención, podría explotar algún día, destruyendo todo a su paso. Podría consumirlo por completo.

¿Quién le hizo daño tan profundamente? Se niega a hablar de su esposa, así que asumo que ella es la fuente de su dolor. Tal vez simplemente esté de luto por su pérdida. Cualquiera que sea la razón, me mantiene a distancia, y eso me frustra inmensamente.

Sé que no debo empujarlo más allá de sus límites, pero me sorprende a mí mismo haciéndolo una y otra vez. Tiene derecho a mantener su pasado en privado, pero mi preocupación por él crece con cada día que pasa. He explorado cada centímetro de esta enorme casa, y no hay ni rastro de su difunta esposa. Ni fotos, ni recuerdos, nada que pudiera dar una idea de su vida.

Me da escalofríos.

No sé nada de la mujer que una vez amó. Es como si nunca hubiera existido, su memoria se ha borrado. Tal vez Rafael la amaba tanto que no puede soportar ningún recuerdo de ella. La idea me hace sentir un cosquilleo de celos. ¿Le entregó su corazón por completo a ella y no me dejó nada?

Me retiro a mi habitación, mis sentimientos están en confusión. Sé que Rafael ha estado sufriendo y quiero desesperadamente ayudarlo a sanar. Pero me temo que lo he llevado

demasiado lejos con mis palabras francas. ¿Fui demasiado duro? ¿Mi honestidad ha cruzado una línea?

Mi intención no es herirlo, sino entenderlo. Para ayudarlo a encontrar consuelo. Y, sin embargo, parece que no hago más que agitar su ira. Sin embargo, estoy decidido a intentarlo de nuevo.

Me armo, salgo de mi habitación y me dirijo a través del pasillo hasta su puerta. Llamo suavemente, dos veces, pero no hay respuesta. Podría estar abajo, en su estudio. Dudo, luego vuelvo a llamar, esta vez con más fuerza. Cuando todavía no hay respuesta, giro la manija y encuentro la puerta abierta.

La habitación está oscura y silenciosa cuando entro en la habitación, con el corazón latiendo en mi pecho. Incluso en la oscuridad, siento cómo su presencia persiste y llena la habitación con un peso increíble.

—¿Rafael? Susurro en la oscuridad, me tiembla la voz. —¿Estás despierto?

El silencio me da la bienvenida, espeso y pesado. La oscuridad es opresiva y solo se pueden ver débilmente los contornos de los muebles. Recuerdo la posición de su cama de mi última visita y doy un paso vacilante hacia adelante.

De repente, una mano cae sobre mi boca y siento el frío metal del cañón de una pistola presionado contra mi sien. Se me hace un nudo en la garganta mientras el miedo se apodera de mí. Me quedo allí como si estuviera congelada, mi corazón latiendo salvajemente y esperando mi destino.

Después de lo que parece una eternidad, la mano se cae y la lámpara de noche ilumina la habitación. Rafael está de pie frente a mí, con los ojos ardiendo con una mezcla de ira y alivio. "¡Maldita sea! ¿Qué haces cuando te cueles en mi habitación en la oscuridad? Podría haberte matado.

Trago saliva, mi voz es poco más que un chillido. "He venido a disculparme".

Se pasa la mano por el pelo, su mirada es intensa. — No tienes nada por lo que disculparte, Isabella. Sus palabras están impregnadas de una mezcla de frustración y ternura.

Me cruzo de brazos y sostengo su mirada. "Te fuiste furioso de mi habitación antes. Supongo que dije algo para ofenderte.

Suspira y sus dedos recorren mi cabello mientras se acerca. "Tienes la costumbre de decirme cosas que no quiero escuchar. Eso no significa que no sean ciertas". Sus pulgares acarician mis sienes, su tacto es suave a pesar de sus palabras. "Lamento haber perdido los estribos".

Decido abandonar el asunto porque percibo su deseo de una tregua. Envuelvo mis brazos alrededor de su cintura y busco su calor y consuelo. En ese momento, siento que se está formando una conexión entre nosotros, un entendimiento frágil.

—Tienes razón —susurra, su aliento cálido en mi cabello—. "Es injusto por mi parte esperar que cargues con la peor parte de mi pasado. Me persigue, todos los días y todas las noches. Los intentos, las pastillas, la oscuridad infinita. Lo siento, Isabella. No te merezco". Su voz es ronca, sus palabras cargan con un peso de dolor y odio hacia sí mismo. "Eres la inocencia personificada, un soplo de aire fresco en mi mundo asfixiante. Solo te traeré ruina y dolor. Debería dejarte ir, pero no puedo. Ni ahora, ni nunca".

Me duele el corazón por él y anhelo aliviar su sufrimiento. "Gracias por compartir esto conmigo", respondo en voz baja. "Pero hay algo que te has perdido".

Me acaricia el pelo, sus labios acarician mi oreja. —¿Qué es eso?

—Quiero que me arruines, Rafael —susurro con voz firme, a pesar de la agitación que llevo dentro—.

Su mirada se encuentra con la mía, sus ojos oscuros e intensos. —No sabes lo que pides, Isabella. Es un camino sin retorno".

—Sí, sí —insisto con voz firme—. "Los quiero a todos, Rafael. La oscuridad y la luz".

Rodea mi cara con las palmas de las manos, sus pulgares acarician mis mejillas. —Suplícame —ordena en voz baja y gruñendo—. "Suplícame que te quite lo que queda de tu inocencia".

Mi respiración se acelera cuando me encuentro con su mirada, una mezcla de deseo y aprensión luchando dentro de mí. Llévame. Me acerco, mi cuerpo se aprieta contra el suyo y sus brazos me

rodean, tirando de mí con fuerza contra su duro cuerpo.

"¿Estás seguro de eso?", murmura y roza mi oreja con sus labios. "No hay vuelta atrás".

—Estoy seguro —susurro mientras mis manos se deslizan sobre su pecho, saboreando la sensación de su forma musculosa bajo las yemas de mis dedos—.

Me levanta con facilidad, me lleva a su cama y me sienta suavemente. Su mirada sostiene la mía mientras comienza a desnudarse, sus movimientos son deliberados y llenos de una pasión contenida.

—Eres exquisito —murmura, sus ojos recorren mi cuerpo con una mezcla de hambre y admiración—.

Siento una oleada de deseo mezclada con una pizca de nerviosismo. Esto es diferente de nuestros encuentros anteriores, más intensos y que lo consumen todo. Rafael me desnuda su alma y siento cuán profunda es su necesidad.

Se une a mí en la cama, su cuerpo cubriendo el mío, su boca tensando mis labios en un beso ardiente. Sus manos exploran mi cuerpo y encienden un fuego en mí que amenaza con consumirnos a los dos.

"Eres tan receptivo", gruñe, sus labios se deslizan sobre mi cuello, sus manos deambulan posesivamente. "No tienes idea de cuánto deseaba eso".

Sus palabras me hacen estremecer, arqueo la espalda y lo invito a tomar más. Se burla y bromea, su boca y sus manos no dejan ni un centímetro de mi cuerpo sin tocar. Mi respiración se acelera a medida que el deseo se acurruca dentro de mí y amenaza con deshacer mi control.

Con un gruñido, me penetra y me llena por completo. Me quedo sin aliento al sentir que mi cuerpo se estira para acomodarlo. Marca un ritmo implacable, sus embestidas son profundas y decididas. Sus manos agarran mis caderas y me guían para adaptarme a su ritmo.

"Te sientes tan bien", gruñe y cierra los ojos mientras se pierde en el momento.

Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura y respondo a sus embestidas con mi propia

necesidad urgente. La cama cruje debajo de nosotros mientras nuestros cuerpos se mueven en perfecta armonía, cada uno después de dar y recibir placer.

—Isabella —gime, con la voz ronca por el deseo—. "Me estás volviendo loco".

Sus palabras me estimulan y combino su pasión con la mía. Siento que me vuelvo hacia el borde y mi cuerpo se tensa alrededor de él. Con un último empujón me empuja al abismo, y grito mientras el placer me inunda en olas.

Rafael lo sigue de cerca, su cuerpo se tensa mientras encuentra su liberación. Se desploma encima de mí, su aliento es cálido en mi cuello, su corazón late contra mi pecho.

Estamos enredados, nuestros cuerpos están empapados en sudor, nuestras respiraciones se mezclan. Siento que me invade una sensación de satisfacción, una sensación de rectitud que no puedo negar.

Rafael se mueve, me rodea con los brazos. "¿Te hice daño?", pregunta con voz preocupada.

Niego con la cabeza, mis dedos dibujan patrones en su espalda. "No. Nunca me he sentido mejor".

Se ríe, su aliento me hace cosquillas en la piel. "Eso es lo que estás diciendo ahora".

Con un suave beso se separa de mí, me toma en sus brazos y me abraza fuerte. Apoyo mi cabeza en su pecho y escucho el latido constante de su corazón.

Después de nuestra pasión, mis pensamientos van hacia el futuro. Sé que nuestra relación es compleja, arraigada en un matrimonio arreglado y en una maraña de sentimientos. Pero en este momento me permito tener esperanza. Tal vez, solo tal vez, haya una oportunidad para que encontremos la felicidad juntos. Una oportunidad para que el amor florezca en medio de la oscuridad.

No sé si el destino tiene otros planes, y la frágil tregua que forjamos está a punto de romperse.

"¡Otra ronda de tragos!" Valentina llama, y su voz se eleva por encima del ruido del club. Mis hermanas y mi prima me habían sorprendido con una despedida de soltero, y disfrutamos de una

noche de celebración en la zona VIP.

—Este es tu límite, Valentina —advirtió Catalina, entrecerrando los ojos hacia nuestro camarero—. "Basta de esto".

Valentina hizo un puchero y sus ojos verde esmeralda brillaron con picardía. "¡Esta es la despedida de soltero de Isabella! Deberíamos vivirlo. Además, estas piezas de joyería Verdura a medida pueden permitirse unas cuantas rondas más".

Me reí y escondí una sonrisa detrás de mi Negroni. Valentina siempre había sido la salvaje, llena de vida y con ganas de traspasar fronteras. Aunque yo era bastante reservado, su espíritu aventurero era contagioso.

Cuando llegaron las bebidas, tomé un sorbo y disfruté del sabor picante. Ha pasado un tiempo desde que me di un capricho, y esta noche se sintió como una ocasión especial. Además, mi futuro con Rafael parecía estar marcado por la incertidumbre. Quería disfrutar de estos momentos de libertad y camaradería con mi familia.

Catalina se acercó a ella y su expresión se volvió seria. —Cuéntanos, Isabella. ¿Y Rafael?

Dudé, inseguro de cuánto debía revelar. —Son complejos —admití—. "Todavía estamos navegando a través de este matrimonio arreglado. Pero hay momentos en los que vislumbro algo más".

Aurora, la hermana gemela de Aurora, asintió, su cabello oscuro cayendo sobre sus hombros. "No es fácil, sobre todo con la diferencia de edad. Pero recuerda, el amor puede florecer en lugares inesperados".

Sonreí ante sus palabras, con la esperanza de que tuviera razón. "Es intenso y reservado, pero hay momentos en los que veo una vulnerabilidad en él que me toca el corazón".

—Bueno, ten cuidado —advirtió Catalina—. "Recuerda, tienes toda la vida por delante. No dejes que este matrimonio determine tu futuro".

Asentí con la cabeza, comprendiendo su preocupación. "Lo sé. Es por eso que estoy persiguiendo mi sueño de ser parte de Pepperdine. He presentado mi solicitud y estoy esperando una respuesta".

Valentina alzó su copa. "¡Brindemos por nuevos comienzos y por la búsqueda de tus sueños!" Brindamos con nuestras copas, una mezcla de emoción y preocupación se arremolinaba en mí.

A medida que avanzaba la noche, nos dirigimos a la pista de baile, nuestros cuerpos se movían en sincronía con el ritmo palpitante. Había pasado un tiempo desde que todas habíamos bailado juntas, y la alegría de estar reunidas me llenó de una sensación de libertad y hermandad.

De repente, una mano áspera me agarró por el brazo y me hizo girar. Mis ojos se abrieron de par en par cuando me encontré cara a cara con Alejandro, cuyos ojos ardían de ira. "¿Crees que puedes simplemente alejarte de mí? Nadie me rechaza, ¿me oyes? ¡Nadie!"

El miedo me recorrió mientras intentaba apartarme, pero él se aferró con más fuerza.

—Déjala ir, Alejandro —le espetó Catalina y dio un paso al frente—. "Ella ha tomado su decisión".

Alejandro sonrió con desdén, y su agarre se atensificó. "Ella no sabe lo que quiere. Pero les dejaré ver. Acuérdate de mis palabras".

Antes de que nadie pudiera reaccionar, me soltó y desapareció entre la multitud.

Conmocionado, me volví hacia mis hermanas, cuyos rostros preocupados contrastaban fuertemente con el animado ambiente que nos rodeaba.

Catalina me tomó del brazo, sus ojos se llenaron de determinación. "Vamos a sacarte de aquí. No necesitamos ese tipo de drama esta noche".

Asentí con la cabeza, con el corazón aún latiendo con fuerza. Mientras nos abríamos paso entre la multitud, sentí que una premonición se apoderaba de mí. Las palabras de Alejandro resonaron en mi cabeza y me provocaron un escalofrío.

Poco sabía que esto era solo el comienzo de una ráfaga de eventos que me pondrían a prueba de maneras que nunca podría haber imaginado.

Los días previos a la boda fueron un lío de preparativos y detalles de última hora. Encontré

consuelo en el caos y traté de ignorar la tensión subyacente que parecía impregnarlo todo.

Rafael y yo habíamos llegado a un acuerdo tácito, una especie de tregua temporal. Nos movíamos en nuestras propias órbitas, nuestras interacciones eran educadas pero cautelosas. Sentí su lucha, la batalla interior que estaba librando contra sus demonios. Y anhelaba ser yo quien lo ayudara a encontrar la paz.

La noche antes de la boda, no pude dormir. Me deslicé fuera de la cama, atraído por el único lugar que ofrecía consuelo: la gran biblioteca de la mansión.

Cuando entré, el aroma familiar del cuero y los libros viejos me envolvió y me dio una sensación de seguridad. La habitación estaba bañada por una luz suave gracias a las lámparas de pie, que irradiaban una atmósfera cálida.

Me dirigí a la chimenea, con los ojos atraídos por las llamas parpadeantes. Allí me había enfrentado a Rafael por primera vez y le exigí respuestas sobre nuestro matrimonio concertado. Ahora buscaba consuelo en la incertidumbre que se avecinaba ante mí.

—¿Tú tampoco puedes dormir?

Me di la vuelta y vi a Elena, la ama de llaves de la propiedad desde hace mucho tiempo, parada en la puerta. Había una mezcla de calidez y comprensión en sus ojos.

"Probablemente sea el nerviosismo de la boda", le respondí y le dediqué una pequeña sonrisa.

Entró en la habitación con un pañuelo sobre los hombros. —Es natural, querida. Pero recuerda, este es tu día. Abrázalo con el corazón abierto".

Asentí con la cabeza y mi mirada volvió a las llamas danzantes. "Lo estoy intentando. Pero es difícil no sentirse abrumado".

Cruzó la habitación, sus pasos elegantes a pesar de su edad. "Ven, siéntate conmigo".

Nos acomodamos en dos sillones orejeros, el fuego crepitante arrojaba sombras danzantes en las paredes.

"Sabes, el día de tu boda no se trata solo de la ceremonia y la celebración", comenzó con una voz suave y tranquilizadora. "Se trata de la unión de dos almas y el viaje que emprenderán juntas".

Escuché atentamente y sentí la sabiduría en sus palabras.

"Su matrimonio con Rafael es más que la unión de dos personas", continuó. "Es la unión de dos familias, un legado que marcará el futuro". Hizo una pausa y sus ojos sostuvieron los míos.

"También es una oportunidad para la sanación y la redención".

Fruncí el ceño, fascinado por sus palabras. —¿Salvación?

La mirada de Elena se volvió hacia adentro, como si estuviera evocando recuerdos lejanos. "Esta familia ha pasado por su cuota de pruebas y tragedias. Los Delgado echan la vista atrás a una larga historia marcada por triunfos y derrotas. Su matrimonio con Rafael es un nuevo comienzo, una oportunidad para ir por un camino diferente".

Me incliné hacia adelante y me sumergí en su historia. —¿Qué pérdidas?

Suspiró y sus ojos se nublaron con una mezcla de tristeza y arrepentimiento. "Hubo un tiempo en que los Delgado estaban al borde de la ruina. Los problemas financieros, los escándalos y la angustia personal la atormentaron. Fue una época oscura y ha dejado su huella en esta familia".

Me eché hacia atrás y asimilé sus palabras. —¿Qué pasó?

La mirada de Elena se desvió hacia la chimenea como si buscara fuerza en las llamas danzantes. "Hubo un tiempo en que el padre de Rafael, Antonio, estaba involucrado en un escándalo relacionado con negocios ilegales. Amenazaba con derribar a toda la familia. Fue la rapidez de pensamiento y la mentalidad estratégica de Rafael lo que los salvó del desastre".

Me senté frente a mí, fascinado por esta mirada al pasado de Rafael. —¿Qué hizo?

Los ojos de Elena brillaban con una mezcla de admiración y orgullo. "Orquestó la fusión con una familia poderosa, consolidando su posición y restaurando su reputación. Fue un paso arriesgado, pero valió la pena. Los Delgado recuperaron su prestigio y Rafael demostró ser un digno sucesor".

Pensé en sus palabras, un nuevo aprecio por Rafael que se formó en mi corazón. —Es un superviviente —murmuré—.

Elena sonrió con ojos cálidos. "Sí, lo es. Y ahora te tiene a su lado. Juntos, ambos pueden forjar un nuevo futuro que deje atrás las sombras del pasado".

Sus palabras resonaron en mí y me ofrecieron un rayo de esperanza. Tal vez Rafael y yo podamos navegar nuestro camino a través de este laberinto de expectativas y emociones. Tal vez juntos podamos encontrar un camino hacia la sanación y la salvación.

El reloj dio las doce de la noche y sus campanadas rompieron el hechizo del momento.

Elena se levantó con gráciles movimientos. —Se está haciendo tarde, querida. Deberías descansar un poco. Mañana es tu gran día".

Asentí con la cabeza y sentí que una sensación de paz me invadía. "Gracias, Elena. Para todo".

Me dedicó una cálida sonrisa y salió de la habitación, dejándome solo con mis pensamientos.

CAPÍTULO 20



Rafael

La jarra de whisky brillaba a la suave luz de la sala VIP, y su líquido dorado reflejaba la opulencia de nuestro entorno. Damien Beaumont, mi compañero de toda la vida, volvió a llenar nuestros vasos y buscó con sus ojos en el club nocturno que había debajo.

—La última pieza de tu plan ha caído en su lugar —dijo con voz satisfecha—. "Alejandro Castillo está siendo investigado por la CIA, y los rumores dicen que es un informante del cartel. Su mundo se derrumba a su alrededor".

Asentí con la cabeza, con los ojos fijos en la concurrida pista de baile. "Es solo cuestión de tiempo antes de que esté tras las rejas o silenciado por los suyos". Bebí un sorbo del whisky, cuya calidez se extendió a través de mí. —¿Cómo están nuestro novio y su prometida?

Los labios de Damien se torcieron en una sonrisa. "Sabes, es fascinante verte, Rafael. Llevas el corazón en la manga, te des cuenta o no".

Levanté una ceja y mi atención se distrajo momentáneamente por la multitud. – No tengo ni idea de lo que estás hablando.

Lo rechazó con un gesto, lo que negué. "Pensabas que la ibas a usar como un peón, pero ahora estás enamorado. No puedes quitarle los ojos de encima a Isabella Profaci.

Me quedé boquiabierta ante sus palabras y una ola de protección se elevó en mí. —Cuida tu lengua, Damien. No sabes nada sobre el amor".

Sus ojos se entrecerraron, una chispa de ira brilló en sus profundidades. "Gracias a Dios por eso. Después de presenciarte caer en la locura con Amelia, prefiero apuñalarme a mí mismo que caer en esta trampa en particular".

La mención de mi primera esposa me hizo estremecer, los recuerdos eran amargos e inquietantes.

—No digas su nombre —gruñí en voz baja y amenazadora—.

Damien suspiró y su mirada se volvió hacia adentro por un momento. "Muy bien. Pero no puedes negar lo que está pasando, Rafael. Tus sentimientos por Isabella influyen en tu juicio.

Gruñí y mis ojos escudriñaron a la multitud. —¿Qué ves?

Su mirada siguió a la mía y su expresión se volvió pensativa. "Valentina Profaci, la hermana menor, es un verdadero petardo. Y allí se encuentra Diego Castillo, primo de Alejandro. No es el único".

Mi mirada vagó hasta la posición indicada y mis ojos se entrecerraron al ver a Diego. La ira hervía dentro de mí cuando reconocí al hombre sentado frente a él: Alejandro Castillo, el hermano menor de Alejandro.

—¿Qué demonios está haciendo aquí? —murmuré mientras mis dedos se apretaban alrededor del cristal. "Eso no puede ser una coincidencia".

Los ojos de Damien brillaban con anticipación. "Parece que Alejandro tiene su propio plan, y concierne a Isabella".

La sangre me corría por las venas cuando mencionaba el nombre de Isabella. Me levanté de mi asiento, sin quitar los ojos de Alejandro, mientras se levantaba y se abría paso entre la multitud hasta la salida de emergencia. "Tenemos que llegar allí. Ahora".

Sin decir una palabra más, me dirigí hacia la salida, con el corazón latiendo con fuerza en el pecho. Damien me pisaba los talones, con los ojos atentos a posibles amenazas.

Cuando llegamos a la planta baja, vi a Isabella bailando con sus hermanas y su prima, su risa resonando en el aire. Pero me llamó la atención una figura alta e imponente que tenía las manos sobre Isabella y la arrastraba hacia la salida.

La rabia me consumió cuando reconocí a Alejandro. Me abrí paso entre la multitud, con los ojos fijos en el hombre que se atrevió a tomar a mi prometida en la mano. Isabella se resistió a su agarre y sus ojos se abrieron de miedo cuando me vio.

—¡Rafael! Su grito me desgarró el corazón y alimentó la ira que ardía dentro de mí.

Empujé a la gente a un lado, con la mirada fija en Alejandro mientras arrastraba a Isabella hasta una camioneta que esperaba. Sus hermanas y su prima intentaron seguirla, pero fueron detenidas por los secuaces de Alejandro.

Con un rugido furioso, me abalancé sobre Alejandro, mi puño tocó su mandíbula. Tropezó hacia atrás y soltó a Isabella, que inmediatamente corrió a mi lado. La acerqué a mí y la protegí con mi cuerpo mientras miraba a Alejandro.

"¿Te atreves a tocar algo que me pertenece?" Gruñí y mis ojos ardían de odio. "Tú expiarás esta transgresión".

Alejandro se enderezó, con el rostro contorsionado por la ira. —Todavía no ha terminado, Rafael. Isabella será mía, cueste lo que cueste".

Di un paso amenazador hacia adelante, con las manos cerradas en puños. "Pruébalo y te arrepentirás del día en que naciste. Te destruiré".

Alejandro escupió a mis pies, con los ojos llenos de odio. "Puede que hayan ganado esta batalla, pero la guerra está lejos de terminar. Acuérdate de mis palabras". Se subió a la camioneta, las llantas chirriaban mientras el vehículo se alejaba a toda velocidad.

Me volví hacia Isabella y la rodeé con mis brazos. "¿Estás herido? ¿Te ha hecho algo?

Ella negó con la cabeza y sus ojos se llenaron de una mezcla de miedo y determinación. "Estoy bien, pero estoy agitado. ¿Cómo pasó mi control de seguridad? Pensé que debían protegerme".

La culpa se retorció en mi estómago cuando me di cuenta de que mis propios hombres la habían decepcionado. —Yo me encargaré de ella —prometí con voz sombría—. "Ahora te llevaremos a casa. Estás a salvo conmigo.

Las hermanas de Isabella y su prima se apresuraron a acercarse, con los ojos muy abiertos por la preocupación. Valentina, la menor, abrazó fuertemente a Isabella y sus ojos se movían nerviosamente de un lado a otro.

Me volví hacia Catalina, la hermana mayor. "Nos llevamos a Isabella a casa. Rodearemos el costado del edificio para evitar el caos en el interior".

Catalina asintió, y sus ojos reflejaron la inquietud que había en su interior. "Ten cuidado. Lo seguiremos en breve".

Aleje a Isabella del club, con mi brazo alrededor de su cintura. Damien se acercó a nosotros al unísono mientras sus ojos escudriñaban nuestro entorno en busca de posibles amenazas.

Al doblar la esquina del edificio, una figura imponente emergió de las sombras. Kieran "The Brute" McGregor, el esposo de Catalina, estaba parado frente a nosotros, su enorme cuerpo llenando el callejón.

—Catalina —refunfuñó, mirando a su mujer—.

Catalina corrió a su lado, y su miedo se convirtió en alivio al ver a su marido. "Kieran, ¿qué estás haciendo aquí?"

La atrajo hacia sí, y su mirada posesiva no abandonó su rostro. "No podía dejarte ir sin vigilancia. Tú lo sabes.

Catalina asintió, y sus ojos se suavizaron al adoptar su postura protectora. "Gracias."

Mientras se abrazaban, Damien y yo intercambiamos una mirada, ambos conscientes de la compleja dinámica en juego.

Isabella se soltó de mi agarre y se acercó a sus hermanas y a su prima. Se acurrucaron juntos, abrazados el uno al otro, y sus ojos reflejaban la confusión de los acontecimientos de la noche.

Me aclaré la garganta y atraí su atención. "Le pediré a mi chofer que los lleve a todos a casa. Hablaremos más mañana".

Isabella dio un paso adelante y sus ojos buscaron los míos. —¿Qué te pasa, Rafael? ¿Por qué Alejandro me quiere de vuelta? ¿Es por su orgullo?

Mi corazón se retorció ante el miedo y la confusión en sus ojos. —No es tan sencillo —admití con voz ronca—. "Alejandro tiene su propia agenda, y a ti te preocupa".

Sus ojos se abrieron de par en par, su respiración se aceleró. —¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué quiere de mí?

Tomé sus manos entre las mías y acaricié su delicada piel con el pulgar. "Te prometo que estarás a salvo conmigo. Nuestra boda es en dos días, y después de eso Alejandro no se atreverá a acercarse a ti de nuevo. Me aseguraré de ello".

Sus ojos buscaron los míos, su expresión llena de una mezcla de confianza e incertidumbre. "Te creo, pero todavía no lo entiendo. ¿Por qué Alejandro está tan obsesionado conmigo?

Dudé porque sabía que revelar la verdad solo le causaría más dolor. —Es complicado, Isabella. Alejandro y yo tenemos una historia, y él me culpa por el declive de su familia. Te ve como una forma de vengarse de mí".

Ella frunció el ceño y frunció el ceño. "¿Pero por qué a mí? ¿Por qué no ir directamente hacia ti?"

Suspiré porque sabía que le debía la verdad. —Porque sabe que me dolería profundamente llevarte. Es un retorcido juego de venganza".

Los ojos de Isabella se abrieron de par en par, su respiración se atascó en su garganta. "Entonces, ¿todo es por ti? ¿A causa de tus actos pasados?

Asentí con la cabeza, mi mirada no se apartó de la suya. —Me temo que sí. Alejandro es un hombre peligroso y no parará hasta conseguir lo que quiere".

Se mordió el labio y sus ojos reflejaron la inquietud que había en su interior. —¿Qué vamos a hacer?

Apreté sus manos con voz firme. "Nos vamos a casar, como estaba planeado, y luego nos ocuparemos de Alejandro. Junto. No dejaré que te haga daño, Isabella. Es una promesa".

Sus ojos buscaron los míos, y su expresión se suavizó al ver la determinación en mis ojos. "Confío en ti, Rafael. Pero, ¿qué pasa con tus hombres? ¿Cómo los superó?

La culpa se retorció en mi estómago cuando me di cuenta de que mis propios hombres la habían decepcionado. —Yo me encargaré de ello —prometí con voz sombría—. "Ahora te llevaremos a

casa.



CAPÍTULO 21

Isabella

Lo que se suponía que iba a ser una gran boda por la iglesia se había convertido en un asunto íntimo en la opulenta suite. El lugar de bodas más deseable de la ciudad, que se había reservado con años de anticipación, ahora albergaba mi boda. No pude evitar maravillarme con la influencia de Rafael mientras estaba de pie en la lujosa suite, rodeado de ajeteo y bullicio.

Los peluqueros y maquilladores me cuidaron a mí y a mis damas de honor: mi prima Elena, que había venido de Italia, junto con Aurora y Catalina, mis hermanas. Habíamos pasado la mañana siendo mimados y preparándonos para esta ocasión trascendental.

Mi mente vagó hacia la horrible despedida de soltero de hace unos días. La intrusión de Alejandro Castillo todavía me perseguía, su charla loca resonaba en mi cabeza. ¿Qué habría hecho si Rafael no hubiera intervenido? El recuerdo me provocó un escalofrío.

Cuando me puse el vestido de seda italiana hecho a medida, me sentí como de la realeza. La delicada tela abrazaba mis curvas, los intrincados bordados plateados brillaban con la suave luz. El velo, que estaba unido a una diadema con incrustaciones de diamantes, completaba el conjunto. Yo era una visión, y sabía que Rafael quedaría fascinado cuando me viera.

—Eres impresionante, Isabella —dijo mi madre, con los ojos brillando por las lágrimas no derramadas—. "Hoy no es lo que habíamos planeado originalmente, pero espero que sea el comienzo de algo hermoso".

Le dediqué una sonrisa tranquilizadora. "Eso es todo, mamá. Rafael y yo tenemos algo especial, incluso si comenzó como un matrimonio arreglado. Puedo sentirlo en mi corazón".

Me apretó suavemente los hombros. "Tu padre y yo también tuvimos un matrimonio arreglado. Al principio no fue fácil, pero aprendimos a amarnos profundamente. Espero lo mismo para ti y para Rafael".

—Yo también, mamá. Me volví hacia el espejo de cuerpo entero y mis ojos se posaron en los exquisitos detalles de mi vestido. "Hoy me siento como una princesa".

—Eres nuestra princesa —dijo en voz baja, con los ojos brillando de orgullo y amor—.

La voz de la organizadora de bodas rompió la calma momentánea. "Es hora, señoras. Por favor, tomen sus asientos para la procesión".

Mi madre me dedicó una sonrisa alentadora por última vez antes de unirme a los demás invitados. Tomé mi lugar en la fila detrás de mis hermanas y mi prima, con el corazón palpitando de anticipación.

Cuando comenzó la música, mi padre apareció a mi lado, con sus ojos cálidos de afecto. Me ofreció su brazo, y juntos bajamos por el pasillo hasta llegar a Rafael. Mi mirada se cerró con la suya y el resto del mundo desapareció.

Rafael se mantenía erguido y orgulloso con su esmoquin hecho a medida, sus ojos amarillos avellana ardían de intensidad. En ese momento, vi al hombre que había conocido: complejo, apasionado e implacablemente protector.

La ceremonia, los votos y el intercambio de anillos pasaron volando. Antes de darme cuenta, Rafael y yo sellamos nuestra unión con un beso apasionado, con los aplausos y vítores de nuestros invitados resonando en nuestros oídos.

La recepción que siguió fue una niebla de felicitaciones y felicitaciones. La conversación y las risas reinaban en el salón de baile, y el elegante ambiente contrastaba con las tensiones subyacentes que yacían latentes bajo la superficie.

Finalmente, Rafael y yo encontramos un momento para escabullirnos para nuestro primer baile como marido y mujer. Cuando me tomó en sus brazos, el mundo se derritió a nuestro alrededor. La música, las luces, los invitados, todo se desvanecía en el fondo mientras nos movíamos en perfecta armonía.

—Eres feliz —murmuró, mientras sus ojos buscaban los míos—.

"¿Por qué no debería ser yo? Me siento como si estuviera viviendo en un cuento de hadas". Le sonreí, mi corazón estaba lleno.

Me abrazó más fuerte, sus ojos se oscurecieron por la emoción. "A partir de este día, eres mi esposa, y te daré todo lo que tu corazón desea. Si quieres pasarnos la vida bailando en salones de baile, rodeados de lujo, entonces este es el tuyo. Maldita sea, te compraré este lugar si quieres".

Se me revolcó el estómago ante sus palabras, su devoción me abrumó. —Gracias —susurré con voz emocionada—. "Pero no necesito nada de eso. Solo te necesito".

Puso una mano suave en mi mejilla y se secó una lágrima perdida con el pulgar. "Me tienes, ahora y siempre".

Nuestros labios se encontraron en un beso resplandeciente, nuestra pasión se encendió como una llama. El mundo que nos rodeaba dejó de existir cuando nos rendimos al momento.

La orquesta entonó una nueva pieza que marcó el final de nuestro baile. Cuando nos separamos, noté una conmoción cerca de la entrada. Los vidrios se rompieron en el piso de mármol y la habitación se quedó en silencio cuando los guardias de seguridad obligaron a un hombre a intentar acceder.

Alejandro Castillo.

Sus ojos se encontraron con los míos y exclamó: —¡Te has casado con el mismísimo diablo, Isabella! ¡Es el diablo disfrazado!"

Sus palabras flotaban en el aire y provocaron un escalofrío en la habitación. Los guardias lo escoltaron, pero el daño ya estaba hecho. Susurros ahogados se extendieron entre los invitados, una nube de incertidumbre se cernía sobre el salón de baile.

La mirada de Rafael se oscureció, su mandíbula se apretó. —Es hora de que nos vayamos —dijo en voz baja y autoritaria—. "El avión está esperando".

—¿El jet? ¿A dónde vamos?", pregunté, con el corazón latiendo con fuerza en el pecho.

Tomó mi mano entre las suyas y sus ojos ardían con determinación. "Versalles. Reservé la suite

de luna de miel en el Airlles Château de Versailles, y luego me voy a París por tres semanas".

"Espera, ¿vamos a Francia? ¿Ahora? Mis ojos se abrieron de par en par ante la espontaneidad de su plan.

Me sonrió torcidamente y sus ojos brillaban con picardía. —Sí, a menos que haya otro Versailles y otro París, de los que no sé nada.

"Oh, Dios mío, Rafael", respiré y mi corazón se aceleró. "Eso es demasiado".

Me agarró la cara con las manos, sus pulgares acariciaron mis mejillas. "Nada es demasiado para ti, querida. Y ahora déjame arrancarte de tus pies".

Y lo hizo, en el sentido más estricto de la palabra. Me tomó en sus brazos y me sacó del salón de baile como a una novia, acompañado de un coro de vítores y felicitaciones.

Después de un vuelo en jet privado a París y un vuelo en helicóptero a Versailles, llegamos a la suite de luna de miel en las primeras horas de la mañana. Me puse un camisón de seda, mi corazón palpitaba de anticipación. Encontré a Rafael en la sala, con su intensa mirada fija en mí.

Le tendió una tarjeta negra. "Tengo algo para ti".

Me acerqué a él, se despertó mi curiosidad. —¿Qué es eso?

"Es una tarjeta negra emitida a tu nombre. Puedes comprar lo que quieras, en cualquier parte del mundo". Sus ojos sostenían los míos, una mezcla de desafío y afecto.

Tímidamente, alcancé el mapa y mis dedos rozaron los suyos. "¿Es eso lo que pienso? No sabía que existía tal cosa".

—Lo hacen, y esto es todo tuyo, esposa mía. Su voz se suavizó al pronunciar las dos últimas palabras, y sus ojos se llenaron de ternura.

La calidez fluyó a través de mí cuando reconoció nuestra conexión. —Gracias —susurré con el corazón acelerado—. "Pero, ¿qué pasa con un acuerdo prenupcial? Nunca firmamos uno".

Sacudió la cabeza, sus ojos sostuvieron los míos. "¿Por qué deberíamos hacerlo? Todo lo que tengo es tuyo, Isabella. No hay razón para un pedazo de papel entre nosotros".

Me subí a su regazo y envolví mis brazos alrededor de su cuello. "Pero usted dijo que el matrimonio es un acuerdo comercial, un contrato. ¿Por qué el cambio de opinión?"

Suspiró y puso sus manos en mis caderas. —A lo mejor me equivoqué, Isabella. Tal vez el amor lo cambie todo".

Mi corazón dio un vuelco ante sus palabras. —¿Amor?

Apartó la mirada y me acarició la mejilla con el pulgar. "No te merezco, pero no puedo negar lo que hay en mi corazón. Te amo, Isabella Profaci, mi esposa".

Me quedé sin aliento ante su confesión. —Yo también te quiero, Rafael Delgado, mi marido.

Me atrajo hacia él, sus labios reclamaron los míos en un beso ardiente. Nuestra pasión se encendió, nuestros cuerpos se movieron en perfecta sincronización. La tensión del día se desvaneció a medida que nos rendimos al momento, nuestros deseos nos consumieron.

Rafael me llevó al dormitorio, con los ojos oscuros de deseo. Me acostó en la cama, su mirada me devoraba. —Eres mía, Isabella. Solo la mía".

Sus labios se deslizaron por mi cuello, sus manos exploraron mi cuerpo con una mezcla de ternura y obsesión. Arqueé la espalda y mi respiración se aceleró cuando su toque encendió un fuego en mí.

Se dio un festín con mi cuerpo, su lengua y sus dedos avivaron las llamas del deseo. Mis gemidos llenaron la habitación mientras me empujaba al borde del placer, y su hábil tacto me volvió loca.

Con un gruñido me penetró, sus embestidas eran poderosas e implacables. Nuestros cuerpos se movían en perfecta armonía, nuestra pasión nos consumía. Llamé su nombre mientras llegaba al clímax, y mi cuerpo tembló con la fuerza de mi liberación.

Rafael lo siguió poco después, su cuerpo se tensó mientras me llenaba con su semen. Se dejó

caer en la cama a mi lado, con la respiración entrecortada.

Me acurruqué en sus brazos, mis dedos trazando patrones en su pecho. —Te quiero —susurré, con los ojos llenos de admiración—.

Enterró su rostro en mi cabello, con la voz ronca de emoción. —No merezco tu amor, Isabella. Pero voy a pasar el resto de mi vida tratando de ser el hombre que te mereces".

Un golpe en la puerta interrumpió nuestro momento y Rafael suspiró. "Esta será nuestra cena. Lo tenía arreglado para nosotros aquí en la suite".

Me senté, mis ojos brillaban de emoción. "¿Cenar en la cama? ¡Qué decadente!".

Él sonrió y sus ojos reflejaron la fatalidad en los míos. "Bueno, estamos de luna de miel".

Cuando nos fuimos a la cama con nuestra cena, los acontecimientos del día me alcanzaron y bostecé.

Rafael notó mi cansancio y sonrió. —Estás agotada, querida. Descansemos un poco. Mañana hay todo París por explorar".

Me acurruqué en sus brazos, con los ojos ya cerrados. "Mmm, suena perfecto".

Mientras me quedaba dormido, sentí que una sensación de paz me inundaba. A pesar de los desafíos y las incertidumbres, sabía que con Rafael a mi lado, podíamos manejar cualquier cosa. Juntos dominaríamos los giros y vueltas de nuestra nueva vida y tal vez, solo tal vez, encontraríamos nuestro final feliz.

A la mañana siguiente, me desperté con el sonido de la lluvia golpeando las ventanas. Me estiré, mi cuerpo todavía agradablemente dolorido por las actividades de la noche anterior.

Rafael se movió a mi lado, con los ojos pesados por el sueño. —Buenos días, querida.

Sonreí y mi corazón se calentó cuando lo vi. "Buenos días. ¿Cómo te sientes?

Gruñó y se frotó la mandíbula con la mano. "Como si me hubiera atropellado un camión. Pero

valió la pena".

Me reí y tracé patrones en su pecho con mis dedos. "Estoy de acuerdo con eso. Anoche fue... Un golpe en la puerta interrumpió mis palabras y Rafael suspiró. "Este será el desayuno. Pensé que podríamos pasar una mañana tranquila antes de comenzar nuestro recorrido por Versalles".

"Suenan maravilloso". Me senté, con el camisón de seda a mi alrededor. "Simplemente me estoy deslizando hacia algo más cómodo".

Los ojos de Rafael se oscurecieron al mirar mis piernas desnudas y el bulto de mis pechos. "No sé si puedo manejar 'cómodo' en este momento, Isabella. Eres jodidamente hermosa".

Me reí y mis mejillas brillaron ante su cumplido. "Dame unos minutos y estoy listo".

Al entrar al baño, noté un ramo de rosas rojas en el mostrador, su color brillante contrastaba fuertemente con el mármol blanco. Junto a ellos había una nota dirigida a mí.

Curioso, tomé la nota y leí:

Mi queridísima Isabella,

Espero que estas rosas iluminen tu mañana tanto como tu sonrisa ilumina mi vida. Hoy quiero que explores Versalles y te imagines siendo la reina de este castillo. Porque a mis ojos eres un rey.

Todo lo mejor,

Rafael

Mi corazón se hinchó ante este gesto pensativo, y llevé las rosas a mi nariz e inhalé su dulce fragancia.

Después de una breve ducha, elegí un vestido sencillo pero elegante, con el pelo cayendo en ondas sueltas alrededor de los hombros. Me reuní con Rafael en la sala de estar, donde se paró junto a la ventana y miró hacia los jardines empapados por la lluvia.

Se volvió cuando entré, y sus ojos se iluminaron al verme. "Te ves impresionante, como siempre".

Sonreí y mi corazón palpitó ante su cumplido. "Gracias. Tú mismo no te ves tan mal".

Él sonrió y sus ojos brillaron con picardía. "Disfrutemos de nuestro desayuno y luego podemos comenzar nuestro recorrido. Quiero mostrarte cada centímetro de este palacio".

Cuando nos fuimos a la cama con nuestro desayuno, siguió lloviendo y creó un ambiente acogedor. Hablamos de nuestros planes para el día, nuestras voces se mezclaban con el suave golpeteo de las gotas de lluvia.

—Quiero mostrarte el Salón de los Espejos —dijo Rafael, con los ojos brillando de emoción—. "Es una de las habitaciones más famosas del palacio y no puedo esperar a ver tu reacción".

Sonreí y mi corazón se calentó con su entusiasmo. "No puedo esperar. Siempre he soñado con visitar Versalles, y ahora puedo explorarlo contigo".

Tomó mi mano entre las suyas y me acarició suavemente los nudillos con el pulgar. —Es nuestra luna de miel, Isabella. Quiero crear recuerdos que duren toda la vida".

Le estreché la mano y mis ojos brillaron de felicidad. "Sé que hemos tenido nuestros desafíos, pero creo que podemos construir algo hermoso juntos".

Me atrajo hacia él, rodeándome con sus brazos. —Lo haremos, querida. Crearemos un futuro que nos pertenezca, libre del pasado".

Cuando terminamos de desayunar, la lluvia amainó y el sol comenzó a asomarse a través de las nubes. Cogidos de la mano nos adentramos en los jardines, con nuestros pasos crujiendo sobre los caminos de grava.

Rafael me llevó a través de los exuberantes jardines, señaló los intrincados detalles de la arquitectura del palacio y me contó historias sobre su historia. Me sentí como una reina mientras paseábamos por los jardines, el sol calentaba nuestros rostros.

"Es hora de la gran final", dijo Rafael con los ojos brillando de anticipación. "El Salón de los Espejos te está esperando".

Respiré hondo, mi corazón palpitaba de emoción. "No puedo esperar".

Me ofreció su brazo, y juntos entramos en el palacio, nuestros pasos resonando en el suelo de mármol. A medida que nos acercábamos al Salón de los Espejos, se me atascó el aliento en la garganta.

La habitación era una obra maestra, con candelabros brillantes y espejos del suelo al techo que reflejaban la opulencia del palacio. Me sentí como una princesa mientras caminábamos por la gran sala, y mis ojos captaron los intrincados detalles.

—Es impresionante —susurré, apretando mi mano alrededor del brazo de Rafael—.

Sonrió y sus ojos se llenaron de orgullo. "Sabía que te encantaría. Este palacio tiene una rica historia y quería compartirla con ustedes".

Me volví hacia él y mis ojos se iluminaron de gratitud. "Gracias, Rafael. Esta luna de miel es un sueño hecho realidad".

Me atrajo hacia él, rodeándome con sus brazos. "Es solo el comienzo, querida. Tenemos París por explorar y toda una vida de aventuras por delante".

CAPÍTULO 22



Rafael

"¿Dónde está todo el mundo?" —preguntó Isabella, escudriñando con los ojos las galerías vacías. "Parece cerrado".

Sonreí, mi mirada estaba llena de afecto. "Están en otro lugar. Me aseguré de que tuviéramos el Louvre para nosotros solos por un día".

Sus ojos se abrieron, su mano voló a su boca. "¿Reservaste todo el museo? ¿Cómo es eso posible?"

Mi sonrisa se volvió diabólica. "Si eres Rafael Delgado, todo es posible".

Ella chilló de placer y sus ojos brillaron de emoción. "Tú, hombre, eres el hombre más maravilloso del mundo".

Mi pecho se contrajo ante su alabanza, mi corazón se hinchó de amor por ella. "Vamos, conozcamos a nuestro guía turístico".

La conduje a través de la entrada, con mi brazo alrededor de su cintura. "Hola, Sr. y Sra. Delgado. Mi nombre es Elise, y hoy seré tu guía. La mujer que se acercó a nosotros hablaba con acento francés y su cabello oscuro recogido en una cola de caballo recta. —Sígueme, por favor.

Pasamos las siguientes tres horas en la tranquila tranquilidad del museo. Cuando Elise reconoció el profundo interés de Isabella por la historia del arte, se animó más y entabló conversaciones con ella sobre el arte, la historia y la política. Seguí adelante, contento de escuchar y ver a las dos mujeres conectarse a través de su pasión compartida.

A medida que nos acercábamos a una pintura en particular, me detuve y mi mirada fue atraída por la belleza melancólica frente a mí. La *Mélancolie*, una mujer solitaria perdida en su dolor, parecía acercarse a mí, y sus ojos reflejaban el dolor que había enterrado durante tanto tiempo.

Isabella se dio cuenta de mi vacilación y se unió a mí, deslizándose su brazo alrededor de mi cintura. —¿Qué te pasa, Rafael?

La miré, con la garganta apretada por la emoción. "Esta pintura... A mí me atrae".

Miró la obra de arte y sus ojos se suavizaron con comprensión. "Es La Mélancolie. La expresión de la mujer es inquietante, ¿no?"

Asentí con la cabeza, con los ojos fijos en la pintura. "Está atrapada en su propio mundo de dolor y no puede escapar".

La mano de Isabella me agarró el brazo. "Es una pieza poderosa. A veces el arte puede evocar emociones que no sabíamos que teníamos".

Aparté mi mirada del cuadro, mis ojos buscaron los suyos. "No es solo la pintura. Soy yo. Así es como me siento por dentro".

Sus ojos se abrieron de par en par, su expresión se llenó de lástima. "Estás atrapado en tu propia oscuridad y no puedes escapar".

Asentí con la cabeza y se me apretó la garganta con lágrimas no derramadas. —Nunca se lo he dicho a nadie, Isabella. Lo he mantenido enterrado durante tanto tiempo".

Me atrajo hacia sus brazos, su abrazo me ofrecía consuelo. Estoy aquí y no me voy a ir a ninguna parte".

Se me rompieron las paredes, se rompió el dique que contenía mis sentimientos. Enterré mi rostro en su cabello, mi cuerpo temblando por la fuerza de mi liberación. —Lo siento —me ahogué—. "Nunca tuve la intención de lastimarte".

Me abrazó más fuerte y su mano me acarició la espalda. "Psst, está bien. Estás a salvo conmigo.

Cuando mis lágrimas se secaron, me retiré y mis ojos buscaron los suyos. "Gracias por estar aquí, por su comprensión".

Me agarró la cara con las manos, sus ojos brillaban de amor. "Estoy aquí porque quiero estar. Porque te quiero, Rafael Delgado, y eso no va a cambiar nada".

Mi corazón se hinchó de amor por ella, mis paredes continuaron derrumbándose. —Yo también te quiero, Isabella Profaci, más de lo que merezco.

Elise se aclaró la garganta, con la mirada desviada, como si quisiera darnos privacidad. — ¿Continuamos la gira?

Asentí con la cabeza y mi mano agarró la mano de Isabella. "Sí, sigamos adelante".

A medida que continuábamos nuestro recorrido, mi corazón se sentía más ligero, como si me hubieran quitado un peso de encima. El Louvre, con sus galerías silenciosas y su ambiente tranquilo, se había convertido en un lugar sagrado para mí para lidiar con mis traumas pasados y anhelos ocultos.

Elise había sido la guía perfecta con su conocimiento y pasión y permitió una conexión más profunda entre Isabella y yo. Su presencia había desafiado mi percepción de las mujeres y me había demostrado que la vulnerabilidad puede ser una fortaleza más que una debilidad.

A medida que nos acercábamos a la última galería, sentí que me invadía una sensación de paz. El Louvre se había convertido en un templo de la revelación, un lugar donde me había enfrentado a mis demonios y había encontrado consuelo en el amor de Isabella.

Tomé su mano entre las mías y mi pulgar rozó suavemente sus nudillos. "Gracias por hoy, querida. Significó más para mí de lo que crees".

Ella sonrió y sus ojos brillaron de felicidad. "Me alegro de que hayamos podido compartir esta experiencia juntos. Es un recuerdo que atesoraré para siempre".

Caminamos de la mano por las galerías vacías, nuestros pasos resonaban en los suelos de mármol. El Louvre se había convertido en nuestro refugio, un lugar donde habíamos encontrado consuelo y comprensión.

Al salir del museo, el sol brillaba intensamente y una suave brisa acariciaba nuestros rostros. Puse un brazo alrededor de la cintura de Isabella y la atraje hacia mí.

—¿Y ahora dónde, querida? —preguntó, con los ojos brillando de expectación.

Sonreí, con el corazón lleno de amor por ella. "¿Qué tal una cena rafueltic en el Sena? Solo nosotros dos para disfrutar de la belleza de París".

Suspiró y sus ojos se suavizaron. "Eso suena perfecto".

Paseamos de la mano por el río, la ciudad del amor nos abrazó en su calidez. El Louvre se había convertido en un catalizador de nuestro viaje emocional, un punto de inflexión en nuestra relación.

Cuando nos sentamos a cenar y el sol se puso sobre el río, sentí que me invadía una sensación de paz y satisfacción. Me había enfrentado a mis demonios, y con Isabella a mi lado, sabía que el futuro tenía infinitas posibilidades.

Levanté mi copa sin perder su mirada. "Brindemos por un nuevo comienzo y un futuro lleno de amor".

Golpeó su vaso contra el mío y sus ojos brillaron de felicidad. "Esto es para nosotros y por el viaje que emprendaremos juntos".

CAPÍTULO 23

Isabella



Isabella estaba sentada junto a la piscina, con el corazón latiendo con fuerza mientras abría el sobre. El sol brillaba intensamente, se reflejaba en el agua cristalina y brillaba en la superficie de la lujosa piscina. Contuvo la respiración mientras sus ojos escaneaban la carta, asimilando las palabras que cambiarían su vida.

—Lo hice —susurró con voz temblorosa—. "Estaba interesado en Pepperdine".

La carta que tenía en sus manos era un faro de esperanza, una promesa de un futuro con el que solo se había atrevido a soñar. Representaba la libertad, una oportunidad de desplegar sus alas y escapar de la jaula dorada en la que se había convertido su vida.

Cuando levantó la vista, vio a su esposo Rafael apoyado en un pilar cercano y sus ojos oscuros fijos en ella con una expresión ilegible. Su presencia la excitaba y la perturbaba al mismo tiempo, y sintió un revoloteo familiar en el estómago cuando lo vio.

—Sabía que podías hacerlo —dijo con voz profunda y aterciopelada—. —Siempre has estado destinada a la grandeza, Isabella.

Ella sonrió, pero sus ojos permanecieron fijos en la carta, sus dedos trazando el logotipo en relieve de la Universidad de Pepperdine. "No puedo creer que sea real. Estudiaré allí en el otoño".

Rafael se apartó de la columna y caminó hacia ella con movimientos gráciles y depredadores. —Te mereces esto, querida. Su arduo trabajo y determinación han dado sus frutos".

El corazón de Isabella se retorció al oír estas palabras. Sabía que él estaba orgulloso de ella, pero también sintió un indicio de algo más: una sombra que oscurecía sus ojos. Era como si él no quisiera que ella se fuera, como si su nueva libertad amenazara el delicado equilibrio de su matrimonio.

"Deberíamos celebrar", continuó, sus labios se curvaron en una sonrisa seductora. "Esta noche he planeado algo especial. Estad listos a las seis.

El pulso de Isabella se aceleró ante la misteriosa promesa. —¿A dónde vamos?

—Ya lo verás —murmuró, y sus ojos brillaron con picardía—. "Recuerda, lo que sucede en el yate se queda en el yate".

Ella levantó una ceja, fascinada y emocionada por la sugerencia de secretos y deseos ocultos. — Como quieras, querida.

Cuando Rafael se dio la vuelta para irse, Isabella lo llamó, y su voz estaba impregnada de una mezcla de afecto y preocupación. —Rafael, espera.

Hizo una pausa, con la mano en el pomo de la puerta y los anchos hombros tensos bajo la camisa hecha a medida. —¿Sí, querida?

"¿Estás feliz por mí?", soltó, y sus mejillas se enrojecieron. "Quiero decir, ¿realmente feliz?"

Su mirada se suavizó y dio un paso hacia ella, con una expresión intensa. —Claro que sí, Isabella. Verte perseguir tus sueños me llena de alegría. No tienes idea de lo orgulloso que estoy de ti".

El alivio se apoderó de ella y sintió una ola de amor por este hombre complejo que sostenía su corazón en sus manos. —Gracias —susurró ella—. "Significa mucho para mí".

Cuando Rafael desapareció en el interior, Isabella dejó escapar un suspiro que no sabía que estaba conteniendo. Su matrimonio había sido un torbellino de pasiones, intrigas y secretos. Pero en ese momento, sintió un rayo de esperanza de que su amor podría ser capaz de superar la oscuridad que a menudo se cernía entre ellos.

Más tarde en la noche, Isabella abordó el yate de Rafael, su corazón latía con anticipación. El sol se estaba poniendo, proyectando un resplandor dorado sobre el elegante barco y las tranquilas aguas del puerto.

—Te ves impresionante —murmuró Rafael mientras le tomaba la mano y le acariciaba suavemente los nudillos con el pulgar—. "No puedo quitarte los ojos de encima".

Isabella sintió un revoloteo en el estómago al oír sus palabras. Llevaba un vestido negro ceñido a su figura que acentuaba sus curvas, y su cabello oscuro caía en ondas sueltas alrededor de sus hombros.

—Gracias —dijo ella en voz baja y su mirada se posó en el brazalete de diamantes que él le había regalado para su boda. Brillaba en su muñeca, un recordatorio constante de su vínculo.

A medida que el yate se alejaba del muelle, Isabella sintió una sensación de emoción e inquietud. Sabía que esa noche sería diferente, un punto de inflexión en su relación.

"¿Qué hay para cenar?", preguntó, con la esperanza de aligerar el ambiente. "Me muero de hambre".

Los labios de Rafael se curvaron en una sonrisa. "Organicé una comida especial preparada por el propio chef Beaumont. Es su marca registrada, una fusión de cocina francesa y latinoamericana".

Los ojos de Isabella se abrieron de par en par cuando mencionó al famoso chef. "No puedo esperar para probarlo".

Cuando se sentaron en la cubierta, el sol se ocultó detrás del horizonte y coloreó el cielo con vetas carmesí y doradas. El yate se deslizaba suavemente por el agua, y el suave chapoteo de las olas proporcionaba un relajante telón de fondo para su conversación.

—Cuéntame más sobre Pepperdine —dijo Rafael, con los ojos fijos en ella—. —¿Por qué elegiste esta universidad?

Isabella bebió un sorbo de vino y se tomó un momento para ordenar sus pensamientos. "Siempre ha sido la escuela de mis sueños. El programa de historia del arte es uno de los mejores del mundo, y siempre he querido experimentar la vida en la ciudad de Los Ángeles".

Hizo una pausa y buscó las palabras adecuadas para expresar sus verdaderos sentimientos. "Pero es más que eso. Ir a Pepperdine es una oportunidad para mí de desplegar mis alas y descubrir quién soy, más allá de los confines de mi familia y nuestro mundo".

La expresión de Rafael se suavizó y extendió la mano para tomarla. —Entiendo, Isabella. Y quiero que sepan que los apoyo pase lo que pase".

Sus palabras la inundaron con una ola de calidez, pero no podía quitarse de encima la sensación de que él se estaba guardando algo, de que había una parte de él que quería mantenerla cerca, a salvo en los confines de su lujosa prisión.

Cuando se sirvió el primer plato, los nervios de Isabella comenzaron a calmarse y se relajó hasta la noche. El yate se mecía suavemente sobre las olas, y el suave resplandor de la luna iluminaba la cubierta, creando un ambiente rafaeltic.

—Estás muy tranquila esta noche —comentó Rafael, y sus ojos no se apartaron de su rostro—. —¿En qué estás pensando?

Isabella vaciló, sabiendo que la verdad la llevaría a un territorio desconocido. —Estaba pensando en nosotros —dijo ella en voz baja, y sus ojos buscaron los de él—. "Sobre el futuro".

Tomó un sorbo de su vino, con los ojos firmemente bajos. —¿Y qué hay de eso?

Respiró hondo, con el corazón latiendo con fuerza en el pecho. "Te quiero, Rafael. Más de lo que jamás creí posible. Pero a veces no puedo evitar preguntarme si tú sientes lo mismo".

Sus ojos parpadearon con una emoción ilegible. —Isabella, querida mía, sabes lo que siento por ti. Haría cualquier cosa por ti".

Ella negó con la cabeza y su corazón se retorció en una mezcla de esperanza y duda. "Eso no es suficiente. Necesito oír las palabras, Rafael. Necesito saber que me amas".

Se quedó paralizado, sus ojos se abrieron como si lo hubieran golpeado. Durante un largo momento permaneció en silencio, su respiración llegaba en raspas agudas.

El corazón de Isabella se hundió cuando se dio cuenta de la verdad. —No me quieres, ¿verdad?

Su voz sonaba ronca cuando finalmente habló. —No es tan sencillo, Isabella. El amor es algo complicado".

—No es complicado —dijo ella con voz temblorosa—. "Es lo más natural del mundo. Pero no puedes decirlo, ¿verdad? Porque no lo sientes".

Rafael empujó su silla hacia atrás y se levantó, sus ojos se llenaron de una mezcla de dolor e ira. —No lo entiendes, Isabella. El amor es una debilidad, una vulnerabilidad que no me puedo permitir".

Los ojos de Isabella se llenaron de lágrimas cuando la verdad la golpeó con la fuerza de un golpe físico. "Bueno, es verdad. No me amas".

Se dio la vuelta, con los hombros tensos. "Yo no dije eso. Es solo que es difícil para mí expresar mis sentimientos".

Isabella se puso de pie y su corazón se rompió a cada palabra. —No me mientas, Rafael. Puede que sea joven, pero no soy ingenuo. Veo cómo me miras, cómo te proteges de sentir algo real".

Se volvió hacia ella, con los ojos oscuros y atormentados. —Lo siento, Isabella. Más de lo que crees. Pero ya me han lastimado antes, y no puedo arriesgarme a abrirme así de nuevo".

Las lágrimas de Isabella corrían por sus mejillas. "Entonces, ¿eso es todo? ¿Nunca me amarás?

Dio un paso hacia ella, con la expresión desgarrada. "Yo no dije eso. Solo necesito tiempo, Isabella. Por favor, no te rindas conmigo".

Ella negó con la cabeza y su corazón se rompió con cada palabra. —Yo no puedo hacer eso, Rafael. No puedo estar con alguien que no puede corresponderme. Es demasiado doloroso".

Con estas palabras, ella dio media vuelta y huyó bajo cubierta, mientras Rafael se quedaba solo bajo las estrellas, con el corazón tan roto como el de ella.

El yate se mecía suavemente sobre las olas, llevándola más lejos de la costa, tanto física como emocionalmente, mientras la noche oscura la envolvía en su abrazo.

Isabella se apoyó en la puerta de su camarote y su cuerpo se deslizó hacia abajo hasta que se sentó en el suelo y se llevó las rodillas al pecho. Los sollozos recorrieron su cuerpo, cada uno de

los cuales era una manifestación física de dolor en su corazón.

¿Cómo podía ser tan tonta? Se había enamorado de un hombre que era incapaz de amarla. Al darse cuenta, la golpeó con una fuerza que la dejó sin aliento.

Un suave golpe en la puerta la sobresaltó, y rápidamente se secó las lágrimas, sus mejillas húmedas y sus ojos rojos e hinchados.

—¿Isabella? ¿Puedo entrar? Era Rafael, su voz estaba llena de emoción.

Respiraba con calma y estaba decidida a recibirlo con dignidad. —No —dijo ella con voz ronca pero firme—. —Por favor, vete, Rafael.

"Isabella, por favor. Me explico. Su voz sonaba desesperada y suplicante.

Cerró los ojos y quiso enjugar las lágrimas que amenazaban con volver a fluir. "No hay nada que explicar. No me amas y no puedo obligarte".

—Tienes razón —dijo en voz baja—. —No merezco tu amor, Isabella. Pero eso no significa que no sienta nada por ti".

Ella negó con la cabeza, le dolía el corazón. —Eso no es suficiente, Rafael. No puedo quedarme en este matrimonio si sé que no me amas".

Un largo silencio se extendió entre ellos, lleno por el sonido de sus respiraciones entrelazadas.

"Si te digo que te amo, ¿te quedarás?" Su voz era poco más que un susurro, como si las palabras le estuvieran siendo arrebatadas de su alma.

El corazón de Isabella tartamudeó ante la esperanza que se encendió en ella. "¿Hablas en serio? ¿De verdad me amas?

Otra pausa, luego es el momento de decir: "Sí, Isabella. Te amo. He tratado de negarlo para protegerme a mí mismo y a ti, pero es cierto. Te amo".

Se levantó, con las manos entrelazadas ante el corazón, como para contener la alegría que

amenazaba con desbordarse. —Dilo de nuevo —susurró—.

—Te quiero, Isabella —dijo con voz más fuerte, lleno de convicción—. "Nunca me había sentido así antes, y me asusta. Pero ya no puedo negarlo".

Puso la mano en la puerta y rodeó el picaporte con los dedos. —Abre la puerta, Rafael. Déjame ver tu cara si lo dices.

La puerta se abrió y Rafael estaba de pie frente a ella, con los ojos brillando con lágrimas no derramadas. —Te quiero —dijo con voz quebradiza—. "Y me temo que no es suficiente, que lo he arruinado todo".

Isabella dio un paso adelante, su corazón rebosante de amor y perdón. Le puso las manos en las mejillas y le secó las lágrimas que se le habían escapado con los pulgares. "Yo también te quiero, Rafael. Y elijo amarte, incluso si no puedes decirlo todos los días".

La atrajo hacia sus brazos y la abrazó con fuerza, como si tuviera miedo de soltarla. "Voy a pasar el resto de mi vida tratando de hacer las paces, Isabella. Es una promesa".

Ella sonrió contra su pecho, su corazón estaba más ligero de lo que había sido durante mucho tiempo. "Quiéreme, Rafael. Eso es todo lo que necesito".



CAPÍTULO 24

Rafael

El acre hedor de la pólvora flotaba pesadamente en el aire mientras Rafael Delgado estaba de pie sobre el cuerpo sin vida de Alejandro Castillo. La sangre se acumulaba alrededor del cadáver y se filtraba en la costosa alfombra persa que adornaba el suelo del estudio de Rafael. El arma que tenía en la mano aún estaba caliente, testimonio de la violencia que acababa de ocurrir.

—Está hecho —murmuró Rafael con una voz que era poco más que un susurro—.

Beaumont, siempre presente y siempre leal, salió de las sombras. —¿Debo deshacerme del cuerpo, señor?

Los ojos de Rafael no se apartaron del rostro de Castillo, que se torció en una expresión final de conmoción y traición. "No. Deja que se pudra aquí por un tiempo. Quiero disfrutar de este momento".

—Como usted quiera, señor Delgado. ¿Y la señora Profaci? Pronto volverá de su viaje de compras.

Al oír el nombre de Isabella, Rafael apartó finalmente la mirada del cadáver. "Limpia esto antes de que regrese. ¿Y Beaumont? Ni una palabra al respecto. Sobre todo Isabella.

—Por supuesto, señor. Será como si nunca hubiera sucedido".

Mientras Beaumont se ocupaba de su sombría tarea, Rafael se retiró a su dormitorio, su mente era un torbellino de sentimientos contradictorios. Debería sentirse triunfante, incluso eufórico. Alejandro Castillo, el hombre que lo había atormentado durante años, que le había quitado todo, finalmente murió por su propia mano. Pero el dolor hueco en su pecho permanecía, un vacío que ni siquiera la venganza podía llenar.

Sonó el teléfono de Rafael y lo sacó de su oscura ensoñación. Era un texto de Isabella:

"De camino a casa. No puedo esperar a verte. Te quiero. ♥"

Un dejo de culpa lo recorrió. La dulce e inocente Isabella. Si ella supiera la verdad, la verdadera razón por la que él la había perseguido...

El sonido de la puerta de entrada abriéndose resonó en la villa. La voz de Isabella resonó:

"¿Rafael? ¡Estoy en casa!"

Rafael se obligó a sonreír y bajó las escaleras para saludar a su esposa. Ella sonreía, con los brazos cargados de bolsas de la compra y los ojos brillando de emoción.

—Mi amor —dijo él, abrazándola—. —¿Lo pasaste bien?

Isabella le sonrió: "¡Fue increíble! Las chicas y yo nos divertimos mucho. Pero te echaba de menos".

Mientras ella se inclinaba hacia adelante para darle un beso, Rafael sintió una pizca de la sangre de Castillo en su ropa. Se puso rígido y se retiró ligeramente.

Isabella frunció el ceño. "¿Está todo bien? Pareces... tenso".

Los pensamientos de Rafael se aceleraron. No podía decirle la verdad, pero tenía que darle algo. "Hoy recibí noticias inesperadas", dijo con cautela.

—¿Ah? ¿Qué noticia?

Rafael la condujo a la sala de estar, lejos del estudio, donde Beaumont todavía estaba limpiando las pruebas de su crimen. Estaban sentados en el mullido sofá, las bolsas de la compra de Isabella habían sido olvidadas junto a la puerta.

—Alejandro Castillo está muerto —dijo Rafael, observando de cerca la reacción de Isabella—.

Sus ojos se abrieron de par en par. "¿Muerto? ¿Cómo? ¿Cuándo?

"Los detalles son... —mintió Rafael con dulzura—. "Pero se ha confirmado. Se ha ido.

Isabella lo miró a la cara, su intuición intuyó que había algo más en la historia. "Nunca me dijiste por qué lo odiabas tanto. ¿Qué te ha hecho, Rafael?

La pregunta flotaba en el aire, cargada de verdades tácitas. Rafael apretó la mandíbula mientras luchaba contra el impulso de revelarlo todo. En cambio, se contentó con una verdad a medias.

"Castillo me quitó algo valioso hace mucho tiempo. Algo que nunca podré recuperar".

La mano de Isabella encontró la suya y la apretó suavemente. "Lo siento mucho, Rafael. ¿Fue... ¿Era una persona?

A Rafael se le atascó el aliento en la garganta. Lo cerca que estaba de la verdad sin darse cuenta.

—Sí —admitió—. "Alguien que estaba muy cerca de mi corazón".

"Y ahora que Castillo está muerto, ¿se acabó? ¿La enemistad entre ustedes?

Rafael asintió, incapaz de mirarla a los ojos. "Se acabó. Pero las cicatrices... Se quedan".

Isabella se acercó, su calor contrastaba con el frío vacío que Rafael sentía dentro de él. "Puedes hablar conmigo, ¿sabes? Sobre todo. Siempre estoy ahí para ti".

La sinceridad en su voz era como un cuchillo en su corazón. Rafael puso su cara entre sus manos y bebió la vista de ella. "Isabella, mi amor, hay tantas cosas que no sabes de mí, de mi pasado. Si lo hubieras hecho..."

—Si es así, ¿qué? Isabella se abrazó a sí misma y sus ojos buscaron los suyos.

Rafael tragó saliva. "Puede que ya no me quieras".

La expresión de Isabella se suavizó. "Rafael, te amo. Todos ustedes. Incluso las piezas que tratas de ocultarme.

Sus palabras, que se suponía que eran un consuelo, no hicieron más que aumentar los

sentimientos de culpa de Rafael. Se levantó bruscamente y caminó de un lado a otro de la habitación. "No deberías. No merezco tu amor, Isabella. Así es... cosas terribles".

Isabella se levantó para seguirlo, y su voz sonó preocupada. "¿De qué estás hablando? Rafael, me asustas.

Se volvió hacia ella, con los ojos oscurecidos por el miedo. —Nuestro matrimonio, Isabella. No fue... No era lo que pensabas".

El rostro de Isabella se puso pálido. —¿A qué te refieres?

Las manos de Rafael se apretaron a los costados. "Te perseguí por una razón. Una razón egoísta y vengativa. Nunca debiste haber significado nada para mí. Pero ahora..."

—¿Y ahora qué? La voz de Isabella era poco más que un susurro.

"Ahora lo eres todo para mí", confesó Rafael, y las palabras se le escaparon de la garganta. "Y no puedo soportar la idea de perderte cuando te enteres de la verdad".

Isabella se quedó paralizada, con la mente tambaleándose por la revelación de Rafael. —Dime —exigió ella con voz más fuerte—. —Cuéntamelo todo.

Rafael cerró los ojos y se armó de valor. Cuando los volvió a abrir, estaban llenos de una mezcla de dolor y determinación. "Siéntate, mi amor. Es una larga historia, y comienza hace seis años con una mujer llamada Marisol..."



CAPÍTULO 25

Isabella

La puerta del ático se abrió con un chirrido, revelando una nube de polvo que bailaba en la tenue luz que se filtraba a través de las ventanas cubiertas de telarañas. Isabella Profaci se quedó inmóvil en el umbral, con el corazón latiendo en el pecho. Eso fue todo: el último rincón inexplorado de la mansión Delgado y, posiblemente, la clave para descifrar el misterioso pasado de Rafael.

—¿Qué secretos escondes aquí arriba, Rafael? —susurró para sí misma y dio un paso tímido hacia la habitación mohosa.

Las tablas del suelo gemían bajo su peso y resonaban en la cavernosa habitación. Los ojos de Isabella recorrieron de un lado a otro, recogiendo los montones de muebles desechados y recuerdos olvidados. A medida que penetraba más profundamente en el ático, un brillo dorado llamó su atención.

Allí, escondido detrás de un armario ornamentado, había una pila de marcos de fotos. Isabella se quedó sin aliento mientras levantaba con cuidado la primera pantalla.

"Oh, Dios mío", jadeó, sus dedos temblaban mientras trazaba los rasgos del hombre en el retrato. Era Rafael, pero no el Rafael que ella conocía. Era una versión más joven, sus ojos brillaban con esperanza y su sonrisa no estaba manchada por la oscuridad que parecía perseguirlo ahora. Las iniciales "M.D." estaban garabateadas en la esquina.

"M.D.", murmelte Isabella. "Marisol Delgado?"

El nombre que Rafael había mencionado durante su confesión resonó en su mente. Su primera esposa, la mujer que, según él, le había sido robada.

Cuando Isabella descubrió más cuadros, cada uno más impresionante que el anterior, una voz la sobresaltó desde atrás.

"Veo que has encontrado mi pequeño museo de los horrores".

Isabella se dio la vuelta y encontró a Rafael de pie en la puerta, con una expresión ilegible.

"Rafael, lo siento. Yo sólo..."

Levantó una mano y la silenció. "La curiosidad es una cosa peligrosa, mi amor. Especialmente en nuestro mundo".

El corazón de Isabella se aceleró cuando Rafael se acercó lentamente, sin dejar el retrato en sus

manos.

—Háblame de ella —dijo Isabella con una voz que era poco más que un susurro—. —De Marisol.

Rafael apretó la mandíbula. —¿Qué quieres saber?

"Todo. Cómo se conocieron, por qué se fue... ¿Por qué escondiste estas pinturas?

Una risa amarga escapó de los labios de Rafael. "¿Oculto? No, Isabella. Vengo aquí todos los días y me torturo con recuerdos de una vida que nunca podré volver a tener".

Los ojos de Isabella se abrieron de par en par. "¿Todos los días? Pero el polvo...

"Será reemplazado meticulosamente por el personal", finalizó Rafael. "No podemos dejar que nadie sospeche que el lobo feroz tiene corazón, ¿verdad?"

El sarcasmo de su voz atravesó a Isabella como un cuchillo. Con cuidado, dejó el cuadro y se volvió hacia su marido.

"Rafael, por favor. Quiero entender. ¿Qué pasó hace seis años?

Los ojos de Rafael se oscurecieron. "Lo de Alejandro Castillo pasó. Él sedujo a Marisol, la puso en mi contra. Y cuando por fin lo recuperé..."

"Estaba roto sin posibilidad de reparación", terminó Isabella mientras las piezas finalmente encajaban en su lugar.

Rafael asintió con voz ronca y emocionado. "Se quitó la vida dos semanas después de su regreso. Estas pinturas... son todo lo que me queda de ella".

A Isabella le dolía el corazón por el hombre que tenía delante. Ella extendió la mano y le tocó suavemente el brazo. "Lo siento mucho, Rafael. No tenía ni idea".

Él se apartó de su toque. "Por supuesto que no. ¿Cómo pudiste? No eres más que un peón en un juego que nunca pediste".

Las palabras pincharon y provocaron lágrimas en los ojos de Isabella. "¿Es eso todo lo que soy para ti? ¿Un granjero?

La expresión de Rafael se suavizó un poco. —No, Isabella. Eres mucho más que eso. Eres la luz que de alguna manera logró penetrar en mi oscuridad. Y eso me asusta".

Antes de que Isabella pudiera responder, una explosión ensordecedora sacudió la villa. La fuerza los hizo tropezar a ambos, y Rafael instintivamente protegió a Isabella con su cuerpo.

—¿Qué fue eso? —exclamó Isabella, y tintineaban los oídos—.

El rostro de Rafael se había endurecido hasta convertirse en una máscara de rabia fría. "Nos encontraron. Tenemos que movernos. Ahora".

Agarró la mano de Isabella y la arrastró hasta la puerta del desván. Mientras corrían por las escaleras, los disparos y los vidrios rotos llenaban el aire.

"Rafael, ¿qué está pasando?" —gritó Isabella por encima del caos—.

—Los hombres de Castillo —gruñó—. "Han venido para terminar lo que empezaron".

Llegaron a la planta baja cuando la puerta principal se rompió en el interior. Rafael empujó a Isabella detrás de él y sacó una pistola de debajo de su chaqueta.

—Quédate detrás de mí —ordenó con una voz mortalmente tranquila—.

El primer atacante irrumpió por la puerta, solo para ser alcanzado por una bala entre los ojos. —gritó Isabella mientras el cuerpo se hundía en el suelo—.

—Isabella, escúchame —dijo Rafael con insistencia, sin quitar la vista de la entrada—. "Hay una sala de pánico en el sótano. El código de área es 7391. Ve y enciérrate. No salgas por nadie más que por mí. ¿Lo entiendes?

Isabella asintió, con todo el cuerpo temblando. —¿Y tú?

Los labios de Rafael se curvaron en una sonrisa sombría. "Todavía tengo algo que hacer".

Sonaron más disparos, e Isabella sintió que la empujaban hacia la puerta del sótano.

"¡Vamos!" —rugió Rafael—. "Te encontraré cuando termine".

Con una última mirada desesperada a su marido, Isabella huyó por las escaleras del sótano.

Tecleó el código con dedos temblorosos, y la pesada puerta de la habitación del pánico se abrió cuando otra explosión sacudió la casa.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Isabella se desplomó en el suelo, con los pensamientos tambaleándose por los acontecimientos de la última hora. Los cuadros del desván, la confesión de Rafael, y ahora este ataque, era demasiado.

Apretó sus rodillas contra su pecho, oró por la seguridad de Rafael y se preguntó cómo su vida se había enredado en una red tan peligrosa de venganza y misterio.

En el silencio de la habitación del pánico, Isabella se quedó sin nada más que sus pensamientos y la imagen inquietante de las pinturas de Marisol. Se dio cuenta de que al revelar el pasado de Rafael, podría haber sellado accidentalmente su destino.



CAPÍTULO 26

Rafael

El hedor acre del caucho quemado y la gasolina subió a la nariz de Rafael Delgado mientras estaba de pie en medio del caos de metal doblado y vidrios rotos. Cerca de allí, los restos de la camioneta de seguridad de Isabella ardían, un sombrío testimonio de la violencia que se había desatado solo unas horas antes. Sus nudillos palidecieron cuando tomó su teléfono, y las palabras de Beaumont resonaron en su cabeza.

—Se la llevaron con ellos, Rafael. Isabella se ha ido.

El mundo a su alrededor se desvaneció en un rugido sordo mientras la ira consumía cada fibra de su ser. En ese momento, Rafael Delgado dejó de ser el hombre de negocios de modales suaves y se convirtió en el despiadado líder del cártel que tanto había tratado de enterrar.

—Encuéntrala —gruñó al teléfono, su voz era poco más que un susurro, pero goteaba con una intención mortal—. "Quiero que todas las calles, todos los almacenes, todas las madrigueras de ratas de esta ciudad se pongan del revés. ¿Y Beaumont?

—¿Sí, señor?

"Traigan a mir Carlos. Lebendig.

Rafael terminó la conversación y volvió a mirar la escena, posándose en el cuerpo sin vida de Enzo Santiago, que aún se había hundido sobre el volante del coche siniestrado. Dos limpios agujeros de bala desfiguraron su pecho, un insulto final para el leal conductor.

—¿El señor Delgado? Una voz temblorosa rompió su ensoñación asesina.

Rafael se volvió hacia un policía pálido, obviamente intimidado por el aura oscura que emanaba del jefe del cártel.

—¿Qué? —espetó Rafael, lo que hizo que el hombre se estremeciera—.

"Nosotros... Lo encontramos en el asiento trasero —tartamudeó el oficial, sosteniendo un anillo de esmeraldas que le era familiar—. Anillo de Isabella.

Rafael se la arrebató de la mano al oficial y acunó la delicada joya como si fuera la propia Isabella. Su voz era peligrosamente baja cuando volvió a hablar.

"Cuéntame todo lo que sabes. Ahora".

El oficial tragó saliva. "Según los testigos, una camioneta negra embistió el auto de la Sra.

Profaci por detrás. Cuando el Sr. Santiago trató de desviarse, fueron golpeados por un camión.

Dos hombres con pasamontañas sacaron a la señora Profaci de entre los escombros. Ellos...

Estaba inconsciente, señor.

Rafael apretó la mandíbula. —¿Y a nadie se le ocurrió intervenir?

—Todo sucedió muy rápido, señor. Para cuando alguien se dio cuenta de lo que estaba pasando, él ya se había ido".

Una risa alegre escapó de los labios de Rafael. "Se fue. Así de simple".

Despidió al oficial con un gesto de la mano, se acercó a su auto que lo esperaba y ladró órdenes en su teléfono.

"Elena, ordena mi agenda para la semana que viene. Y poner a Morales a raya. Ahora".

—Inmediatamente, señor Delgado —respondió Elena Rossi con voz fresca—. "Pero, señor, en lo que se refiere a Morales..."

Rafael se quedó paralizado, con la mano en la puerta del coche. —¿Y él?

"Él es... Desaparecido, señor. Nadie lo ha visto desde anoche.

Los fragmentos comenzaron a encajar y la sangre de Rafael corría por sus venas. —Ese bastardo de ratas —gruñó—. "Él nos incitó".

La voz de Elena vaciló. —¿Señor?

"Nada. Tráeme todo lo que puedas saber sobre las actividades recientes de Morales. ¿Y Elena?

Ni una palabra al respecto. ¿Entendido?

—Por supuesto, monsieur Delgado.

Rafael terminó la conversación y se sentó en el asiento trasero de su Mercedes blindado. —A los muelles —ordenó a su chófer—. "Y pisarlo".

A medida que el coche serpenteaba entre el tráfico, los pensamientos de Rafael se aceleraban. Morales está desaparecido, Isabella está secuestrada, la entrega de Carlos está retrasada... Todo estaba conectado. Lo habían engañado, e Isabella pagó el precio por ello.

Su teléfono volvió a sonar. El nombre de Carlo brilló en la pantalla.

—Delgado —respondió Rafael con voz helada—.

—¿Dónde demonios está mi envío? La voz airada de Carlos retumbó por el altavoz. —¿Tienes una idea...?

—Cállate —interrumpió Rafael, y su tono no dejaba lugar a discusión—. —Me escuchas muy bien, Carlos. Sé que tienes a mi esposa. Si tocas un cabello de su cabeza, haré llover fuego del infierno sobre ti y todo lo que aprecias. ¿Me entiendes?

Un golpe de silencio, luego la risa nerviosa de Carlos. "¿Tu esposa? Delgado, no sé de qué me estás hablando. Solo quiero pensar en...

"¡No me mientas!" Rafael rugió e incluso hizo temblar a su conductor. —¿Cree que no sé nada de su alianza con Morales? ¿Crees que no me enteraría?

La voz de Carlos se endureció. —Estás abrumado, Delgado. Retírese ahora, y tal vez aún

podamos salvar esta asociación".

—¿Asociación? La risa de Rafael era hueca. —Oh, Carlos. No hay asociación. Ya no. Acabas de declarar la guerra".

Terminó la conversación, cerró los ojos y respiró hondo. Cuando volvió a abrirla, estaban llenos de una determinación fría y asesina.

"Cambio de planes", le dijo a su conductor. "Llévame al almacén de la Quinta".

Cuando el coche cambió de rumbo, Rafael volvió a llamar: —Beaumont, reúne a los hombres. Vamos a cazar esta noche.

El sol se estaba poniendo cuando Rafael entró en el discreto almacén y convirtió el cielo en un lienzo rojo sangre. En el interior, un grupo de hombres fuertemente armados esperaba sus órdenes.

—Caballeros —Rafael se volvió hacia ella con voz tranquila pero acerada—. "Mi esposa fue secuestrada. Morales nos traicionó. Y Carlos cree que puede jugar conmigo".

Hizo una pausa y examinó la habitación. Todos los hombres estaban en guardia, sus ojos llenos de una mezcla de miedo y respeto.

"Esta noche les recordamos por qué se teme el nombre de Delgado. Destrozaremos esta ciudad piedra a piedra si es necesario. Y si encontramos a Isabella...

Los ojos de Rafael brillaban con una ira apenas reprimida. "Les haremos desear que nunca hubieran nacido".

Cuando sus hombres se movilizaron, Rafael se retiró a un centro de mando improvisado. Los mapas de la ciudad cubrían una pared, los posibles escondites ya estaban marcados. Miró el anillo de esmeraldas que tenía en la mano, una promesa silenciosa que se pasaba de un lado a otro entre él y la ausente Isabella.

—Te voy a buscar, mi amor —susurró—. "Y que Dios ayude a todos los que se interponen en mi camino".



CAPÍTULO 27

Isabella

"Levántate y gansos, rigenetta", ronronea una voz inquietantemente familiar.

El corazón de Isabella tartamudea. "¿Alejandro? Pero... Estás muerto.

Una risa áspera resuena en las paredes derruidas. "Sorpresa, cariño. Los informes de mi muerte fueron... muy exagerado".

Alejandro Castillo emerge de las sombras, con su otrora hermoso rostro distorsionado por la malicia. Rodea a Isabella como un tiburón que huele sangre.

—¿Cómo? Isabella grazna con una garganta áspera.

"El dinero habla, Belleza. Un policía corrupto, un forense codicioso y un periodista asustado. ¡Presto! Soy un fantasma".

Isabella lucha contra sus grilletes. —¿Qué quieres, Alejandro?

Sus ojos brillan con una luz maníaca. "Justicia. Venganza. Ver a tu querido Rafael sufrir como yo lo hice".

"Rafael me encontrará", espeta Isabella. "Te va a destrozar".

La mano de Alejandro golpea como una víbora, la mejilla de Isabella arde. "Cuidado,. No quieres molestarme más".

"Vete al infierno", sisea Isabella.

"Oh, ese era yo", gruñe Alejandro. "Ahora te toca a ti. Pero primero llega el momento de las historias".

Se inclina hacia ella, con el aliento caliente en su rostro. "Érase una vez una hermosa mujer llamada Elena..."

La sangre de Isabella corre por sus venas. —¿La mujer muerta de Rafael?

La sonrisa de Alejandro es salvaje. "No tan muerto en absoluto. ¿Debería continuar?"

Isabella asiente y el miedo se le acurruca en el estómago.

"Elena era... insatisfecha con su marido frío y controlador", ronronea Alejandro. "Encontré consuelo en mis brazos, en mi cama. Hasta que Rafael descubrió nuestro pequeño romance.

—Estás mintiendo —susurra Isabella—.

"¿Soy yo? Pregúntate, Isabella. ¿Qué tan bien conoces realmente a tu esposo?

Las dudas parpadean en los ojos de Isabella, y Alejandro se lanza.

"La ira de Rafael no conocía límites", continúa. "Empujó a Elena por un tramo de escaleras y mató a nuestro hijo no nacido".

Isabella jadea. "No... Él no lo haría..."

"Oh, pero lo hizo", sisea Alejandro. "Y eso fue solo el comienzo del tormento de Elena".

—¿A qué te refieres? A Isabella le tiembla la voz.

Los ojos de Alejandro brillan con maliciosa schadenfreude. "Tu amado Rafael encerró a Elena. Sin visitas, sin contacto con el mundo exterior. Un espíritu vivo".

Isabella sacude la cabeza violentamente. "Estás mintiendo. Elena está muerta. ¡Rafael y yo estamos casados!"

—¿Eres tú? La risa de Alejandro es cruel. —Mira los registros, principessa. No hay divorcio. Sin certificado de defunción. No eres más que la puta de Rafael.

Las lágrimas corren por el rostro de Isabella. "¿Por qué estás haciendo esto?"

Alejandro le agarra la barbilla bruscamente. "Porque estabas destinada a ser mía. Y ahora recuperaré lo que es mío por derecho".

Una figura masiva emerge de las sombras: Beaumont, el ejecutor omnipresente de Alejandro.

"No..." Isabella gime.

"Oh, sí", ronronea Alejandro. "Considera esto como tu arrepentimiento por haberme traicionado. Por elegir a Rafael".

Isabella golpea contra sus grilletes. —Por favor, Alejandro. No hagas eso".

Sus dedos se deslizan sobre su cuello y hacen que su piel sienta un hormigueo. "Shhh, cariño. Sé una buena chica, y tal vez yo deje Beaumont a su vez cuando termine.

"Rafael te matará por esto", solloza Isabella.

Los ojos de Alejandro brillan peligrosamente. "Debería intentarlo. Te envío de vuelta a él en pedazos, un recordatorio viviente de sus pecados".

Se inclina hacia delante y le roza la oreja con los labios. "Y si está roto, si lo ha perdido todo... entonces lo libraré de su miseria".

El grito de Isabella resuena en el edificio abandonado, tragado por el lejano sonido del agua.

Cuando las manos de Alejandro comienzan a vagar, ella se encierra profundamente en sí misma y reza por la salvación o la dulce liberación del olvido.

Pero en este estado infernal de limbo que ha creado Alejandro, no hay escapatoria. Solo el cruel desmoronamiento de todo lo que una vez creyó que era verdad.



CAPÍTULO 28

Rafael

—¿Dónde está? —preguntó Rafael, con la voz resonando en los suelos de mármol y en las paredes ornamentadas. —¿Qué hiciste con mi mujer?

Carlos, un hombre corpulento con una barba color sal y pimienta, se levantó de su asiento y entrecerró los ojos. "Delgado, sabes que no debes interrumpir una reunión como esta. Deja tu arma.

La mirada de Rafael se desvió hacia la docena de hombres que había en la habitación, todos los cuales tenían sus armas apuntándole. Bajó su propia pistola y apretó la mandíbula. —No estoy aquí para causar problemas, Carlos. Solo quiero recuperar a mi esposa".

Los ojos de Carlos se entrecerraron aún más. "¿Tu esposa? Te aseguro que no le puse un dedo encima. Puede que seamos competidores, pero no soy tonto".

Rafael apretó su arma. —¿Quién se la llevó entonces? Me dijeron que se tomó como castigo por una entrega tardía".

Carlos lo despidió con un gesto desdeñoso. "Eso era un rumor, nada más. No tengo ningún interés en tu esposa, Delgado. Bueno, si nos disculpa, tenemos asuntos que hacer.

Los ojos de Rafael recorrieron la habitación, sus pensamientos se aceleraron. Carlos tenía razón; No tenía ninguna razón para secuestrar a Isabella. Pero si no es él, ¿entonces quién?

Cuando Rafael se dio la vuelta para irse, su teléfono sonó con una llamada de Damien Beaumont, su colaborador de confianza.

—¿Hay alguna noticia? —preguntó Rafael con voz tensa.

"Todavía estoy trabajando en ello", respondió Beaumont. "Rastreé la camioneta hasta un almacén, pero está vacía. Ni rastro de tu mujer ni de sus secuestradores.

La frustración de Rafael aumentó: "Sigue buscando. Haré lo mismo por mí mismo".

Cuando terminó la llamada, su teléfono volvió a sonar, esta vez con un número desconocido. Vaciló y luego respondió con voz cautelosa. — Rafael Delgado.

"Señor Delgado, es Javier Castillo". La voz al otro lado era profunda y fuertemente acentuada. "Creo que tenemos un problema común".

Los ojos de Rafael se entrecerraron. "Castillo. Debería haberlo sabido. ¿Qué es lo que quieres?

—Una promesa —respondió Javier con voz tranquila pero amenazante—. "Una garantía de que tú y Damien Beaumont se mantendrán fuera de mi camino por un tiempo... situación".

Rafael apretó el teléfono. "¿Qué tipo de situación? ¿Y qué tiene que ver eso con mi esposa?

La voz de Javier se volvió más tranquila y su tono conspirativo. "Alejandro está vivo y tiene a tu esposa. Si la quieres de vuelta, tienes que aceptar mis condiciones.

La sangre de Rafael corría por sus venas. Alejandro Castillo, el hombre que creía muerto, estaba vivo y se había llevado a Isabella consigo. —¿Qué quieres de mí?

La voz de Javier se volvió helada. —Tu palabra, Delgado. Mantente al margen de mis asuntos, y te diré dónde puedes encontrar a tu esposa.

Los pensamientos de Rafael se aceleraron. Sabía que Javier era primo de Alejandro, y los dos tenían un historial de mala sangre. Pero no tenía otra opción. "Tienes mi palabra. Ahora dime dónde está.

Javier dio una dirección cerca del río y terminó la conversación. Rafael no perdió el tiempo y se apresuró a salir de la villa de Carlos y se metió en el coche que le esperaba.

Mientras el coche corría por la ciudad, los pensamientos de Rafael se aceleraban. Debería haber sabido que Alejandro no estaba realmente muerto. El hombre era como una cucaracha que

siempre encontraba la manera de sobrevivir. Y ahora tenía a Isabella.

El sol ya se había puesto cuando llegaron al edificio abandonado junto al río. Rafael irrumpió por la puerta, con el arma preparada. El almacén estaba vacío, pero podía sentir la presencia de Alejandro.

—¡Isabel! —gritó Rafael, con la voz resonando en los muros de hormigón—. —¿Dónde estás?

Un suave grito resonó desde la parte trasera del almacén. Rafael corrió hacia adelante con el corazón palpitante. Dobló una esquina y se quedó paralizado.

Alejandro estaba de pie junto a Isabella, con las muñecas atadas y la falda subida. Alejandro le puso un cuchillo en la garganta, con los ojos desorbitados.

El dedo de Rafael apretó el gatillo. No podía arriesgar un disparo, no con Alejandro tan cerca de Isabella.

—Déjala ir, Alejandro —dijo Rafael con voz firme—. "No tiene por qué terminar en un derramamiento de sangre".

Los ojos de Alejandro se deslizaron hacia él, con una sonrisa distorsionada en sus labios. —Es demasiado tarde para eso, Delgado. Deberías haberte mantenido al margen de mis asuntos.

Rafael dio un paso cauteloso hacia adelante. "Déjenlos ir y podremos terminar con esto pacíficamente. Tienes mi palabra".

La sonrisa de Alejandro se ensanchó, sus ojos brillaban de locura. "Tu palabra no significa nada para mí, Delgado. Eres un hombre muerto.

El dedo de Rafael apretó el gatillo mientras daba otro paso hacia adelante. "Que así sea".

Disparó y la bala alcanzó a Alejandro justo en el pecho. Alejandro se tambaleó, sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa. Rafael volvió a disparar, la bala alcanzó a Alejandro en la cabeza. Se hundió en el suelo, su cuchillo repiqueteando en el suelo.

Rafael corrió al lado de Isabella con el corazón palpitante. Estaba magullada y ensangrentada,

con los ojos muy abiertos por el miedo. Le aflojó las muñecas, con las manos suavemente.

"¿Estás herido?", preguntó con voz ronca. —¿Él...?

Isabella negó con la cabeza y sus ojos no se apartaron de él. "Él no... pero él dijo..." Su voz se detuvo, sus ojos se llenaron de lágrimas.

El corazón de Rafael se retorció al ver su dolor. —¿Qué dijo?

La mirada de Isabella se encontró con la suya, su voz temblaba. "Me contó... de Amanda. Que sigues casado con ella.

A Rafael se le atascó el aliento en la garganta. Tenía la esperanza de poder decirle la verdad él mismo para explicar la complicada situación con su ex esposa. Pero ahora era demasiado tarde.

—Puedo explicarlo —comenzó con voz suave—. —No es lo que piensas...

Isabella levantó una mano, sus ojos se llenaron de dolor y traición. "No lo hagas. Recto... No lo hagas". Ella se apartó de él y sus ojos recorrieron el almacén como si estuviera buscando una salida.

El corazón de Rafael se hundió. Sabía que la había lastimado y no podía culparla por su reacción. —Por favor, Isabella. Déjame explicarte. No es tan fácil como parece".

Isabella negó con la cabeza y sus ojos no se apartaron de él. —No, Rafael. Se acabó. Ya no puedo hacer eso".

El mundo de Rafael parecía derrumbarse a su alrededor. Nunca se había sentido tan impotente, tan desesperado por reparar lo que había roto. —Por favor, permítame...

Isabella lo interrumpió con voz firme. —No, Rafael. Está hecho. No puedo estar con un hombre que me miente, que me tiene secretos. Pensé que teníamos algo real, pero todo era mentira".

A Rafael se le apretó el pecho al darse cuenta de lo profundo que era su dolor. —Nunca tuve la intención de hacerte daño, Isabella. Tienes que creerme".

Los ojos de Isabella se llenaron de lágrimas, pero su voz era tranquila. —Te creo, Rafael. No creo que alguna vez hayas tenido la intención de hacerme daño. Pero eso no cambia el hecho de que lo hiciste".

Rafael abrió la boca para hablar, pero no le salieron palabras. Sabía que ella tenía razón y no tenía derecho a pedirle perdón.

Isabella dio un paso atrás sin que su mirada apartara los suyos. —Adiós, Rafael.

Se dio la vuelta y se alejó, con pasos tranquilos, a pesar de las lágrimas que corrían por su rostro. Rafael se quedó paralizado, con el corazón destrozado a cada paso que daba. Quería llamarla, rogarle que se quedara, pero sabía que no tenía derecho.



CAPÍTULO 29

Isabella

Isabella salió tambaleándose del almacén, con el corazón palpitando y la mente revuelta. El sol se había puesto y proyectaba largas sombras sobre el sombrío paisaje industrial. Se sintió mareada, su cuerpo se movía en piloto automático mientras se dirigía al coche de Rafael que la esperaba.

El conductor, un hombre al que no reconoció, le abrió la puerta. Se deslizó en el asiento trasero, con los ojos fijos en la pistola que tenía en la mano. —Llévame a casa —dijo con voz ronca—. —A casa de mis padres.

El conductor asintió y su mirada se desvió hacia el arma antes de arrancar el motor. Isabella se recostó en el asiento y cerró los ojos mientras el coche se alejaba. Se sentía entumecida, su mente se tambaleaba por los acontecimientos de las últimas horas.

Rafael. El nombre resonó en su mente, trayendo consigo una avalancha de dolor. La había traicionado, la había utilizado como peón para vengarse de Alejandro. Su matrimonio, el amor en el que había creído, todo había sido una mentira.

A Isabella le temblaron las manos cuando las colocó en su regazo. Se sintió herida, su confianza se vio sacudida. Ella le había dado a Rafael su corazón, y él lo había pisoteado sin pensarlo.

El coche corrió por la ciudad, las luces de los edificios se difuminaban más allá de su ventana. Isabella se sentía desconectada, como si estuviera viendo cómo se desarrollaba la vida de otra persona. Su futuro, los sueños a los que se había aferrado, se habían esfumado.

Cuando el coche se detuvo frente a la casa de sus padres, Isabella respiró hondo. Sabía que tenía que enfrentarse a su padre, el hombre que había arreglado su matrimonio con Rafael. Salió del coche, con la pistola todavía en la mano, y caminó por el camino de entrada.

Su padre, Antonio Profaci, estaba de pie en la puerta, y sus ojos se abrieron de par en par cuando la vio. "Isabella, ¿qué pasó?", preguntó con voz preocupada.

Isabella le apuntó con la pistola, con la mano tranquila. —Lo de Rafael —dijo con voz fría—. "Y Alejandro. Pero sobre todo Rafael".

Los ojos de Antonio se desviaron hacia el arma y su expresión se endureció. —Aquí estás a salvo, Isabella. Es una promesa".

La mirada de Isabella no vaciló. "Lo sé. Y si Rafael alguna vez pone un pie en esta casa, le dispararé. Y tú.

Antonio asintió sin que sus ojos apartaran los de ella. —Ya veo.

Isabella se dio la vuelta y subió las escaleras hasta su antiguo dormitorio, con el corazón apesadumbrado. Cerró la puerta detrás de ella y se apoyó en ella, con los ojos cerrados mientras intentaba respirar con calma.

La habitación estaba exactamente como la había dejado, con las paredes cubiertas de carteles de lugares lejanos que había soñado visitar. Ahora esos sueños se sentían como un recuerdo lejano.

Isabella se desplomó en el suelo, con la espalda apoyada en la puerta, y dejó correr las lágrimas. Se sintió destrozada, su corazón roto en un millón de pedazos. Rafael se había apoderado de su amor, de su confianza, y la había aplastado bajo sus pies.

Un suave golpe en la puerta la sobresaltó y rápidamente se secó las lágrimas. —Isabella, soy yo, Aurora.

Isabella respiró hondo y abrió la puerta. Su hermana y sus primos entraron corriendo, y sus ojos se abrieron al verlos. La cara de Isabella estaba destrozada, el labio abierto y el pelo despeinado.

—Isabella, ¿qué ha pasado? —preguntó Aurora con voz preocupada.

Isabella negó con la cabeza y no pudo encontrar palabras para explicarlo.

Cynthia le entregó una bolsa de verduras congeladas. "Toma, ponte esto en la cara".

Isabella cogió la bolsa y se la apretó contra la mejilla, haciendo una mueca de dolor. —Eso lo hizo Alejandro —dijo con voz ronca—. "Pero Rafael..." Se quedó en silencio, incapaz de terminar la frase.

Sus hermanas y primas se sentaron a su alrededor, con los ojos llenos de preocupación. —¿Quieres hablar de ello? —preguntó Aurora con dulzura.

Isabella negó con la cabeza. "Todavía no. No puedo..." Se quedó en silencio, con la voz quebrada.

Su familia intercambió miradas, sus ojos se llenaron de comprensión. Conocían bien a Isabella, sabían que necesitaba tiempo para procesar lo que había sucedido.

Isabella respiró temblorosa. "Estoy feliz de estar en casa". Miró a su familia, cuyos rostros familiares eran un consuelo en medio de la confusión. "Los extrañé a todos".

Sus hermanas y primas intercambiaron miradas silenciosas, y sus ojos se llenaron de una mezcla de amor y tristeza. Sabían que el regreso de Isabella no estaba exento de complicaciones y que su matrimonio con Rafael había cambiado las cosas entre ellos.

—Nosotros también te hemos echado de menos, Bella —dijo Cynthia en voz baja—. "Y estamos ahí para ti, pase lo que pase".

Isabella asintió y sus ojos se llenaron de lágrimas. Sabía que su familia la apoyaría, pero también sabía que las cosas nunca volverían a ser como antes. Su matrimonio con Rafael había cambiado la dinámica entre ellos, y ahora que su mundo estaba patas arriba, se sentía más perdida que nunca.

A medida que avanzaba la noche, Isabella yacía en su vieja cama, sus hermanas y primas se acurrucaban a su alrededor. Habían permanecido a su lado y le habían ofrecido su apoyo silencioso mientras procesaba los acontecimientos del día.

Los pensamientos de Isabella se aceleraban, sus pensamientos giraban en torno a Rafael. Sabía que él la había amado, sincera y profundamente. Pero sus mentiras, los secretos que le había ocultado, habían hecho tambalear su confianza.

Un suave golpe en la puerta la sobresaltó, y Aurora metió la cabeza dentro. "Tienen visitas".

Isabella se incorporó, con el corazón palpitante. —¿Quién es?

Los ojos de Aurora se llenaron de preocupación. —Es Rafael.

El aliento de Isabella se atascó en su garganta. Sabía que tendría que enfrentarse a él en algún momento, pero aún no estaba preparada. Todavía no.

—Dile que todavía no estoy lista para verlo —dijo con voz ronca—. —Esta noche no.

Aurora asintió, sus ojos se suavizaron con comprensión. —Se lo diré.

Cuando la puerta se cerró, Isabella dejó escapar un suspiro tembloroso. Sabía que no podía evitar a Rafael para siempre, pero necesitaba tiempo para procesar todo lo que había sucedido.

La luz de la luna entraba por la ventana y arrojaba un suave resplandor sobre la habitación. Isabella permanecía despierta y sus pensamientos se aceleraban. Se sentía dividida entre su amor por Rafael y el dolor de su traición. Sabía que él tenía sus razones, que había tratado de protegerla, pero eso no cambiaba el hecho de que le había mentado.

Cuando el sueño finalmente la alcanzó, Isabella soñó con Rafael. Lo vio de pie a la luz de la luna, con los ojos llenos de dolor y arrepentimiento. Se acercó a ella, con la voz ronca mientras susurraba su nombre.

Isabella se despertó asustada, con el corazón palpitante. El sueño se había sentido tan real, como si Rafael estuviera realmente allí. Se sentó, sus ojos escudriñando la habitación. La luz de la luna bañaba el entorno familiar con una luz suave, pero algo se sentía diferente.

Un zumbido bajo e insistente llamó su atención. La mirada de Isabella se posó en su teléfono móvil, que vibraba en la mesita de noche. Lo cogió y su corazón latió con fuerza cuando vio el nombre de Rafael en la pantalla.

Con dedos temblorosos siguió la llamada. —Rafael —susurró con voz somnolienta—.

—Isabella —su voz era ronca, llena de una mezcla de dolor y desesperación—. "Necesito verte. Por favor".

El corazón de Isabella se retorció al oír su voz. Sabía que él también estaba sufriendo, que su amor por ella era genuino. Pero, ¿podría volver a confiar en él?

—Esta noche no —dijo ella en voz baja—. —Necesito tiempo, Rafael. Es hora de procesar todo".

Un largo silencio se extendió entre ellos, lleno de palabras no pronunciadas y el peso de su confianza sacudida.

—Comprendo —dijo finalmente Rafael con voz emocionada—. "Tómate todo el tiempo que necesites, querida. Estaré aquí cuando estés listo".

Isabella terminó la conversación con el corazón apesadumbrado. Sabía que Rafael la estaría esperando, que su amor era lo suficientemente fuerte como para resistir eso también. Pero, ¿podría su amor sobrevivir a los secretos y mentiras que los habían separado?



CAPÍTULO 30

Rafael

Rafael miraba la botella de whisky escocés que tenía en la mano, con los ojos inyectados en sangre y el pelo despeinado. Se había atrincherado en su oficina durante días y había ahogado su tristeza en el alcohol y la autocompasión. Su asistente Eve finalmente había llegado a su punto de quiebre y llamó a Beaumont, el viejo amigo y confidente de Rafael.

Beaumont estaba de pie en el umbral de la puerta, y sus ojos se posaron en la confusión de papeles y botellas vacías esparcidas por toda la habitación. "¿Qué demonios te pasó?", preguntó con voz preocupada.

Rafael frunció el ceño y entrecerró los ojos. —¿Qué te importa?

Beaumont entró en la habitación con un aire ininteligible. "Porque eres mi amigo y no permitiré que te destruyas a ti mismo".

Rafael lo despidió con un gesto desdeñoso. "Estoy bien. Déjame en paz".

Beaumont se cruzó de brazos, su mirada inquebrantable. —No te sientes bien, Rafael. Y los dos lo sabemos".

Los hombros de Rafael se desplomaron, el peso de su culpa y arrepentimiento pesaba sobre él. —Me ha abandonado —dijo en voz baja y agitada—. "Isabella se ha ido y no sé cómo recuperarla".

Los ojos de Beaumont se suavizaron y se sentó en la silla frente a Rafael. "Cuéntame qué pasó".

Rafael respiró hondo y el escocés se quemó la garganta mientras tragaba. "Le mentí. Sobre mi ex esposa Amanda. No está muerta, está en un hospital psiquiátrico. E Isabella se enteró.

Los ojos de Beaumont se abrieron de par en par, su expresión era una mezcla de sorpresa y preocupación. — ¿Nunca te divorciaste de Amanda?

Rafael negó con la cabeza, con los ojos fijos en la botella que tenía en las manos. "Quería que estuviera encerrada, fuera de la vista y fuera de la mente. Pero el tiro salió por la culata. Isabella se enteró y ahora me odia.

Beaumont se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas. "¿Por qué no te divorciaste de Amanda? Después de todo lo que te ha hecho, ¿por qué deberías mantenerla en tu vida?

Los ojos de Rafael parpadearon, su mirada se hundió en el suelo. —Porque tenía miedo —susurró—. "Tenía miedo de que si la dejaba ir, ella volvería a perseguirme. Que me destruiría de nuevo".

Beaumont se quedó en silencio por un momento mientras procesaba esta nueva información. "Así que la encerraste, un recordatorio constante de tu dolor".

Rafael asintió, y sus ojos ardían con lágrimas no derramadas. "Pensé que me estaba protegiendo. Pero lo único que hice fue herir a Isabella.

La mirada de Beaumont era fija, su voz suave. —Cometiste un error, Rafael. Uno grande. Pero no es demasiado tarde para solucionar el problema".

Rafael negó con la cabeza, sus ojos llenos de odio hacia sí mismo. "Es demasiado tarde. Ni siquiera me ve, no responde a mis llamadas. Me dejó claro que no quiere tener nada que ver conmigo".

Beaumont se levantó con una mirada resuelta. "Entonces tienes que demostrarle cuánto la amas. Hay que luchar por ellos".

El corazón de Rafael se retorció ante la mención del amor. Sabía que amaba a Isabella, pero no estaba seguro de merecerla. —¿Cómo? —preguntó en voz baja. "¿Qué puedo hacer para arreglar esto?"

Los ojos de Beaumont se mantuvieron firmes y su voz firme. "Tienes que enfrentarte a tu pasado,

Rafael. Tienes que enfrentar tus miedos y dejar de lado la culpa que llevas contigo. Solo entonces podrás seguir adelante con Isabella".

Rafael se quedó sin aliento al darse cuenta de la verdad de las palabras de Beaumont. Había huido de su pasado y usaba a Isabella como una distracción. Pero ahora tenía que enfrentarse a sus demonios.

Beaumont puso una mano en el hombro de Rafael, con voz firme pero alentadora. —Tú puedes, Rafael. Eres más fuerte de lo que crees".

Rafael asintió, con los ojos llenos de determinación. "Tienes razón. Tengo que dejar ir el pasado y centrarme en el futuro. A Isabella.

Beaumont sonrió con ojos cálidos. "Ese es el espíritu. Vamos a limpiarte ahora y a que te recuperes".

Mientras Beaumont ayudaba a Rafael a ponerse en pie, la habitación giraba a su alrededor, un duro recordatorio de lo profundo que se había dejado caer. Pero con la ayuda de Beaumont, dio los primeros pasos hacia la redención.

Los días que siguieron fueron una niebla de realizaciones aleccionadoras y recuerdos dolorosos. Rafael lo confrontó con la verdad sobre su ex esposa Amanda y el papel que ella había desempeñado en su caída. Reconoció el dolor que le había infligido a Isabella y la profundidad de su traición.

Con el apoyo de Beaumont, Rafael comenzó a reconstruir su vida. Recuperó el contacto con su familia y reparó los puentes que habían sido derribados por su comportamiento autodestructivo. Se volcó en su trabajo, decidido a compensar sus fracasos.

Pero Isabella seguía siendo una presencia constante en sus pensamientos. Pensaba en ella todos los días, se preguntaba cómo estaría, si era feliz, si alguna vez había pensado en él.

Con el paso de las semanas, la vida de Rafael tomó una nueva forma. Era más fuerte, más centrado y más decidido a convertirse en una mejor persona. Sabía que aún le quedaba un largo camino por recorrer, pero estaba decidido a ganarse el perdón de Isabella, aunque le llevara toda una vida.

Una noche, mientras Rafael estaba sentado en su oficina recién renovada, una sensación de paz se apoderó de él. El caos de los últimos meses había dado paso a una tranquila determinación. Sabía que había cambiado y estaba listo para enfrentar todos los desafíos que se avecinaban.

Su teléfono sonó con una llamada entrante de un número desconocido. El corazón de Rafael latió más rápido cuando reconoció el código de área: era la propiedad de la familia de Isabella.

Con dedos temblorosos siguió la llamada. —¿Hola?

Una voz baja y familiar llegó a sus oídos. —¿Rafael?

El corazón de Rafael se detuvo cuando sonó la voz de Isabella. —Isabella —susurró con voz ronca y emocionado—. "¿Estás bien?"

La voz de Isabella sonaba vacilante, pero había en ella un poder que no había existido antes. "Estoy bien. Solo tengo... Quería llamarte y decirte que te perdono".

El aliento de Rafael se atascó en su garganta, sus ojos ardían con lágrimas no derramadas. —¿Quieres eso?

—Sí, sí —dijo Isabella en voz baja—. "He tenido tiempo para procesar todo, y entiendo por qué hiciste lo que hiciste. No excusa tus mentiras, pero me ayuda a saber que estabas tratando de protegerme".

El corazón de Rafael se llenó de esperanza. —Lo siento, Isabella. Más de lo que nunca sabrás. Nunca tuve la intención de hacerte daño".

Isabella guardó silencio por un momento, y Rafael contuvo la respiración por miedo a romper el hechizo.

—Lo sé —dijo finalmente con voz firme—. "Y quiero que sepas que todavía me preocupas por ti, Rafael. Siempre lo haré".

Rafael cerró los ojos, con el corazón latiendo con fuerza en el pecho. —Tú también eres importante para mí, Isabella. Más de lo que te imaginas".

Un suave silencio se extendió entre ellos, lleno de palabras no dichas y emociones persistentes. —Tengo que irme —dijo finalmente Isabella con voz emocionada—. "Pero quería que supieras que te perdono. Y que estoy aquí cuando me necesites".

Los ojos de Rafael ardían con lágrimas no derramadas al darse cuenta de lo profundo que era el perdón de Isabella. —Gracias —susurró—. "Significa más de lo que crees".

Cuando Isabella terminó la conversación, Rafael se sentó en silencio, con el corazón rebosante de gratitud y esperanza. Sabía que aún le quedaba un largo camino por recorrer para recuperar la confianza de Isabella, pero su perdón era un paso en la dirección correcta.



EPÍLOGO

Isabella se paró en los acantilados con vistas a las aguas azules del mar Mediterráneo y vio con todo su corazón cómo Rafael y su familia celebraban su boda. El sol brillaba intensamente y proyectaba una luz cálida sobre la lujosa villa costera donde se habían dado el "sí, quiero".

Isabella llevaba un sencillo vestido blanco, su cabello caía en ondas sueltas alrededor de sus hombros. Sintió una sensación de paz al mirar a Rafael, cuyos ojos oscuros estaban fijos en ella con una mezcla de amor y adoración. Su boda había sido un sueño hecho realidad, una celebración de su amor y compromiso en el círculo de su familia y amigos.

Beaumont, el viejo amigo de Rafael, estaba a su lado como padrino, y su expresión se suavizó mientras observaba a la pareja. Las hermanas de Isabella, Aurora y Catalina, y su prima Cynthia fueron sus damas de honor, con rostros radiantes de alegría por los novios.

A medida que el sol se ponía y arrojaba una luz dorada sobre el mar, los invitados se trasladaron a las mesas instaladas en el césped para la recepción. Isabella y Rafael pasaron un momento a solas, con las manos cruzadas mientras se miraban a los ojos.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Isabella, sus ojos buscando los suyos. —¿Sobre nosotros?

Rafael sonrió con ojos cálidos. "Más seguro de lo que nunca estuve. Te quiero, Isabella. Siempre lo haré".

El corazón de Isabella se hinchó al oír estas palabras, y sus ojos brillaron con lágrimas no derramadas. "Yo también te quiero, Rafael. Para siempre".

Se besaron y sus labios se encontraron con una mezcla de pasión y ternura. Los invitados aplaudieron y sus rostros brillaban de alegría por la pareja.

A medida que continuaba la recepción, Isabella y Rafael se movían entre sus invitados, con las manos entrelazadas con fuerza. Bailaron juntos, sus cuerpos se movían en perfecta sincronía

mientras sonaba la música.

—Sabes —murmuró Rafael, pasándole los labios por la oreja—, tengo algo especial planeado para nuestra luna de miel.

Isabella sonrió y sus ojos brillaron con anticipación. —Dígame.

Rafael se inclinó hacia adelante, con voz baja y seductora. "Dos semanas en una villa aislada en las colinas de la Toscana. Solo nosotros dos, sin distracciones".

A Isabella se le cortó el aliento ante la idea de estar a solas con Rafael, lejos del caos de su vida cotidiana. "Eso suena perfecto".

A medida que avanzaba la noche, los invitados disfrutaron de deliciosa comida y vino, con sus risas y conversaciones llenando el aire. Isabella y Rafael se tomaron un momento para sí mismos y pasearon de la mano por los acantilados.

Aurora, Catalina y Cynthia se unieron a ellos, con los rostros radiantes de emoción. —Tenemos algo que decirte —dijo Aurora con los ojos brillantes—. "Hemos guardado un secreto".

Las cejas de Isabella se levantaron, su curiosidad se despertó. —¿Ah? ¿Qué es eso?

Catalina tomó la mano de Isabella, sus ojos brillaban de felicidad. "Todos hemos encontrado a alguien especial".

Los ojos de Isabella se abrieron de par en par y su corazón se calentó al pensar que sus hermanas encontrarían el amor. "¿En serio? ¿Quién?

Cynthia sonrió, con las mejillas enrojecidas por la emoción. "Conocí a alguien, un hombre maravilloso llamado Declan. Y Aurora y Catalina tienen sus propios secretos.

Aurora se sonrojó y sus ojos brillaron. "Me reuní con Declan O'Malley, el mafioso irlandés. Y Catalina también tiene un nuevo amor".

Los ojos de Isabella se abrieron aún más, su corazón estaba lleno de alegría por sus hermanas. "¡Esta es una noticia maravillosa! Estoy muy feliz por todos ustedes".

Mientras continuaban su caminata, el teléfono de Isabella sonó con un mensaje de texto entrante. Miró la pantalla y frunció el ceño mientras leía el mensaje.

"¿Está todo bien?" —preguntó Rafael con ojos preocupados.

La sonrisa de Isabella vaciló, sus ojos vagaron hacia sus hermanas. "Es de Catalina. Está en problemas.

Los ojos de Rafael se entrecerraron y sus instintos protectores entraron en acción. —¿Qué tipo de problema?

Isabella le explicó rápidamente la situación de Catalina, con los ojos oscuros por la preocupación. "Ha recibido mensajes amenazantes de alguien que conoce sus movimientos. Y ahora está en camino hacia aquí".

Rafael apretó la mandíbula y sus ojos se endurecieron. "Tenemos que sacarlos de aquí, y tenemos que hacerlo ahora".

Isabella asintió, sus ojos escudriñando la multitud en busca de su hermana. "Está con Elena. Probablemente estén adentro".

Rafael agarró la mano de Isabella, su mirada era decidida. "Vamos."

Se apresuraron a regresar a la villa y buscaron a Catalina y Elena entre la multitud. Al acercarse, vieron a las dos mujeres absortas en una conversación, con rostros serios.

—Catalina, Elena —exclamó Isabella con voz insistente—. "Tenemos que hablar".

Los ojos de Catalina se abrieron, su rostro estaba pálido. —¿Qué es eso?

Isabella tomó las manos de su hermana y sus ojos se llenaron de preocupación. "Sabemos de los mensajes. Y estamos aquí para ayudar".

Los ojos de Catalina se llenaron de lágrimas y sus hombros cayeron de alivio. "Gracias a Dios. Estaba muy asustada".

Elena puso una mano reconfortante en el hombro de su prima. "Lo sabremos juntos. Siempre lo hacemos".

El teléfono de Isabella volvió a sonar, esta vez con un mensaje de un número desconocido. Ella frunció el ceño y entrecerró los ojos mientras leía el mensaje.

—¿Qué es eso? —preguntó Rafael con ojos agudos.

El corazón de Isabella se hundió mientras leía el mensaje en voz alta. —Hasta pronto, Isabella.

Los ojos de Rafael se abrieron de par en par, su rostro se endureció. — Javier Castillo.

La sangre de Isabella corría por sus venas al mencionar el nombre. Javier Castillo, primo de Alejandro Castillo, había sido una amenaza constante que se cernía sobre sus cabezas. Y ahora venía a buscarla.

Las hermanas de Isabella intercambiaron miradas preocupadas, sus ojos se llenaron de determinación. —Tenemos que sacarte de aquí —dijo Aurora con voz firme—. —Ahora.

Isabella asintió, y sus ojos no se apartaron de los de Rafael. —¿La protegerás?

Los ojos de Rafael eran sombríos, su mandíbula entrecerró. "Con mi vida".

Isabella respiró hondo, con el corazón latiendo con fuerza en el pecho. "Entonces vámonos".

ACERCA DE MIA REIGN

Mia Reign es una escritora impulsada por la pasión por el romance oscuro y la fascinación por las complejas relaciones entre el poder y el deseo. Cuando no está escribiendo historias calientes llenas de personajes moralmente grises y amores prohibidos, explora las vibrantes calles de Los Ángeles, donde se inspira en la cultura diversa y la energía ecléctica de la ciudad.

El amor de Mia por la narración de historias comenzó a una edad temprana, cuando pasaba incontables horas perdiéndose en las páginas de novelas de fantasía y romance. Ahora, canaliza esa pasión para crear sus propios mundos donde el amor y la obsesión se entrelazan de maneras inolvidables.

Cuando no está escribiendo, a Mia le gusta experimentar con nuevas recetas en la cocina, asistir a eventos de música en vivo y acurrucarse con sus dos gatos, Noir y Ember.

VALIDACIONES

A mis lectores, gracias por aventurarse en el oscuro y apasionado mundo del Imperio de los Señores. Su entusiasmo y apoyo inspiran mi creatividad y me inspiran a superar los límites de la narración de historias.

A mi familia y amigos: Gracias por su inquebrantable amor y aliento. Siempre creíste en mis sueños, incluso si me llevaron por caminos inesperados.

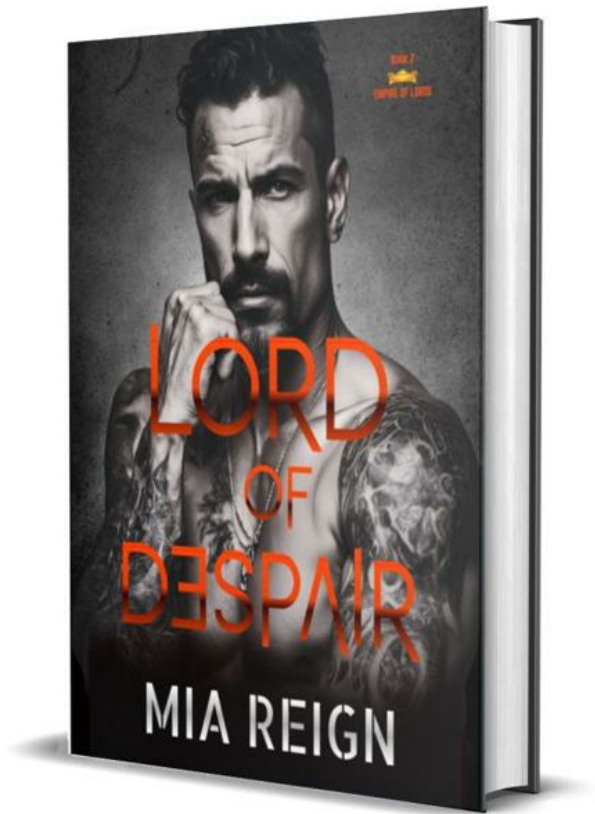
Un agradecimiento especial a mi coautor, R.J. Kasey, por compartir este loco viaje conmigo. Su talento, dedicación y fe inquebrantable en nuestra visión han sido invaluable. No podría haber pedido un mejor compañero en el crimen (¿o debería decir, amor?).

A mi editor Lucian. Como Moreau, su buen ojo y sus valiosos comentarios han ayudado a llevar estas historias a un nuevo nivel. Les estoy infinitamente agradecido por su orientación y apoyo.

Y a la ciudad de Los Ángeles, gracias por ser mi musa. Su energía vibrante, su cultura diversa y sus rincones ocultos de oscuridad han inspirado innumerables escenas y personajes en estas páginas.

Este libro está dedicado a todos aquellos que se atreven a abrazar la oscuridad y encontrar la belleza en las sombras.

PRÓXIMAMENTE DE MIA REIGN



EL SEÑOR DE LA DESESPERACIÓN (Imperio de los Señores Buch 2)

SUSCRÍBETE AL BOLETÍN DE MIA REIGNS

